

TRATADO
FILOSÓFICO-TEOLÓGICO

ACERCA DE LO SOBRENATURAL,

EN QUE SE PRUEBA SU EXISTENCIA POR LOS HECHOS EXTRAORDINARIOS

QUE SE MANIFESTARON EN

SANTA TERESA DE JESÚS,

POR

D. JOSÉ VIÑAS Y CAMPLÁ,

CANÓNIGO DE LA INSIGNE COLEGIATA DEL SACRO-MONTE

DE GRANADA.

~~~~~  
CON APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.  
~~~~~

GRANADA
IMP. Y LIB. DE JOSÉ LÓPEZ GUEVARA
San Jerónimo, 29
1883

D₉
C011

TRATADO
FILOSÓFICO-TEOLÓGICO
ACERCA DE LO SOBRENATURAL.

+ 10547 23
C.

TRATADO
FILOSÓFICO-TEOLÓGICO

ACERCA DE LO SOBRENATURAL,

EN QUE SE PRUEBA SU EXISTENCIA POR LOS HECHOS EXTRAORDINARIOS

QUE SE MANIFESTARON EN

SANTA TERESA DE JESÚS,

POR

D. JOSÉ VIÑAS Y CAMPLÁ,

CANÓNIGO DE LA INSIGNE COLEGIATA DEL SACRO-MONTE

DE GRANADA.

~~~~~  
CON APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.  
~~~~~

GRANADA

IMP. DE J. LÓPEZ GUEVARA

1883

TRATADO

FILOSÓFICO-TEOLÓGICO

DE LA ESCUELA DE LA SOBRENATURAL

EN OTRA DE LA ESCUELA DE LA NATURALEZA CON SUS PRINCIPALES

EXPOSICIONES

SANTA TERESA DE JESÚS

1727

D. JOSÉ VÍAS Y GARIBAY

IMPRESOR EN LA PLAZA DE SAN FRANCISCO DEL PUERTO RICO

DE GRACIA

DE LA BIBLIOTECA DE LA ESCUELA DE LA SOBRENATURAL

GRACIA

DE LA BIBLIOTECA DE LA ESCUELA DE LA SOBRENATURAL

1727

CENSURA.

EXCMO. É ILMO. SR :

CUMPLIENDO con el grato encargo que V. S. I. ha tenido á bien conferirme de revisar el opúsculo escrito por el canónigo D. José Viñas y Camplá, intitulado *Tratado filosófico-teológico acerca de lo Sobrenatural, en que se prueba su existencia por los hechos extraordinarios que se manifestaron en Santa Teresa de Jesús*, he leído atentamente todas sus páginas, y tengo la satisfacción de manifestar á V. S. I. que en su espíritu y en su letra lo he hallado del todo conforme á la sana moral y á la doctrina de nuestra santa Madre la Iglesia Católica. Después que en la introducción trata de la necesidad de ocuparnos hoy día de lo Sobrenatural, examina con rigor filosófico su posibilidad y la manera de conocer su existencia, haciendo un estudio detenido de los milagros considerados como medio seguro de comprobar la existencia de un estado de elevación que la naturaleza humana con sus solas fuerzas no puede nunca alcanzar. Y que santa Teresa vivía en tal estado, y que los fenómenos que en su alma tenían lugar procedían de Dios, que obraba en ella milagrosamente, es el objeto de la mayor parte del opúsculo. Estos hechos psicológicos, que en nuestra mística Doctora se manifestaban, consistían, como observa el autor, en la oración de quietud y embriaguez del alma de Teresa, que sin discurrir contemplaba y veía lo que Dios se dignaba revelarle hasta experimentar cierta unión y transformación en Dios, no sustancial, como los panteístas quieren, sino de afecto y amor con humilde sujeción al querer divino. Colocada ya en este camino aquella bendita alma, fiel por otra parte y agradecida á los beneficios divinos, sufrió éxtasis y arrobamientos, llegando la Santa á contraer matrimonio espiritual con el mismo Dios. Y este Señor se dignó hablarle y manifestársele mediante ciertas locuciones interiores y visiones, ora intelectuales, ora imaginarias, que acaecían en santa Teresa, no siguiendo su imaginación ni su entendimiento las leyes á que están sujetas estas potencias del alma humana en su actual estado de unión con el cuerpo.

Sumo cuidado pone el Sr. Viñas Camplá en distinguir estas operaciones, que Dios llevaba á cabo en el alma de su escogida virgen Teresa, de las que tienen por origen inmediato las propias fuerzas naturales. Asimismo pone en parangón los hechos, que desgraciadamente ofrece el espiritismo en nues-

tros dias, con esos milagros de la gracia que en su vida refiere la Santa; y presentando con suma claridad la diferencia que hay entre unos y otros, deduce con toda evidencia que los fenómenos espiritistas tienen por autor al demonio, mientras que los que se desenvolvian en el interior de la Santa nos obligan á confesar que su origen inmediato solo podía encontrarse en nuestro bondadoso Dios.

Tal es el resumen de la presente obrita, pequeña si se mira el número de páginas, grande si se considera su contenido, y mayor si se atiende á la utilidad que puede reportar no solo para asegurar una vez más la existencia de lo Sobrenatural, que es lo que intenta el Sr. Viñas Camplá, sino además porque contiene una doctrina muy provechosa para los directores de almas y otras personas instruidas en la piedad y deseosas de perfección cristiana, y finalmente porque dando á conocer más y más el espíritu de santa Teresa de Jesús, nos mueve á ser devotos de ella, y nos comunica algo de aquel valor que la misma tenia para defender nuestra santa Fe Católica.

Tal es mi dictamen, Exmo. é Ilmo. Sr., que sujeto no obstante al elevado criterio de S. E. I., cuya vida guarde Dios muchos años.

Sacro-Monte de Granada 21 de Setiembre de 1883.

Comás Lucona, Lbro.

APROBACIÓN.

GRANADA 22 DE SETIEMBRE DE 1883.

Concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse la obra de que se hace mérito en atención á no contener cosa alguna contraria á la sana moral, y á la doctrina de nuestra santa Madre Iglesia, según resulta de la anterior censura. Lo decretó y firmó S. E. I. mi señor, de que certifico.

El Arzobispo.

Dr. Antonio Sánchez Arce, Seo.



INTRODUCCIÓN.

Es de todos conocido que nuestra Santa Religión está sufriendo en los tiempos modernos ataques terribles de parte de todo género de adversarios. Se la ataca en nombre de la ciencia, pretendiendo que hay contradicción palpable entre los principios y datos de ésta y las doctrinas, que ella enseña; en nombre de la política, esgrimiendo todas sus armas contra las instituciones religiosas, como si fuesen rémora al bienestar de las naciones; en nombre de la sociedad, haciendo creer á las masas populares que las máximas y prácticas propias del catolicismo son obstáculo al progreso social y al mejoramiento de esas masas. De todos estos ataques saldrá la Religión triunfante, como salió de los anteriores, y saldrá de los que se irán sucediendo hasta la consumación de los siglos. Y podemos muy bien conjeturar, que en los tiempos venideros se aducirá como una prueba de la vitalidad de la Iglesia Católica y de la asistencia divina, el no haber sucumbido á los terribles y multiplicados ataques de que es objeto también en la época presente.

Y ya que los adversarios se ven en la imposibilidad de destruir el cristianismo como hecho, se esfuerzan en desfigurarle, en quitarle lo que tiene de más íntimo, que es su carácter sobrenatural. No, no se quiere admitir lo sobrenatural por los hombres que se llaman á sí

mismos corifeos de la ciencia: su orgullosa razón no quiere afirmar más que lo que puede ser medido por ella; cegados por desdeñosa soberbia, dicen que lo sobrenatural es lo imaginario, lo quimérico, lo absurdo; porque lo único real y digno de las investigaciones de la ciencia está comprendido en la naturaleza: todo esto por supuesto sin probarlo; quieren que se les conceda como un principio indiscutible, como un axioma, como un punto de partida, desde donde se pueda recorrer los dominios de la ciencia, que, según ellos, está llamada á dirigirlo y gobernarlo todo. Esto lo repiten todos los días, en el libro, en el periódico, en la academia, y hasta en el café; y á fuerza de repetirlo siempre, envuelto por otra parte en frases sonoras, que sin embargo no encierran un argumento, ni una demostración, logran hacer pasar entre inteligencias de mediano alcance por verdad indiscutible lo que no es más que un grosero error.

Además del ataque directo al sobrenaturalismo, hay otro indirecto, que no por eso deja de ser menos peligroso. Ante la evidencia de los hechos, son muchos ya los que reconocen los beneficios que el cristianismo ha dispensado á la humanidad; así es que no pueden menos que tributar elogios á su bienhechora influencia: pero, nótese bien, hacen consistir todo el mérito y toda la misión del cristianismo en esta influencia ejercida en el bienestar temporal de los pueblos; prescinden por completo de su carácter sobrenatural; y á fuerza de prescindir de él, y ensalzar solo su acción en los destinos temporales del género humano, reducen el cristianismo á los estrechos límites de una escuela, y de una institución meramente humana: y con repetir lo mismo, y hablar siempre en el mismo sentido, acostumbran á las masas incautas á no ver en el cristianismo más que su superficie humana y terrestre, y á apartar la vista de su esencia y

sustancia sobrenatural, y de su verdadera misión en el mundo. Esta táctica es sumamente peligrosa, y causa incalculables daños á las almas; ella contribuye no poco á aumentar por doquiera la indiferencia religiosa, que invade todos los estados sociales, y forma como una atmósfera en que vive la actual sociedad.

Ante estos peligros es indispensable de todo punto proclamar muy alto, á todas horas, y en todas partes, que lo sobrenatural es la íntima sustancia del cristianismo. Quitar lo sobrenatural á nuestra Religión es no solo desfigurarla, sino destruirla por completo. Lo sobrenatural es el dogma central de la Religión cristiana: ella primaria y principalmente enseña, que nuestro destino y fin está más allá de la tumba, en la eternidad, en la visión intuitiva y posesión de Dios; y para alcanzar este fin sobrenatural nos suministra medios proporcionados á él. El Fundador del cristianismo, nuestro Señor Jesucristo, tal como aparece en el Evangelio y en la tradición cristiana, se presentó en medio de la humanidad, no como un reformador, que intentara solo imprimirle un movimiento progresivo humano, curar sus llagas sociales, y armonizar y dulcificar, según los preceptos de la razón natural, sus relaciones á fin de proporcionarle bienestar temporal; sino como Dios, que venía á comunicar á la humanidad nueva vida, pero vida divina, y á enseñarle sus destinos sobrenaturales de más allá de esta vida transitoria, dándole al mismo tiempo medios proporcionados para alcanzarlos; que venía, en una palabra, á restaurar aquellas relaciones y comunicaciones sobrenaturales entre Dios y el hombre, que el Señor en su infinita bondad había querido establecer en el principio, y que fueron rotas por la prevaricación del primer hombre, padre y cabeza de toda la humanidad.

El cristianismo real y verdadero, que es el catolicismo, no es pues, á la manera de una secta ó escuela, co-

mo una colección de hombres sin más vínculo de unión que el de analogía común de ideas y de relaciones convencionales. El cristianismo es un cuerpo perfectamente organizado y vivo: Jesucristo es la cabeza, y los cristianos son los miembros unidos á esta cabeza; *multi unum corpus sumus in Christo; muchos somos un solo cuerpo en Cristo*, dice el apóstol S. Pablo. (Roma. XII, 5). Por estos miembros circula una vida sobrenatural, que se deriva de la cabeza, que los anima, los hace crecer y producir frutos de vida eterna, obras sobrenaturales, con las cuales se encaminan á la posesión del fin sobrenatural y eterno. Tal es el concepto del verdadero cristianismo: y el cristianismo ó esto, ó es nada. Es verdad que la Religión cristiana con sus máximas, preceptos, prácticas é instituciones ha proporcionado á los pueblos ventajas temporales, y beneficios en el orden social terrestre; pero estos saludables efectos, de un orden secundario respecto de la misión primaria de la Religión, son producto de la fuerza misma sobrenatural, que obra en el cristianismo, que es tan fecunda, y está en tan armónica relación con las necesidades del hombre, que al procurar á éste su dicha eterna, le procura también su verdadero bienestar en la vida presente. *Quærite ergo primum regnum Dei et justitiam ejus: et hæc omnia adjicientur vobis* (Matt. VI, 33): *buscad pues primeramente el reino de Dios, y su justicia; y todas estas cosas (temporales) os serán añadidas*: estas palabras del Divino Maestro compendian toda la economía y toda la acción del cristianismo real y verdadero en el seno de la humanidad.

Y cosa notable, y que prueba la sabiduría de la Divina Providencia respecto de la Religión, en nuestros tiempos tan trabajados por la incredulidad y el escepticismo religioso, ante las negaciones audaces del naturalismo contemporáneo, Dios se complace en hacer brillar en el mundo su acción sobrenatural de un modo público

y sorprendente. Sí, mal que les pese á los racionalistas, que quisieran condenar lo sobrenatural á un ostracismo forzoso, y hacer pasar su absurdidad con el carácter de cosa juzgada, lo sobrenatural es en nuestros dias una cuestión, de las que suelen llamarse palpitantes. Ellos, tan amigos de la luz, quisieran rehuir toda discusión sobre este punto; y sin embargo, lo sobrenatural les sale cada dia al paso. Dejando á un lado los fenómenos prodigiosos, que periódicamente han estado verificándose por espacio de muchos años en Luisa Lateau (en Bélgica), fallecida el 25 de Agosto del presente año, que han llamado la atención no solo del vulgo, sino de las academias científicas de Europa, algunas de las cuales han mandado comisiones para examinarlos, sin poder señalar causa alguna natural á dichos fenómenos; prescindiendo también de los hechos maravillosos de Marpigen y de Dittrichswalde, en Prusia, que acaecidos en estos últimos años, en el período más atroz de la persecución contra la Iglesia católica, pusieron en movimiento á las autoridades prusianas; dejando, digo, aparte todos estos hechos, sobre los cuales no ha recaído todavía sentencia de la autoridad eclesiástica, fijémonos solo en los célebres sucesos de la Saleta y de Lourdes, en Francia. En los cinco años que duró el proceso sobre la aparición de la Santísima Virgen á los niños Maximino y Melania, en la montaña de la Saleta, el 19 de Setiembre de 1846, hasta su aprobación por la autoridad competente ¡cuanto se sutilizó é inventó por los adversarios! ¡á qué recursos tan extremados acudieron para desvirtuar su realidad! y con todo, lo sobrenatural alcanzó una victoria brillantísima: lo mismo pasó, y el mismo resultado se obtuvo, cuando tuvieron lugar las famosas apariciones de la Inmaculada á Bernardita Soubirous en la gruta de Lourdes en 1858.

Sí, repito, lo sobrenatural, pese al naturalismo con-

temporáneo, es en nuestros días una cuestión palpitante: inútil es que rehuya la discusión; ella se impone por sí misma. El mismo esfuerzo que hace por rehuirla, es prueba palpable de que no se siente con ánimo de sostenerla, y se halla sin fuerzas para empeñarse en ella. La luz de la verdad va abriéndose paso á través de las tinieblas, que el error naturalista trabaja por extender en el horizonte del pensamiento humano. Trabajemos cuantos podamos, con la ayuda de Dios, cada uno desde su punto de vista más favorito y conocido, por que esta luz brille cada día más, y las tinieblas del error se retiren de las almas. El amor á la verdad, y el deseo del bien de las almas me han movido á mí, á pesar de conocer la pobreza de mi ingenio, á escribir el presente tratado filosófico-teológico acerca de lo Sobrenatural.

El título mismo de este tratado indica que voy á tomar la cuestión de lo sobrenatural, considerándola á la luz de los principios de la Filosofía y de la Teología. Por esta razón he creído conveniente probar la existencia de lo sobrenatural por sus manifestaciones en el orden psicológico, es decir, en las facultades del alma humana. Á este efecto he escogido á Santa Teresa de Jesús; porque, además de la devoción que profeso á esta insigne española, honor de nuestra nación, en ella lo sobrenatural se manifestó con una magnificencia poco usada. Dios, que acostumbra elegir lo debil para confundir lo fuerte, como dice S. Pablo, *infirmi mundi elegit Deus, ut confundat fortia* (I Co., I, 27), eligió á esta incomparable mujer para hacer en estos últimos siglos nueva manifestación de su grandeza, y para demostrar en frente del protestantismo naciente la realidad de lo sobrenatural en el seno de la Iglesia Católica Romana. Por medio de ella además reformó una antigua é ilustre orden religiosa, que ha producido ópimos frutos de salvación; y por medio de la misma privilegiada mujer quiso darnos las más

preciosas enseñanzas de perfección evagélica, constituyéndola maestra y doctora de la vida espiritual.

Es, pues, sumamente oportuno en nuestros tiempos presentar en Santa Teresa de Jesús la realidad de lo sobrenatural y sus verdaderos caracteres, en frente de la incredulidad moderna y del fanatismo espiritista, que á tantos de nuestros contemporáneos ha seducido.

Mas ántes de sujetar á examen filosófico y teológico los hechos maravillosos que se manifestaron en Santa Teresa, juzgo indispensable tratar de lo sobrenatural considerado desde un punto de vista genérico: esas consideraciones preliminares dispondrán los entendimientos para la mejor inteligencia de lo que ha de constituir la materia particular de este tratado.

CAPÍTULO I.

Consideraciones preliminares.

§ I.

Debo advertir que no me dirijo directamente contra los ateos, sino contra aquellos que, hablando de Dios, y admitiendo la existencia del Ser Supremo, primer origen de todas las cosas, afirman, sin embargo, que sólo obra en el mundo según las leyes que lo rigen, y conforme á las exigencias de la naturaleza de los seres que lo componen. Y en verdad que el ateísmo es absolutamente irracional, y enteramente opuesto á las exigencias de nuestra razón: la cual naturalmente ante el grandioso espectáculo del universo, en virtud de los principios que regulan sus racionios, no puede menos que deducir la existencia de una primera causa, que sea la razón suficiente de la existencia del mundo, y del admirable or-

den y armonía que hay en él. El mismo Voltaire á pesar de toda su impiedad, decía: yo estaré siempre persuadido que así como un reloj prueba que algún relojero lo hizo, así también el universo prueba necesariamente la existencia de Dios. Donde vea orden la razón siempre se verá obligada á admitir un ordenador, una sabiduría para concebir el plan, y un poder para ejecutarlo: esto que es de sentido común, y es verdad tratándose de las más insignificantes obras de arte, ¿no lo sería tratándose de la gran obra del universo? Los que sostienen, dice Montesquieu, que una fatalidad ciega produjo los efectos que vemos en el mundo, dicen un absurdo incalificable; pues ¿qué absurdo puede darse mayor que sostener que una ciega fatalidad haya producido seres inteligentes? (*Es-
piritu de las leyes*).

Si Dios es la primera causa, no es efecto de otra: debe, pues, existir de sí mismo, por su propia esencia; y es un Ser Increado, Necesario, Inmutable, Infinito: luego es distinto real y sustancialmente del mundo; como quiera que la causa no puede identificarse con el efecto, y lo que es necesario, inmutable é infinito no puede ser una sustancia con lo que es contingente, mutable y limitado, caracteres, que evidentemente vemos en el mundo: luego no solo el ateísmo, que niega á Dios, sino también el panteísmo que lo identifica con el mundo, debe ser rechazado por la razón como absurdo y contradictorio.

Si Dios es criador del hombre, y el hombre criatura de Dios, indudablemente Dios tiene derechos sobre el hombre, y el hombre tiene deberes para con Dios: este conjunto de relaciones y comunicaciones entre Dios y el hombre fundadas en la naturaleza del uno y del otro, y que resultan del acto mismo creador, constituyen las relaciones y comunicaciones primarias y naturales entre Dios y el hombre. Pero ¿puede Dios por su libre volun-

tad añadir á estas relaciones y comunicaciones fundamentales otras superiores á ellas, y que no siendo exigidas por la naturaleza del hombre, serían por lo mismo sobrenaturales? porque entendemos por sobrenatural aquello que es realmente superior á lo que exige de sí la naturaleza de los seres criados. ¿Dios de hecho ha querido establecer estas relaciones y comunicaciones sobrenaturales? He aquí planteada en toda su sencillez y claridad la cuestión de lo sobrenatural.

Si atendemos á la sola posibilidad de lo sobrenatural, ¿que hay en él de inaceptable á la razón? ¿Dónde está lo contradictorio, lo absurdo? ¿Dios, que es infinito en todo género de perfecciones, no se puede comunicar en diferentes grados y maneras con sus criaturas? ¿Quién puede impedir que Dios se comunice con el hombre, no solo considerado como mera criatura suya, sino como un padre con un hijo adoptivo? En este caso asignaría al hombre un fin superior al que resultaba del mero acto creador, le elevaría á la participación de una herencia digna de tal paternidad; entraría por lo tanto en relaciones más íntimas con él. Y siendo el fin natural del hombre, atendida su naturaleza racional, el conocimiento de Dios, tal como puede obtenerse por la luz del raciocinio, y el amor de Dios resultado de este conocimiento, ¿por qué Dios infinitamente bueno y poderoso no podría querer descubrirse claramente al hombre, y señalarle como su fin último al concluir esta vida transitoria la visión intuitiva y la posesión de sí mismo por toda la eternidad, y para alcanzar este fin darle auxilios y medios proporcionados con él? En este caso tendríamos un fin sobrenatural, y un conjunto de medios también sobrenaturales, luz sobrenatural, conocimiento de verdades sobrenaturales, leyes y obligaciones sobrenaturales, fuerzas é impulsos sobrenaturales; porque los medios deben ser siempre proporcionados al fin: es decir, ten-

dríamos todo un orden sobrenatural. Y pregunto á los que no estén completamente cegados por el orgullo ¿qué encuentra en esto la razón que sea contradictorio y absurdo?

Vencido el naturalismo en el terreno de la posibilidad, resta vencerlo en el de la realidad. Dios, que pudo, ¿quiso de hecho establecer esas comunicaciones sobrenaturales con el hombre? ¿Existe el orden sobrenatural? Sí: aquí solo daré una prueba general; el cuerpo de este tratado ha de constituir una prueba particular. Jesucristo, como he dicho en la introducción, se presentó como revelador de esas comunicaciones sobrenaturales. Pues bien, dirijase una mirada atenta y observadora sobre la humanidad incorporada á Jesucristo, informada de su vida y obrando por su impulso; y se hallarán prodigios de conocimiento, aún en inteligencias rudas y sin instrucción, que exceden á la capacidad de la inteligencia humana; prodigios de virtud, de paciencia, de heroismo y de sacrificio, aún en almas naturalmente débiles y combatidas por las más fuertes pasiones, que no se pueden explicar por una fuerza puramente humana; prodigios de alegría y de felicidad, aún en seres sometidos á la más dura opresión de la desgracia, que no brotan de esas fuertes terrenas, de donde manan de ordinario las alegrías, que á veces experimenta el corazón del hombre en esta vida miserable. Y estos fenómenos no se presentan como meteoros raros en el mundo cristiano, y en algunos seres organizados de una manera excepcional, sino que se presentan ejemplos de ellos en todas las clases, en todos los climas, en todas las organizaciones, en todos los caracteres. Ahora bien; cuando se ven manifestaciones de la animalidad, se afirma la vida animal; cuando se ven manifestaciones de la inteligencia, se afirma la vida intelectual; cuando se ven manifestaciones del libre albedrío, se afirma la vida moral: luego cuando

se ven esas manifestaciones, que no bastan á explicar ni la vida animal, ni la vida intelectual, ni la vida moral, es preciso afirmar una vida más elevada que todas ellas, la vida sobrenatural, que sea el principio de tales manifestaciones.

§ II.

Dicen los racionalistas que este orden sobrenatural es impalpable é invisible, y por lo tanto de ningún modo aceptable por la razón; como si fuera de esencia de toda realidad el caer bajo las miradas, ó bajo la mano del hombre; como si no pudiera haber realidades superiores á la comprensión de la inteligencia humana, que es limitada. El orden sobrenatural es impalpable é invisible en sí mismo; pero se manifiesta por sus efectos. No hay duda que lo sobrenatural se oculta á nuestra intuición; pero existen motivos para afirmar ese sobrenatural, que no se vé, ni se toca. Uno de estos motivos es el milagro, que es un efecto visible de la acción de Dios en la naturaleza fuera del orden de ésta. El milagro es, por decirlo así, lo sobrenatural visible, prueba y garantía de lo sobrenatural invisible. Jesucristo obró milagros para probar su divinidad y la verdad de su doctrina; milagros acompañaron la predicación de sus apóstoles; y milagros se han verificado en todos los siglos en el seno del cristianismo como garantía de lo sobrenatural, que el cristianismo afirma.

¡El milagro! á esta palabra se sonríe desdeñosamente el naturalismo, y dice que es imposible; porque cuanto se efectúa y puede efectuarse en la naturaleza es resultado de las fuerzas de la misma, y conforme á las leyes que la rigen. Bien conoce la incredulidad que el milagro es prueba concluyente de lo sobrenatural: de ahí sus hercúleos esfuerzos para destruir la noción misma del milagro, y hacer ver que es un contrasentido y un ab-

surdo. Bien comprende que si Jesucristo, por ejemplo, obró verdaderos milagros para probar su divinidad, Jesucristo es Dios; y si Jesucristo es Dios, nos impone la obligación de creer en su palabra, y de obedecer á su voluntad; mas á esta fe y á esta obediencia se resiste el satánico orgullo de los libre-pensadores.

Fijemos ante todo la verdadera noción del hecho milagroso. El milagro, considerado en su etimología á *mirando*, y en su acepción más lata, significa un fenómeno que causa admiración por imprevisto, y por ignorarse la causa que lo produjo. En el lenguaje vulgar, y en sentido figurado, se dá el nombre de milagro á lo que presenta el carácter de gran fuerza; así se dice, por ejemplo, los milagros del genio, los milagros de la industria. Mas en su sentido propio y filosófico, milagro es un efecto que supera las fuerzas de la naturaleza, y por consiguiente es producido por Dios, que es el único que puede modificar el curso de la naturaleza y obrar independientemente de las leyes que impuso á la misma. Santo Tomás de Aquino define así el milagro: *Id quod divinitus fit præter ordinem communiter servatum in rebus.* (cont. Gent. cap. CI); aquel efecto producido por virtud divina fuera del orden comunmente observado en las cosas.

El Doctor Angélico distingue tres clases de milagros, que constituyen como tres grados en los mismos, no respecto del divino poder, que igualmente se extiende á todo, sino con relación al poder de la naturaleza, según que un hecho milagroso puede superar más que otro las fuerzas naturales. Dice que una cosa puede exceder la virtud de la naturaleza de tres maneras: 1.º en cuanto á la sustancia misma del hecho, que de ningún modo, ni en ninguna circunstancia puede ser producido por la naturaleza, como que dos cuerpos se compenetren, que el sol retroceda en su curso, etc.; y estos milagros ocupan

el primer y más elevado lugar. 2.º un hecho puede exceder la virtud de la naturaleza, no en cuanto á lo que se hace, sino respecto del sujeto en que se obra, como resucitar á un muerto, dar la vista á un ciego, que tenga destruido el órgano; la naturaleza puede dar la vida, pero no á un muerto, y la vista, pero no á un ciego de las condiciones dichas; y estos milagros ocupan el segundo lugar. 3.º una cosa puede exceder la virtud de la naturaleza solo en cuanto al modo como se hace; por ejemplo, que un enfermo, que pudiese ser curado absolutamente por la naturaleza, cure instantáneamente, y sin aplicación de medicina, ni seguirse el proceso natural; que uno adquiera conocimientos de cosas difíciles repentinamente, sin estudio alguno: esta clase de milagros ocupan el último lugar. *Excedit aliquid facultatem naturæ tripliciter. Uno modo quantum ad substantiam facti, sicut quod duo corpora sint simul, vel quod sol retrocedat, aut quod corpus humanum glorificetur; quod nullo modo natura facere potest: et ista tenent summum gradum in miraculis. Secundo aliquid excedit facultatem naturæ, non quantum ad id quod fit, sed quantum ad id in quo fit, sicut resuscitatio mortuorum, et illuminatio cæcorum, et similia; potest enim natura causare vitam, sed non in mortuo; et potest præstare visum, sed non cæco; et hæc tenent secundum locum in miraculis. Tertio modo excedit aliquid facultatem naturæ quantum ad modum, et ordinem faciendi; sicut cum aliquis subito per virtutem divinam á febre curatur absque curatione et consueto processu naturæ in talibus; et cum statim aer divina virtute in pluvias densatur absque naturalibus causis, sicut factum est ad preces Sanmuelis, et Eliæ: et hujusmodi tenent infimum locum in miraculis. Quælibet tamen horum habent diversos gradus, secundum quod diversimode excedunt facultatem naturæ* (Sum. theol. P. I; Quæst. CV, art. VIII).

Ahora bien, el milagro entendido en el sentido pro-

pio, que hemos explicado, ¿es posible? *Esta cuestión dice el mismo J. J. Rousseau (que algunas veces tenía ráfagas de sentido común) tratada seriamente sería impía si no fuese absurda; castigar á quien la resolviese negativamente sería hacerle demasiado honor, bastaría encerrarlo* (Cartas de la montaña). En efecto, preguntar si son posibles los milagros es preguntar si Dios tiene más poder que la naturaleza, y si el orden y las leyes de ésta dependen de la libre voluntad de Dios. ¿Y quién que esté en el actual uso de su razón responderá negativamente? Dios tiene poder infinito, la naturaleza poder limitado; luego Dios puede producir efectos á los cuales no alcanza el poder de la naturaleza: decir que ningún efecto puede producirse que no sea resultado de las mismas fuerzas de la naturaleza, sería dar á esta un poder infinito, sería identificarla con Dios, sería el absurdo panteísta, que la razón rechaza con toda su energía. El orden y las leyes de la naturaleza dependen de la libre voluntad de Dios; luego Dios puede obrar y producir efectos fuera de este orden, y suspender ó derogar alguna de estas leyes. Y ¿quién puede dudar que el actual orden de la naturaleza es contingente é impuesto, por lo tanto, por la libre voluntad de Dios, que habría podido establecer otro orden, y dar otras leyes á la naturaleza? ¿Qué contradicción hay, ni que repugnancia implica; por ejemplo, que hubiese mayor ó menor número de astros, con otro orden en las distancias, en las masas, en los volúmenes, en los movimientos? Que hubiese otras especies de animales y plantas, otra organización en el cuerpo humano, otra manera de efectuarse la procreación? etc. etc.

Si se dice que las fuerzas, con que las sustancias creadas producen sus efectos, proceden de su misma esencia, de manera que supuesta la existencia de las actuales causas criadas, estas no pueden producir otros efectos;

aún concediendo esto, ¿quién no vé que siendo el poder de Dios infinito, puede impedir que estas fuerzas pasen á obrar, á acto segundo, como dicen los filósofos? pues siempre una fuerza mayor puede neutralizar los efectos de otra menor, como acaece aun en el concurso de las fuerzas mismas naturales: un cuerpo, por ejemplo, por la fuerza de gravedad se dirige hacia el centro; pero una fuerza mayor opuesta puede impedir que llegue al centro, y aun hacer que tome una dirección contraria.

Dios ha querido, es verdad, que la naturaleza siguiese en su conjunto un movimiento regular, y una marcha constante, que sirviese de base á la certidumbre física, y garantizase en el mundo la continuidad de la armonía general. Pero ¿quiere decir esto que el Supremo Hacedor hubiese perdido el poder de efectuar por sí mismo algo en la naturaleza sin el concurso de las fuerzas de ésta, ó de suspender en algún caso, según la ordenación de su Sabiduría, las leyes que libremente le impuso? ¿No es Dios el Criador de la naturaleza, que la tiene bajo su dominio, como esclava sumisa á su autoridad absoluta, y á su libertad soberana? ¿Qué diremos, pues, de esta ciencia mezquina, que ata á Dios con las leyes de la naturaleza; y pretende detener la acción de Dios en nombre de las leyes hechas libremente por el mismo Dios?

Y no se diga por los racionalistas, muy celosos de las perfecciones divinas, que suspender ó derogar Dios una ley que Él estableció, y quiso que rigiese desde el principio, incluiría mudanza en el Ser, que por su esencia es inmutable; porque bien se concilia la inmutabilidad divina con el poder de hacer milagros. En efecto, siendo Dios un acto purísimo, en el mismo acto de su entendimiento y voluntad, con que decretó *ab aeterno* las leyes que habían de regir en el tiempo, decretó así mismo las suspensiones, que en circunstancias dadas

habían de tener lugar para los fines de su alta sabiduría.

No se diga tampoco que esas suspensiones y derogaciones supondrían imperfección en Dios, que obraría contra el orden de las cosas, y sería como corregir y retocar su obra. Porque, como dice muy bien Santo Tomás, si se considera el orden de las cosas en cuanto depende de la causa primera, Dios no puede obrar contra este orden, pues en este caso obraría contra su presciencia, ó voluntad, ó bondad: (pero el milagro no se opone á este orden, según el cual todas las cosas dependen de la Causa Primera, sino que se contiene dentro de él, y lo confirma). Mas si se considera el orden de las cosas, según que dependen de las causas segundas, Dios puede obrar fuera de este orden de las cosas: porque Él no está sujeto al orden de las causas segundas, sino el tal orden está sujeto á Él, como que procede de Él no necesariamente, sino por arbitrio de su voluntad. *Si ordo rerum consideretur, prout dependet a prima causa, sic contra rerum ordinem Deus facere non potest: si enim sic faceret, faceret contra suam præscientiam, aut voluntatem, aut bonitatem. Si vero consideretur rerum ordo, prout dependet á qualibet secundarum causarum, sic Deus potest facere præter ordinem rerum: quia ordini secundarum causarum ipse non est subjectus; sed talis ordo ei subjicitur, quasi ab eo procedens non per necessitatem naturæ, sed per arbitrium voluntatis. Potuisset enim et alium ordinem rerum instituere: unde et potest præter hunc ordinem institutum agere cum volnerit, puta, agendo effectus causarum secundarum sine ipsis, vel producendo aliquos effectus, ad quos causæ secundæ non se extendunt.* (Sum. theol. I p. quæst. CV. art. VI.)

Ni tampoco puede decirse que obrar Dios milagros sería corregir y retocar su obra, como si no la hallase idónea para los fines á que la destinó; porque en realidad de verdad, la naturaleza cumple muy bien el objeto para

el cual la hizo: pero Dios puede proponerse otros fines superiores y dignos de su sabiduría infinita, para conseguir los cuales juzgue conveniente obrar de un modo extraordinario. Dice el Doctor angélico que Dios obra milagros para utilidad de los hombres, y esto de dos maneras, ya en confirmación de alguna verdad predicada, ya en demostración de la santidad de alguna persona que quiere proponer á los hombres como ejemplo de virtud: *operatur ea (miracula) Deus ad hominum utilitatem; et hoc dupliciter: uno quidem modo ad veritatis prædicatæ confirmationem: alio modo ad demonstrationem sanctitatis alicujus, quam Deus hominibus vult proponere in exemplum virtutis* (Sum, theol. 2.^a 2.^o p. quæes. LXXVIII. art. 2.) S. Agustín dice también á este propósito, que Dios no es una sustancia que pueda verse con los ojos; y si bien es verdad que el admirable orden del universo revela y manifiesta la sabiduría y el poder de Dios, sin embargo por la misma costumbre de ver todos los días las maravillas de la creación, estas no suelen ya causar en los hombres la debida admiración: por esto Dios ha decretado obrar en ciertas circunstancias de un modo extraordinario para hacer manifestación más espléndida de sí mismo. *Quia enim ille non est talis substantia quæ videri oculis possit et miracula ejus, quibus totum mundum regit universamque creaturam administrat, assiduitate viluerunt ita ut pene nemo dignetur attendere Dei mira et stupenda in quolibet seminis grano; secundum suam misericordiam servavit sibi quædam, quæ faceret opportuno tempore præter usitatum cursum ordinemque naturæ; ut non majora sed insolita videndo stuperent, quibus quotidiana viluerant.* (Tract. 24 in Joan.)

§ III.

Se ha demostrado que el milagro es posible. Vencido el naturalismo en este terreno, se retira, pero quiere hacerse fuerte en otro reducto. Dice, pues, que aun suponiendo la posibilidad del milagro, nada se adelantaría en favor de las pruebas de lo sobrenatural; porque el milagro no puede comprobarse: nunca podremos saber si tal ó cual hecho es verdaderamente milagroso; pues siendo la ley general físicamente cierta, esta certidumbre inducirá siempre á dudar de su derogación, y por consiguiente de la realidad del milagro. No es difícil conocer lo débil que es este modo, digámoslo así, de raciocinar. Se ha demostrado que Dios puede derogar una ley general por una excepción especial; ¿por qué se le quiere privar del poder de dar á conocer su voluntad particular, como la tiene para manifestar su voluntad general? Si puede darnos la certidumbre de la ley que ha establecido, ¿por qué no había de poder darnos la certidumbre de la derogación, que él mismo quisiera llevar á cabo? Se dice que el hecho milagroso no puede comprobarse: ¿y por qué? ¿No es un hecho, que puede muy bien caer bajo la acción de los sentidos? Si varias personas vemos á un ciego, cuya ceguera de nacimiento nos consta, recobrar repentinamente la vista á la sola voz de un hombre, ¿por ventura no será un hecho capaz de comprobación?

Pero, añaden los adversarios de los milagros, para tener certidumbre de un hecho milagroso, sería necesario tenerla de que no ha intervenido en él como causa alguna fuerza ó ley de la naturaleza: mas para esto debería conocerse á fondo todo el mecanismo de las leyes que rigen á la creación, y todas las fuerzas que obran en la naturaleza; y como esta condición no se podrá llenar ja-

más, siempre será imposible distinguir un hecho verdaderamente milagroso. Esta objeción podrá parecer por de pronto de algún valor á entendimientos poco acostumbrados á profundizar las cosas, y á descubrir las falacias en los raciocinios: y preciso es confesar que es la más fuerte que proponen los adversarios: sin embargo, nada más fácil que resolverla, y demostrar lo insubsistente que es en realidad.

El hombre, sin saberlo todo, puede tener la seguridad de que sabe algo; de otro modo la ciencia sería de todo punto imposible. Digo, pues, que para afirmar que un hecho se ha verificado independientemente de las leyes de la naturaleza, no es necesario conocerlas todas; basta conocer las que podrían intervenir para afirmar que no ha intervenido alguna de ellas en un caso dado: ni se necesita saber hasta donde llegan positivamente las fuerzas naturales, basta saber hasta donde no llegan en un caso particular para afirmar que el hecho no ha sido producto de ellas. Pongamos ejemplos: y sea el primero el famoso milagro de S. Genaro en Nápoles. Tres veces cada año se coloca la botella, que contiene sangre del mártir, en presencia de la reliquia de su cabeza, lo cual se hace con grandes ceremonias, y asistiendo numeroso pueblo; entonces la sangre, que ordinariamente es una masa sólida y negruzca, se liquida de repente, y á veces hierve, como si se acabase de derramar. Hace tres años se quiso sujetar el hecho á un examen científico, que el profesor de la universidad de Nápoles De Luca, libre pensador más bién que creyente, encargó á Pedro Punzo, inteligente químico de la misma universidad. Éste publicó después la relación de las observaciones hechas y de sus resultados: empieza por una descripción del reliquiario, de la botella y de la sangre; pasa después á las ceremonias, que preceden al hecho de liquidarse la sangre; declara las observaciones que hizo, y el proce-

dimiento que empleó para hallar una explicación natural al fenómeno: y concluye diciendo que solas dos causas naturales podrían producir la liquidación de la sangre, la acción del calor, y la acción de disolventes químicos; pero que en el hecho en cuestión, examinadas todas las circunstancias en que se verifica, halló que ninguna de ellas interviene. Ahora bien, ¿no se podrá lógicamente deducir, sin que sea necesario conocer todas las leyes de la naturaleza, que la liquidación de la sangre de S. Genaro es un hecho, que se verifica independientemente de ellas, y que por consiguiente es efecto de una causa superior? Si en mi presencia y en la de otras personas se realiza el hecho de que un cadáver de cuatro días enterrado y ya en putrefacción, á la voz de un hombre vuelve instantáneamente á la vida, y anda, habla y come, y así continúa después ejerciendo las funciones de la vida ¿no diremos que el hecho ha sido milagroso? Indudablemente. ¿Y por qué? Porque á pesar de que no conocemos hasta donde llega positivamente el alcance de las fuerzas de la naturaleza, sabemos con toda certidumbre, apoyada en la experiencia universal, que no llega á poder dar la vida á un cadáver. Sabemos perfectamente que las fuerzas de la naturaleza son constantes, y en las mismas circunstancias producen siempre los mismos efectos: ahora bien, si la voz del hombre tuviera fuerza natural para resucitar á un muerto, siempre produciría idéntico resultado; y sin embargo no es así. En presencia, pues, de un hecho semejante, sería preciso para darse razón del hecho, pues todo efecto debe tener una causa proporcionada, elevarse á una esfera superior, y llegar hasta Dios, cuyo poder siendo infinito supera á todo el poder de la naturaleza.

Está demostrado que el milagro, á más de posible, es capaz de comprobación: ¿qué recurso les queda ahora á los adversarios? ¿En qué otro reducto se atrincherarán

para combatir los milagros? Escuchemos. Dicen, por último, que aun dado que el milagro sea posible y pueda comprobarse, sin embargo sería preciso verlo uno mismo para admitir su existencia. Dijo el famoso incrédulo Espinosa que se hubiera convertido, si hubiese sido testigo de la resurrección de Lázaro, que con todos sus detalles nos refiere el Sagrado Evangelio. Mas ¿se propone en serio esta objeción? ¿No es más bien un recurso desesperado, á que acuden los adversarios arrojados de todas las líneas de combate? Los milagros son hechos: y ¿por ventura es preciso haber visto uno mismo con sus propios ojos un hecho para admitir su existencia? ¿Quién jamás dijo tal cosa? ¿Qué sería de la historia si se admitiese ese criterio? ¿Ha visto alguno de nuestros contemporáneos á Ciro tomando á Babilonia, ó á César pasando el Rubicón? y sin embargo, ¿quién duda de estos y otros hechos históricos? Si un hecho milagroso es posible, si es capaz de comprobación; ¿por qué no deberá admitirse este hecho verificado en condiciones de publicidad, ó referido por testigos que reúnen las circunstancias que se requieren y exigen para la admisión de los hechos? En verdad que esta objeción es apenas digna de doctores de aldea y de filósofos de café.

§ IV.

Dicen algunos que admitirían de buen grado los milagros, si los viesan aprobados, después de un riguroso examen, por una comisión científica. Pero ¿quién ha pensado nunca en relegar la certidumbre histórica al fondo de las academias, para hacer de ella un privilegio exclusivo de las comisiones científicas? ¿Por ventura no hay en el orden de los hechos una certidumbre moral que se impone del mismo modo al pueblo que á los sábios? Pero en fin, seamos condescendientes hasta el ex-

tremo: quitemos todo pretexto á nuestros adversarios. Vivimos en el siglo de las comisiones, y para todo se quieren comisiones: pues que la tengan también los milagros. Y el caso es que no hay que nombrarla; porque la comisión existe ya, y funciona con un rigor, una perseverancia y solemnidad extraordinarias. En Roma, en la Sagrada Congregación de Ritos, selecta reunión de sabios que entiende en la canonización de los Santos, se exponen los milagros, se los ataca, se los defiende, se los discute, y los que se admiten por fin, quedan consignados tan científicamente, que mejor no podrían hacerlo las comisiones de todas las academias del mundo. Léase la célebre obra del sabio Benedicto XIV *De servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione*, en particular el libro IV, y se verá el rigor y sabiduría con que se hace el examen de los milagros que se presentan á la Sagrada Congregación.

Como muestra de esto referiré lo que escribe el padre Daubeton en la *Vida de San Francisco Regis*. Se hallaba en Roma un erudito protestante inglés que contrajo amistad con un prelado romano; quien un día le dió á leer varios documentos que contenían las pruebas de algunos hechos prodigiosos. Después de haberlos leído el protestante con gran atención, los devolvió al prelado diciendo: hé ahí la manera más segura de probar los milagros; si todos los que la iglesia romana admite, estuvieran fundados sobre pruebas tan evidentes y auténticas como estos, nosotros los protestantes no tendríamos inconveniente alguno en admitirlos. Pues bien, contestó el prelado, sepa V. que de todos estos hechos prodigiosos que le parecen á V. tan bien fundados, ninguno ha sido admitido por la Congregación de Ritos, porque no le han parecido todavía suficientemente probados. El protestante, oyendo esto, confesó que solo una ciega prevención podía oponerse á la canonización de los

santos; y que nunca habría creído que la prudencia de la Iglesia romana fuese tan allá en el examen que hace de los milagros.

Pues bien, dirá algún incrédulo, si es así, que se publiquen esos procesos que instruye la Congregación de Ritos; que no los tenga encerrados en sus archivos, que se haga luz: y veremos si es verdad todo esto, y admiraremos esa sabiduría que tanto se pondera. En verdad que hasta aquí ninguno de esos procesos se había puesto á los ojos del público; mas no podrá decirse lo mismo en adelante. Nuestro Santísimo Padre León XIII, en su alta sabiduría ha creído oportuno en los actuales tiempos derogar aquella regla y costumbre á petición del célebre abate Moigno. Este sabio sacerdote, á quien M. Dumas, presidente de la academia francesa, llamó corifeo de la ciencia en Francia, y á quien el mismo León XIII elogió como valeroso defensor de la Fe con las armas mismas de la ciencia moderna, publicó hace pocos años una magnífica obra en cuatro tomos, con el título *Resplandores de la Fe*, en la cual reunió cuanto había recogido en cincuenta años de estudio y laboriosidad en los diferentes campos de la ciencia, con el fin de demostrar la admirable armonía que hay entre la fe y la ciencia. Y por cierto nadie más á propósito que este sabio para emprender y llevar á feliz término esta demostración. Hombre de conocimientos vastísimos en los diferentes ramos del saber humano, promotor celosísimo de los progresos de las ciencias naturales, propagador incansable de la instrucción científica entre las clases populares, es ejemplo raro, quizás único, en nuestros tiempos por la universalidad de sus conocimientos. Estudió y se familiarizó con los hechos de la Zoología, de la Botánica, de la Mineralogía y de la Geología, bajo la dirección de Cuvier, Haüy, Desfontaines y Thouin. Fué profesor de Teología, Hebreo, Sagrada Escritura é Historia ecle-

siástica, como también de Química, Física y Matemáticas, enriqueciendo estas dos últimas ciencias con excelentes obras. En los innumerables volúmenes que componen la colección de sus revistas científicas, no hay descubrimiento alguno en el campo de la ciencia desde medio siglo, que él no haya tomado en consideración, y sobre el cual no haya emitido su juicio. Él ha dicho: *he leído todo, he examinado todo lo que la ciencia ha dado á luz, y jamás se ha levantado una duda en mi entendimiento, jamás he sentido tentación contra la fe*; bien que en su piedad cristiana lo atribuye á especial gracia de Dios nuestro Señor. Pues bien, este escritor, el más adornado de las condiciones necesarias para resolver científicamente la cuestión de la armonía entre la Fe y la ciencia, en la obra citada resuelve admirablemente esta importantísima cuestión. Armado de su inmenso aparato científico, llama á examen todas las teorías y todos los hechos y datos presentados por la ciencia; y demuestra de un modo concluyente que no existe conflicto alguno entre las verdades enseñadas por nuestra Santa Religión Católica y las teorías fundadas y los hechos ciertos de las diferentes ciencias naturales.

Empero una cosa faltaba para que la victoria sobre el moderno racionalismo fuese completa y decisiva; y era poner en clara luz la innegable evidencia de los motivos de credibilidad que se encierran en los milagros, presentando algunos en particular con tales circunstancias y condiciones, que no dejasen recurso alguno á la incredulidad. Pensó el abate Moigno que para conseguir este objeto, sería lo mejor presentar á los ojos de los incrédulos alguno de los procesos auténticos, que la Congregación de Ritos instruye en orden á la canonización de los Santos. Pero la dificultad estaba en que los tales procesos se guardan en el archivo de la Congregación, y no está en uso publicarlos. Él intentó vencer esta dificul-

tad, pidiendo permiso al Sumo Pontífice León XIII para dar á luz alguno de los procesos. El Papa se lo concedió benignamente, dándole á escoger el que le pareciese más á propósito: escogió el que se habia instruido sobre cuatro milagros al efecto de la beatificación de S. Benito Labre, beatificado por Pío IX, y á quién canonizó León XIII el 8 de Diciembre de 1881. El texto literal de dicho proceso, precedido de un resumen de la doctrina de Benedicto XIV acerca de la beatificación y canonización de los Santos, y de la exposición de algunos puntos relativos á esta materia y á la de los milagros, compone el quinto tomo de la grandiosa obra apologética del sabio abate Moigno, dado á luz el año pasado de 1882 con el título *El milagro ante el Tribunal de la Ciencia con las piezas del proceso de Beatificación de S. Benito José Labre*. ¿Qué harán los adversarios de los milagros en vista de este reto lanzado por el sabio abate Moigno á la faz del mundo científico? Los obstinados, los de mala fe procurarán regularmente, con orgulloso desprecio y mal disimulado silencio, hacerse el desentendido, y dar al olvido tan admirable obra; dando con esto á entender que tiene para ellos más encanto la mentira que la verdad, como con estas mismas palabras lo confesó un racionalista á un amigo suyo en el seno de la confianza.

Suelen algunos mover dificultades contra los milagros con ocasión de los hechos extraordinarios que ofrece el espiritismo en nuestros días. Mas son fáciles de resolver: primero, porque el espiritismo no produce efectos del primero y del segundo grado de milagros; solo produce hechos que tienen cierta semejanza con algunos del tercer grado: y segundo, porque para distinguir los fenómenos producidos por el espiritismo de los verdaderos milagros de cualquier grado obrados por virtud divina, hay señales ciertas é indudables, de las cuales trataré en el capítulo VI.

CAPÍTULO II.

Relación de los actos y movimientos del alma de Santa Teresa de Jesús antes que lo sobrenatural se manifestase en ella con extraordinario esplendor.

§ I.

Se ha visto en el capítulo anterior que los milagros son posibles, son capaces de comprobación, y se puede tener certidumbre de su existencia. Siendo el milagro efecto de la acción extraordinaria de Dios, es signo de su divina voluntad, y obrándose en el seno del cristianismo verdadero, que es el catolicismo, es prueba y garantía del orden sobrenatural invisible, que el cristianismo afirma como su dogma fundamental, y el objeto de su misión en medio de la humanidad. Esa acción sobrenatural de Dios no sólo se manifiesta en el orden físico, es decir, obrando independientemente de las leyes que rigen la naturaleza corpórea, sino que también se manifiesta en la región psicológica, es decir, obrando en las facultades del alma humana fuera del orden, á que están sujetas naturalmente en la formación de sus actos y operaciones, y produciendo en ellas efectos, á que sus fuerzas naturales no pueden llegar. Esta acción extraordinaria de Dios en las facultades del alma humana, verificándose de un modo perceptible, es un género de milagro, que podemos llamar del orden psicológico. Esta comunicación de Dios con el hombre, fuera de las exigencias de la naturaleza de éste, es signo también y manifestación de lo sobrenatural que afirma el cristianismo: por manera que la existencia de lo sobrenatural, que anima é informa á nuestra Santa Religión, puede probar-

se también por el hecho de esas operaciones divinas en las almas, que viven en su seno, y se mueven á impulsos del espíritu que la informa. Y hé aquí el punto de vista, desde el cual me he propuesto considerar en este tratado la cuestión de lo sobrenatural.

Es indudable que si Dios, como se ha demostrado en el capítulo anterior, puede obrar en la naturaleza corpórea independientemente y fuera del orden que la rige, y producir por lo tanto efectos superiores á sus fuerzas naturales, podrá también obrar en las facultades del alma humana fuera del orden que siguen naturalmente en la formación de sus actos, produciendo en ellas efectos á que no alcanzan las fuerzas que proceden de su naturaleza. Porque el poder de Dios es tan infinito con relación á los cuerpos, como respecto de las almas. Podemos, pues, pasar desde luego á la cuestión de hecho. ¿Ha hecho Dios esta clase de milagros del orden psicológico? ¿Se ha comunicado y obrado en las almas de un modo sobrenatural? Sí. Al objeto de demostrar esta afirmación, entre otros ejemplos que podría aducir para formar la materia y la base de la demostración, he creído á propósito escoger á la insigne Doctora mística Santa Teresa de Jesús; porque además de ser muy conocidas y muy leídas sus obras, lo sobrenatural psicológico se manifestó en ella de un modo espléndido, y con una magnificencia poco usada. Por otra parte la fuerza de reflexión psicológica, de que estaba admirablemente dotada, es decir, el claro, profundo y exacto conocimiento, que tenía de las funciones y de los actos de su alma, que se revela en sus preciosos escritos, y que reconocen los mismos racionalistas, la ponía en estado de distinguir bien los fenómenos que en su interior experimentaba; lo cual facilitará en extremo la demostración que intento hacer.

Antes, empero, de presentar á la vista de mis lectores el brillante cuadro de las operaciones sobrenatura-

les, que en su alma verificaba el Espíritu Divino, y de sujetarlas á examen filosófico y teológico, juzgo conveniente poner un relato de los movimientos y actos de su alma antes que lo sobrenatural se manifestase en ella en toda su magnificencia. La comparación que se haga entre los actos de un orden y los del otro, ayudará también á facilitar la inteligencia de las razones, que iré aduciendo para el objeto que me he propuesto.

§ II.

Quien atentamente leyere el relato de su vida, que por mandato del confesor escribió nuestra Santa, no podrá menos que reconocer en todas sus partes las más claras señales de sencillez y naturalidad. El que está acostumbrado algún tanto á ejercitar sobre sí mismo y sus actos la reflexión psicológica, no puede menos que sorprenderse al observar cómo Teresà distingue perfectamente los diferentes estados en que sucesivamente se encontró su alma, los diversos afectos que la movían, y las multiplicadas influencias que recibía.

Llegada al uso de la razón, el Señor, que la tenía destinada para grandes cosas, encendió en su tierno espíritu intensos afectos de devoción, y deseos de vida espiritual, que fueron el principio y punto de partida de aquella sorprendente vida, que terminó en las más altas y sublimes comunicaciones con Dios. Con encantadora sencillez describe ella el efecto que le produjo la lectura de los martirios de los Santos, siendo de edad de seis á siete años. «Como veía, dice, los martirios, que por »Dios los Santos pasaban, parecíame compraban muy »barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir ansí; no por amor que yo entendiese tenerle, sino »por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía »haber en el cielo». (*Vida, cap. 1.º*) Estos deseos crecie-

ron hasta tal punto que concertó con un hermano suyo casi de la misma edad, á quien quería mucho, irse á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios los desca- bezasen. «Y paréceme, dice ella, que nos daba el Señor »ánimo en tan tierna edad si viéramos algún medio, si- »no que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. »Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos, que »pena y gloria era para siempre. Acaecíanos estar mu- »chos ratos tratando de esto; y gustábamos de decir mu- »chas veces, para siempre, siempre, siempre. En pro- »nunciar esto mucho rato era el Señor servido me que- »dase en esta niñez imprimido el camino de la verdad.» (*Ibid.*) Después añade: «Hacía limosna como podía, y »podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devocio- »nes que eran hartas, en especial el rosario, de que mi »madre era muy devota, y ansí nos hacía serlo. Gusta- »ba mucho cuando jugaba con otras niñas, hacer monas- »terios, como que éramos monjas; y yo me parece desea- »ba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho.»

Á la edad poco menos de doce años murió su virtuosa madre, lo que ella sintió mucho. «Como yo entendí, es- »cribe, lo que había perdido, afligida fúme á una ima- »gen de nuestra Señora y supliquéla fuese mi madre »con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo »con simpleza que me ha valido, porque conocidamente »he hallado á esta Virgen soberana en cuanto me he en- »comendado á ella, y en fin me ha tornado á sí. Fatíga- »me ahora ver y pensar en qué estuvo el no haber yo »estado entera en los buenos deseos que comencé» (*Ibid.*)

En efecto, después de tan buenos principios, decayó del primitivo fervor: comenzó á darse á vanidades y pa- satiempos, y á abrir los ojos al mundo y tomar sabor de lo que en él se estima por algo. Comenzó por aficionarse á la lectura de libros de caballería, en la cual gastaba muchas horas del día y de la noche. «Era tan extremo,

»dice, lo que en esto me embebía que si no tenía libro
»nuevo, no me parece tenía contento» (*Vida, cap. 2.º*)
De esto se siguieron otros daños y quebrantos á su alma, como ella cuenta con estas palabras: «Comencé á
»traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con
»mucho cuidado de manos y cabellos, y olores y todas
»las vanidades que en esto podía tener que eran hartas
»por ser muy curiosa. No tenía mala intención, porque
»no quisiera yo que nadie ofendiera á Dios por mí.»
(*Vida, cap. 2.º.*)

Tenía Teresa un natural gracioso y amoroso, afable y muy agradecido, con lo cual atraía como un imán los corazones de cuantos la trataban. Así que viéndose querida de muchos, comenzó ella también á querer, y á no gustar de estar escondida. Y pasando el daño mas adelante, gustaba de la conversación y del trato de algunos deudos suyos, entreteniéndose en sustentarles pláticas de cosas vanas y curiosas. Sobre todo tomó afición á una parienta suya de livianos tratos y dada á la vanidad mundana. El daño que causó á su alma esta amistad y compañía lo declara así: «De tal manera me mudó
»esta conversación, que de natural y alma virtuosos, no
»me dejó casi ninguna señal: y me parece me imprimía
»sus condiciones ella y otra que tenía la misma manera de pasatiempos.» (*Ibid.*)

Con todo, Dios, que la quería para sí enteramente, si bien permitió por sus altísimos juicios que esta Santa Virgen andara así distraida y tibia en el servicio divino y pegada á las vanidades del mundo, no la dejó del todo de su mano, velando amoroso para que no se apartase enteramente de Él por el pecado mortal. En este abismo no cayó Teresa: el sentimiento de la propia honra era muy vivo en su ánimo; y le sirvió de freno para contenerse dentro de los límites del decoro y de la honestidad, aun en medio de sus galas de moza, y de sus tra-

tos livianos. «No me parece, escribe ella, había dejado á Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Este tuvo fuerza para no la perder del todo; ni me parece por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona del que á esto me hiciese rendir.» (*Ibid.*) Y después añade: «nunca era inclinada á mucho mal, por que cosas deshonestas naturalmente las aborrecía, sino á pasatiempos de buena conversación.»

Esta conducta de Teresa desagradó á su padre; quien para impedir que el mal creciese, y cortarlo de raiz, encerróla en un convento de la ciudad de Ávila, donde vivían, en el cual se educaban doncellas seglares; y como una de ellas entró allí nuestra distraida Teresa. Fuera de las ocasiones que tenía en casa, y con las santas conversaciones y buenos ejemplos de las religiosas, fué despegando su corazón de las vanidades, y volviendo al fervor primitivo. Fijémonos muy bien en las trazas de Dios en guiar á esta su sierva, y encaminarla á los altos fines á que la tenía predestinada. ¡Qué admirable aparece su divina Providencia en el particularisísimo y amoroso cuidado que tuvo de Teresa! Y si permitió que durante algún tiempo anduviese distraida, y cometiendo culpas aunque no mortales, hizo que esto mismo le sirviera después á la Santa de materia de humildad y confusión, y de estímulo para amarle con mas ardor, á fin de compensar el tiempo, en qué se había entibiado en ella el amor divino. De este modo quedó asentado un buen cimiento de humildad, sobre el cual levantó el Señor un gigantesco y hermoso edificio de excelentes dones y altísimas mercedes. Pero oigamos de la Santa misma la relación de las vías por las que se mudó su corazón, en la cual admiraremos, como hasta aquí, la claridad con que conocía los diferentes movimientos, actos y afectos de su alma. «Los primeros ocho días (*de estar en el di-*

»cho convento) sentí mucho, y mas la sospecha que tuve
 »se había entendido la vanidad mia, que no de estar
 »allí; porque ya yo andaba cansada y no dejaba de te-
 »ner gran temor de Dios cuando le ofendía, y procura-
 »ba confesarme con brevedad. (*Vida, cap. 2.º*)... Comenzó
 »esta buena compañía, (*la de la monja que tenia el cui-*
 »»*dado de las educandas*) á desterrar las costumbres que
 »había hecho la mala, y á tornar á poner en mi pensa-
 »miento deseos de las cosas eternas, y á quitar algo la
 »gran enemistad que tenía con ser monja que se me ha-
 »bía puesto grandísima: y si veía tener lágrimas cuan-
 »do rezaba, ú otras virtude, hábale mucha envidia, por-
 »que era tan recio mi corazón en este caso, que si leye-
 »ra toda la pasión, no llorara una lágrima: esto me cau-
 »saba pena...; mas todavía deseaba no fuese monja, que
 »esto no fuese Dios servido de dármelo, aunque también
 »temía el casarme. Al cabo de ese tiempo ya tenía más
 »amistad de ser monja, aunque no en aquella casa, por
 »las cosas más virtuosas que después entendí tenían,
 »que me parecían extremos demasiados... También te-
 »nía yo una grande amiga en otro monasterio, y esto era
 »parte para no ser monja, si lo hubiese de ser, sino á
 »donde ella estaba... Miraba más el gusto de mi sensua-
 »lidad y vanidad, que lo bien que estaba á mi alma. Es-
 »tos buenos pensamientos de ser monja me venían algu-
 »nas veces, y luego se quitaban, y no podía persuadir-
 »me á serlo.» (*Vid., cap. 3.º*)

¡Qué maravillosas son las trazas que usa la divina
 Providencia para conducir las almas al punto que ella
 quiere! Teresa no podía persuadirse á ser monja, sentía
 repugnancia á este estado; y sin embargo Dios la que-
 ría reformadora de un insigne instituto religioso. Vea-
 mos cómo se iban llevando á cabo los designios divinos;
 veamos los movimientos del alma de Teresa, que por fin
 la condujeron al puerto de la religión por en medio de

un mar agitado por contrarios afectos. Una penosa enfermedad la obligó á salir del convento donde se educaba, y pasar á la casa de su padre. En estando buena, la llevaron á la casa de una hermana suya, que residía en una aldea. Estaba en el camino la morada de un hermano de su padre, varón de muy grandes virtudes. Allí la esperaba Dios: allí nuestra Santa tomó la resolución de abrazar el estado religioso, la cual llevó á cabo después de tenaz lucha, sostenida entre su razón, que le proponía los grandes bienes que vendrían á su alma en la religión, y su repugnancia á este estado de vida. Así describe ella esta lucha: «Aunque fueron los días que estuve pocos, con la fuerza que hacían en mi corazón las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía, vine á ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que no era todo nada, y la vanidad del mundo, y como acabará en breve, y á temer si me hubiera muerto, como me iba al infierno, y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse á ser monja, ví era mejor y más seguro estado, y así poco á poco me determiné á forzarme para tomarle. En esta batalla estuve tres meses...; en este movimiento de tomar estado, mas me parece me movía un temor servil, que amor.» (*Vida, capítulo 3.º*)

Por fin, después de obstinada lucha, y venciendo mil dificultades, que el sentido y el demonio le ponían, dice la Santa: «Me determiné á decirlo á mi padre, que casi era como tomar el hábito, porque era tan honrosa, que me parece no tornaba atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez.» (*Ibid.*) Grande fué el dolor que experimentó al abandonar la casa de su padre, grande por consiguiente el sacrificio que de sí misma hizo al Señor. «Cuando salí, dice, de en casa de mi padre, no creo será mas el sentimiento cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí,

»que como no había amor de Dios que quitase el amor
 »de padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza
 »tan grande, que si el Señor no me ayudara, no basta-
 »ran mis consideraciones para ir adelante: aquí me dió
 »ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra.»
 (*Vida, cap. 4.º*)

§ III.

Colocada ya Teresa en el puerto de la religión, todo cambió de aspecto. Dios le infundió amor inefable al estado religioso, que inundaba su corazón de contento indescriptible. «En tomando el hábito, escribe ella, luego me dió el Señor á entender como favorece á los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie no entendió de mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy; y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la religión.» (*Vida, cap. 4.º*)

Cumplido el año del noviciado, y llegado el tiempo oportuno, hizo su profesión, creciendo cada día en la virtud y en el amor á su divino esposo, á quien había entregado su corazón. Poco después le sobrevino una terrible enfermedad, para cuya curación salió del convento, en el cual no se profesaba clausura, y trasladóse á una aldea. En el camino se detuvo en casa de aquel tío suyo mencionado más arriba, de quien se servía la divina Providencia para ir realizando en Teresa los admirables y amorosos planes, que había concebido respecto de ella. Este tío la introdujo en el saludable camino de la oración mental, á la cual se dió desde entonces con grande aprovechamiento de su alma.

Sufrió la Santa con maravillosa paciencia los grandes dolores que le causaba su larga y molestísima enferme-

dad: y no encontrando para ella remedio en la tierra, acudió al cielo: sobre todo encomendóse al Patriarca San José, á quien profesaba tiernísima devoción. «Pues él »hizo, escribe, como quién es, en hacer de manera que »pudiese levantarme y andar y no estar tullida; y yo como soy en usar mal de esta merced.» (*Vida, cap. 6.º*) Esta curación se verificó en su convento, á donde se había trasladado, así que la enfermedad, disminuyendo algo en su rigor, pudo permitirlo. Dice la Santa las últimas palabras anteriormente citadas, porque volvió después á aflojar en su devoción, y á darse á pasatiempos, y á admitir visitas inútiles y conversaciones vanas: inclinándola á ello su mismo natural agradecido y amoroso, que en conociendo le tenían afición algunas personas, le parecía que debía pagar con la misma moneda. «Pues así, dice ella, comencé de pasatiempo en pasatiempo, de vanidad en vanidad, de ocasión en ocasión, á meterme tanto en muy grandes ocasiones y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenía vergüenza de en tan particular amistad, como es tratar de oración, tornarme á llegarme á Dios, y ayudóme á esto, que como crecieron los pecados, comencéme á faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud..., comencé á temer de tener oración.» (*Vida, cap. 7.º*) Dejada la oración mental soltó más la rienda á lo que su gusto y vanidad le pedían: lo cual lamentó después amargamente; porque fué en efecto grandísimo engaño y falsa humildad; y como ella dice: «fué la mayor tentación que tuve, y por ella me iba á acabar de perder, »y con la oración un día ofendía á Dios, y tornaba otros »á recogerme, y á apartarme más de la ocasión.» (*Ibid.*)

Ocurrió en este tiempo la última enfermedad y muerte de su padre, á quién asistió con cariño y ternura verdaderamente filiales. Mostró en esta ocasión su grande ánimo y el dominio que tenía sobre sus afectos: pues á

pesar del profundo dolor que sentía, igual al grande amor que profesaba á su padre, «tuve, dice, tan gran ánimo para no lemostrar pena y estar hasta que murió como si ninguna cosa sintiese, pareciéndome se arrancaba mi alma cuando veía acabar su vida, porque le quería mucho.» (*Ibid.*)

Estuvo Teresa sin la práctica de la oración mental un año y más: al cabo de este tiempo, por consejo de un fraile dominico, con quien se confesó, tornó á tan saludable ejercicio para no dejarlo ya más, á pesar de sequedades, desolaciones y faltas; conociendo con luz del cielo cuán eficaz medio es la oración mental para enmen- dar faltas, y aprovechar en las virtudes. Sin embargo halló dificultad en cortar de un golpe los lazos que la tenían como asida al mundo: lo cual la hacía andar con gran pena y fatiga; porque de una parte la atraía el mundo, y de otra Dios. «Ello es, dice, una guerra tan penosa, que no sé como un mes la pude sufrir, cuanto más tantos años.» (*Vida, cap. 8.º*) Esta facilidad de visitas y comunicación con los del mundo no se ha de extrañar, si se considera que el convento de carmelitas, donde entonces vivía, antes de emprender la reforma, no era encerrado; de lo que se lamenta ella amargamente, por los daños que esto puede ocasionar, y por los que á ella le vinieron.

Bueno será advertir aquí, que en todas sus vanidades, visitas, aficiones y tratos con personas de fuera del convento, Dios la tuvo de su mano para que no cayese en pecado mortal: pues ella, que tan solícita se muestra en encarecer sus faltas, no se atreve á decir una vez siquiera que cayese en falta alguna, que entendiese ser mortal; porque en medio de sus pasatiempos y distracciones traía temor de Dios lo más continuo, como ella dice (*cap. 52*), y practicaba grandes virtudes. Hablando de cuando fué á asistir á su padre enfermo, dice: «Fuíle

»yo á curar, estando más enferma en el alma, que él en
 »el cuerpo, en muchas vanidades, aunque no de mane-
 »ra, que á cuanto entendía estuviese en pecado mortal
 »en todo este tiempo más perdido que digo; porque en-
 »tendiéndolo yo, en ninguna manera lo estuviera.» (*Vida, cap. 7.º*) No importa que encareciera ella después la
 gravedad de sus culpas, y las llorase amargamente é hi-
 ciese atroz penitencia; porque es propio de los que aman
 sinceramente á Dios sentir en gran manera sus culpas
 pasadas, aunque leves, y encarecerlas como graves, y
 juzgarse dignísimos del infierno. No es, pues, de extra-
 ñar que la Santa, después que tuvo tan gran luz del
 cielo para conocer quién es Dios, y lo mucho que le de-
 bía por las singulares y excelentes mercedes, que de su
 generosa mano recibía, se humillara, y sintiera oprimido
 su corazón de vehemente dolor por sus culpas é ingrati-
 tudes pasadas.

Duró esta penosa lucha y contienda cerca de veinte
 años, durante los cuales padeció además grandes seque-
 dades y desolaciones de espíritu, que le causaban pro-
 funda aflicción. Así describe ella ese estado de su alma:
 «Muy muchas veces algunos años tenía más cuenta con
 »desear se acabase la hora que tenía por mí de estar (*en*
 »*la oración*) y escuchar cuando daba el reloj, que no en
 »otras cosas buenas: y hartas veces no sé qué peni-
 »tencia grave se me pusiera delante, que no la acometie-
 »se de mejor gana que recogerme á tener oración. Y es
 »cierto que era incomportable la fuerza, que el demonio
 »me hacía, ó mi ruin costumbre que no fuese á la ora-
 »ción, y la tristeza que me daba en entrando en el ora-
 »torio, que era menester ayudarme de todo mi ánimo
 »(que dicen no le tengo pequeño, y se ha visto me le dió
 »Dios harto más que de mujer, sino que le he empleado
 »mal) para forzarme, y en fin me ayudaba el Señor. Y
 »después que me había hecho esta fuerza, me hallaba

»con más quietud y regalo que algunas veces que tenía
»deseo de rezar.» (*Vida, cap. 8.º*)

Otra pena sentía la Santa en este tiempo, que á primera vista parece bien extraña, pero entendido su natural agradecido, no lo parece tanto. En medio de esas sequedades y faltas, como no dejó la oración, y á intervalos dejaba las ocasiones, el Señor le hacía á veces singulares regalos; y lo que parece le había de causar consuelo y gozo, era para ella ocasión de pena y fatiga: porque ninguna cosa sentía más ella que recibir mercedes, como quien se juzgaba digna de los más rigurosos castigos: y así el Señor en su sabia providencia la purificaba y castigaba con el más riguroso azote que podía haber para su natural condición. «Á la verdad, escribe, tomábades, Rey »mio, el mas delicado y penoso castigo por medio, que »para mí podía ser como quién bien entendía lo que me »había de ser más penoso. Con regalos grandes castigá- »bades mis delitos... Era tan más penoso para mi con- »dición recibir mercedes, cuando había caído en graves »culpas, que recibir castigos; que una de ellas me pare- »ce cierto me deshacía y confundía más, y fatigaba, que »muchas enfermedades con otros trabajos harto juntos; »porque lo postrero veía lo merecía, y parecíame pagaba »algo de mis pecados, aunque todo era poco según ellos »eran muchos: mas verme recibir de nuevo mercedes »pagando tan mal las recibidas, es un género de tor- »mento para mí terrible, y creo para todos los que tuvie- »ren algún conocimiento ó amor de Dios.» (*Vida, cap. 7.º*)

CAPÍTULO III.

Los hechos extraordinarios, que se manifestaron en Santa Teresa de Jesús, no fueron producto de las fuerzas naturales de sus facultades.

§ I.

Después de larga noche de sequedades y faltas, interrumpida sólo á veces por pasajera claridad, apareció por fin en el horizonte del alma de Teresa el claro día de los divinos favores y de las extraordinarias mercedes. El Señor le dió nueva luz para que conociese mejor sus faltas, y nuevo vigor para esforzarse con más ahinco á quitarse de las ocasiones y vanos pasatiempos, y á entregarse sin reserva en los brazos de su Amado. Dejemos á la Santa que nos cuente ella misma los principios, de donde procedió la admirable transformación de su vida. «Pues ya andaba mi alma cansada y aunque quería, no »la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía. »Acaecióme, que entrando un día en el oratorio, ví una »imagen que habían traído allí á guardar, que se había »buscado para cierta fiesta que se hacía en casa. Era de »Cristo muy llagado, y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verle tal, porque representaba bien lo »que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal »que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me »parece se me partía; y arrojéme cabe Él con grandísimo »derrámamiento de lágrimas, suplicándole me fortaleciese ya de una vez, para no ofenderle.» (*Vida, cap. 9.º*) Á este golpe de la divina gracia sucedió luego otro. «En »este tiempo, dice ella, me dieron las confesiones de San »Agustín, que parece el Señor lo ordenó, porque yo no »las procuré, ni nunca las había visto... Como comencé »á leer las confesiones, paréceme me veía yo allí; comen-

»cé á encomendarme mucho á este glorioso Santo. Cuando llegué á su conversión, y leí como oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió á mí, según sintió mi corazón: estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas, y entre mí mesma con gran aflicción y fatiga...: paréceme que ganó grandes fuerzas mi alma de la divina Majestad, y debió oír mis clamores y haber lástima de tantas lágrimas.» (*Ibid.*) Con estos dos golpes trocose Teresa en otra, como ella lo refiere con las siguientes palabras: «Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mía, la que he vivido desde que comencé á declarar estas cosas de oración (*desde los dos sucesos referidos*) es que vivía Dios en mí, á lo que me parecía; porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Sea el Señor alabado que me libró de mí. Pues comenzando á quitar ocasiones y á darme más á la oración, comenzó el Señor á hacerme las mercedes, como quien deseaba, á lo que pareció, que yo las quisiese recibir.» (*Vida, cap. 25.*)

En efecto, desde aquel momento Dios fué levantando el espíritu de nuestra Santa por encima de las cosas transitorias de este mundo corpóreo; la fué conduciendo por los diferentes grados de oración infusa hasta lo más alto y sublime de ella; fué uniéndola á sí cada vez más íntimamente, y encendiendo con más intensidad en su alma el sagrado fuego del amor divino. El Señor desplegó en Teresa con inusitada generosidad las magnificencias de lo sobrenatural; la hizo vivir en un mundo nuevo; trató con ella con la familiaridad y amor, con que un esposo trata á su esposa querida; descubrió ante los ojos de su alma nuevos y dilatados horizontes, hasta colocarla en los umbrales de la Jerusalém celestial, y descubriendo bastante el velo que oculta aquella bendita ciu-

dad á la vista de los míseros mortales, le mostró la gloria y las grandezas de aquella bienaventurada región, y le dió á gustar algo de sus deleites y dulzuras. ¡Oh qué sabia y amorosa es la divina Providencia! Permitió el Señor que por mucho tiempo anduviera Teresa sujeta á multiplicadas faltas; lo cual sirvió para que ella conociese lo que dá de sí la miseria humana, se humillase profundamente, y distinguiese mejor lo sobrenatural en las extraordinarias operaciones divinas, que en ella se manifestaron.

Dios nuestro Señor, que es libre en la distribución de sus dones, y los distribuye según place á su soberana sabiduría, proponiéndose en todo la manifestación de su gloria, ha escogido en todos tiempos almas, á las cuales se comunica de un modo más especial y maravilloso, que al resto de las almas justas. Desde el fondo del alma, donde habita por la gracia, envía á su mente conocimiento infuso con luz del todo sobrenatural, é imprime en su voluntad amor y deleite particularísimos, con lo cual concentra hacia sí estas facultades, abstrayéndolas de las cosas mundanas. Estas divinas influencias las derrama á veces en mayor ó menor grado en las potencias sensitivas, fantasía y apetito; y estas ó ponen actos en consonancia y armonía con los de las potencias espirituales, ó se adormecen, con lo cual el entendimiento y la voluntad se sumergen más en el seno de Dios. Diferentes son los grados de esta elevación y unión del alma con Dios; maravillosa la familiaridad que se digna tener el Señor con el alma así privilegiada, sorprendentes los secretos que le revela, intensísimos los incendios de amor en que la consume.

Teresa de Jesús fué sin duda una de las más privilegiadas de entre esas almas dichosas. Dejaremos que ella misma nos describa con su acostumbrada sencillez y naturalidad las altísimas mercedes, que del Señor recibió,

tales como las experimentaba. Porque es de advertir, como repite en diferentes lugares, que solo declara aquellas, de las cuales tuvo experiencia, y de que tuvo conocimiento por haberse verificado en ella.

Antes de entrar de lleno en el examen que hemos de hacer, es indispensable dejar establecidas algunas bases y reglas, que nos sirvan de punto de partida en el camino, que hemos de recorrer. Se trata de hechos sobrenaturales del orden psicológico, es decir, verificados en las facultades del alma humana. Para afirmar que un hecho de este género es verdaderamente sobrenatural, es preciso conocer que no ha podido ser resultado de las fuerzas naturales de las facultades del alma humana, sino que ha sido producido fuera del orden, y de las condiciones, á que se hallan sujetas en el obrar, atendida su naturaleza. Para este efecto, debemos saber cuales son las leyes por las que estas facultades se rigen en la formación de sus actos, y las condiciones á que se hallan sometidas en el ejercicio de su actividad. De modo que toda operación, todo efecto, que en ellas se verifique, sin sujeción á dichas leyes, y fuera de dichas condiciones, como no hay efecto sin causa proporcionada, deberá afirmarse procedente de una fuerza, que ha influido en las facultades del alma, distinta y superior á las que en ellas existen por su naturaleza. Señalaré estas leyes y condiciones, según vaya examinando los actos y efectos extraordinarios experimentados por Santa Teresa de Jesús, haciendo la oportuna aplicación de ellas, y demostrando que no intervinieron en aquellos actos y hechos.

Además, se trata de hechos que pasaron en lo interior de Teresa, y de los cuales ella sola fué testigo: se han, pues, de admitir tales como ella los declara: sólo habrá que probar que eran debidos á la acción de una causa sobrenatural. Siendo por lo tanto esos hechos la base en que han de estribar los raciocinios, á fin de que

esta base sea sólida, y sostenga bien el edificio, es indispensable admitir que los hechos, que la Santa refiere, son verdaderos, es decir, que ella no engaña, cuando declara lo que pasaba en su interior, sino que expone con sinceridad el estado y los movimientos de su alma tales como los experimentaba.

Al leer la relación de su vida, que escribió por mandato de su confesor, el lector, por prevenido que se halle, no podrá menos que pagar tributo á la sinceridad de la santa escritora. Hay tantos indicios de veracidad en todas las partes de la relación, que se palpa, por decirlo así, esa veracidad. Hasta en los más insignificantes detalles se nota una rectitud de intención y un deseo de exponer la verdad, que cautiva y dispone admirablemente en su favor. Así, entre otros ejemplos, hablando del tiempo que estuvo sin oración mental, después que la había dejado, dice: «La dejé año y medio, al menos un año, que del medio no me acuerdo bien.» (*Vida, cap. 19.*) Quien desea expresar la verdad en cosa tan pequeña, también querrá expresarla en cosas de más tomo.

Además la Santa comunicó las cosas de su espíritu con los hombres más santos y más sabios, que en su tiempo florecían en España, tan fecunda entonces en hombres grandes en todo género de grandeza; pues era muy amiga de consultar sus cosas con personas de letras: y como dice ella misma: «siempre he procurado buscar quien me dé luz.» (*Vida, cap. 10.*) Ahora bien, ninguno de ellos dudó de la sinceridad de sus relatos; veían en sus palabras las más claras señales del deseo, que la animaba, de ponerles de manifiesto con la claridad posible lo interior de su alma: bien exacto es, pues, lo que ella dice, hablando de cuando trató con San Pedro de Alcántara las cosas de su espíritu: «Como le dí cuenta en suma de mi vida y manera de proceder de oración, con la mayor claridad que yo supe (que esto he

»tenido siempre, tratar con toda claridad y verdad con
 »los que comunica mi alma, hasta los primeros movi-
 »mientos querría yo les fuesen públicos; y las cosas más
 »dudosas y de sospecha, yo les argüía contra mí) así
 »que sin doblez ni encubierta le traté mi alma» (*Vida,*
cap. 30.)

La obediencia heróica, con que se sujetaba á todo lo
 que le ordenaban sus confesores, por mas que á veces
 fuese opuesto á sus propias convicciones, la profunda
 humildad que respiran todas las páginas del relato de su
 vida, la facilidad é inclinación que siente á hablar de sus
 faltas y de cuanto podía contribuir á ser tenida en baja
 estima, mucho más que á hablar de los favores extraor-
 dinarios, que se ve como forzada á referir, el convenci-
 miento íntimo, que manifiesta, de que era indigna de los
 tales favores, alejan del ánimo del lector hasta la más
 pequeña sospecha de que quiera engañar. Así, ya en el
 principio de la relación de su vida, dice: «Quisiera yo
 »como me han mandado y dado larga licencia para que
 »describa el modo de oración y las mercedes que el Señor
 »me ha hecho, me la dieran para que muy por menudo
 »y con claridad dijera mis grandes pecados y ruín vida.
 »Diérame gran consuelo; mas no han querido, antes
 »atádome mucho en este caso: y por esto pido por amor
 »del Señor, tenga delante de sus ojos, quien este discurso
 »de mi vida leyere, que he sido tan ruín, que no he ha-
 »llado santo de los que se tornaron á Dios, con quien me
 »consolar» Y á continuación se dirige á Dios; «á quien
 »con todo mi corazón suplico me dé gracia para que con
 »toda claridad y verdad yo haga esta relación, que mis
 »confesores me mandan.» Así es que con toda verdad
 pudo decir: «En esto de hipocresía y vanagloria, gloria
 »á Dios, jamás me acuerdo haberle ofendido (que yo en-
 »tienda) que en viniéndome primer movimiento, me da-
 »ba tanta pena, que el demonio iba con pérdida; y yo

»quedaba con ganancia, y así en esto muy poco me ha tentado jamás.» (*Vida, cap. 7.º*) Quien tan lejos está de la vanagloria, ¿cómo es posible que invente hechos extraordinarios como experimentados en sí, cuando su objeto en tal supuesto no sería otro sino atraer la atención de los demás, para ganar alabanzas y hacerse admirar? Por último el cuidado sumo que tiene, y las sabias reglas que dá, para evitar toda ilusión en estas materias, son una prueba también de la sinceridad con que habla.

§ II.

Fundada nuestra mística doctora en la experiencia propia, divide la oración, por la que el alma se comunica con Dios, en cuatro grados, de los cuales el primero es el ordinario de oración mental ó meditación, oración adquirida y practicada con el trabajo y ejercicio de las potencias del alma, si bien ayudadas por los auxilios de la gracia, y los otros tres son ya oración infusa ó contemplación, en la cual el alma va poniendo menos de sí y más Dios, según el grado de su elevación. Compara estos cuatro grados á cuatro distintos modos como puede ser regado un huerto: es una comparación muy exacta, hermosa y encantadora, que por esto quiero ponerla aquí; y será el punto de partida de lo que iré declarando de las operaciones sobrenaturales, que se realizaron en Santa Teresa de Jesús. Quiero advertir que nuestra Santa usa con frecuencia de comparaciones muy exactas, de alegorías muy hermosas y de ejemplos muy adecuados y graciosos, que deleitan en gran manera al lector, tomados de las cosas corporales, haciendo notar las analogías, semejanzas, y también diferencias entre ellas y las cosas espirituales que quiere declarar: lo cual es una prueba de la claridad y distinción con que percibía lo que pasaba en su interior; pues sabía hallar las

relaciones de analogía que hay entre las cosas del mundo espiritual y las del corpóreo.

Oigamos ahora á nuestra Santa Maestra. «Ha de hacerse cuenta el que comienza (*á darse á la vida espiritual y al ejercicio de la oración*), que comienza á hacer un huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy malas yerbas para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas, y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina á tener oración una alma, y lo ha comenzado á usar: y con ayuda de Dios hemos procurado como buenos hortelanos que crezcan estas plantas y tener cuidado de regarlas para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores que den de sí gran olor para dar recreación á este Señor nuestro, y así se venga á deleitar muchas veces á esta huerta y á holgarse entre estas virtudes. Pues veamos ahora de la manera que se puede regar, para que entendamos lo que hemos de hacer, y el trabajo que nos ha de costar, si es mayor la ganancia, ó hasta que tanto tiempo se ha de tener. Páreceme á mí que se puede regar de cuatro maneras; ó con sacar agua de un pozo, que es á nuestro gran trabajo; ó con noria y arcaduces, que se saca con un torno, yo la he sacado algunas veces, es á menos trabajo que estotro y sácase más agua; ó de un río ó arroyo, esto se riega muy mejor, que queda más harta la tierra de agua y no se ha menester regar tan á menudo, y es menos trabajo mucho del hortelano; ó con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro, y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho. Ahora, pues, aplicadas estas cuatro maneras de aguas de que se ha de sustentar este huerto, porque sin ella perderse ha, es lo que á mí ha ce al caso y ha parecido que se podrá declarar algo de cuatro grados de oración, en que el Señor por su bon-

»dad ha puesto algunas veces mi alma.» (*Vida, cap. 11.*)

Y comenzando por el primer grado de oración dice: «De los que comienzan á tener oración podemos decir »son los que sacan el agua del pozo; que es muy á su »trabajo como tengo dicho, que han de cansarse en re- »coger los sentidos, que como están acostumbrados á an- »dar derramados es harto trabajo. Han menester irse »acostumbrando á no se les dar nada de ver ni oír, y á »ponerlo por obra las horas de oración, sino estar en so- »ledad y apartados pensar su vida pasada... Han de pro- »curar tratar de la vida de Cristo, y cánsase el entendi- »miento en esto. Hasta aquí podemos adquirir nosotros, »entiéndese con el favor de Dios, que sin este ya se sa- »be no podemos tener un buen pensamiento...: que este »obrar del entendimiento entendido va que es el sacar »agua del pozo.» (*Ibid.*)

Pasando al segundo grado de oración, que es el de quietud, dice: «Aquí se comienza á recoger el alma, toca »ya cosa sobrenatural, porque en ninguna manera ella »puede ganar aquello por diligencia que haga...: aquí el »agua está más alta y ansí se trabaja muy menos que »en sacarla del pozo... Esto es un recogerse las poten- »cias dentro de sí para gozar de aquel contento con más »gusto, mas no se pierden ni se duermen, sola la volun- »tad se ocupa de manera que sin saber cómo se cautiva, »solo dá consentimiento para que la encarcele Dios, como »quien bien sabe ser cautivo de quien ama..., no causa »la oración aunque dure mucho rato... Quiere Dios por »su grandeza que entienda esta alma que está su Ma- »jestad tan cerca de ella, que ya no ha menester en- »viarle mensajero, sino hablar ella misma con Él, y no »á voces, porque está ya tan cerca que en meneando los »labios la entienden. Parece impertinente decir esto, »pues sabemos que siempre nos entiende Dios, y está »con nosotros. En esto no hay que dudar que es ansí:

»mas quiere este Emperador y Señor nuestro que entendamos aquí que nos entiende y lo que hace su presencia, y que quiere particularmente comenzar á obrar en el alma en la gran satisfacción interior y exterior que le da, y en la diferencia que hay de este deleite y contento á los de acá, que parece hinche el vacío que por nuestros pecados teníamos hecho en el alma... Es esta oración una centellica que comienza el Señor á encender en el alma del verdadero amor suyo, y quiere que el alma vaya entendiendo qué cosa es este amor con regalo.» (*Vida, cap. 14 y 15.*)

Admirablemente describe la Santa este estado de oración de quietud, que es el primer grado de oración infusa, como quien declara una cosa, que ha experimentado muchas veces en sí misma. Distingue perfectamente este grado del anterior, que es la oración mental ordinaria ó meditación, y lo reconoce ya cosa sobrenatural; porque todas las diligencias é industrias nuestras no son capaces de alcanzar aquel subitáneo recogerse las potencias en Dios, aquella improvisa suavidad amorosa y deleite grande derramado en la voluntad: y cuando se acaba, como ella dice, «no lo puede tornar á cobrar ni sabe cómo; porque si se hace pedazos á penitencia y oración y todas las demás cosas, si el Señor no lo quiere dar aprovecha poco:» (*Vida cap 14.*) luego era efecto de la acción de una causa superior, que en ella obraba. Y no solo Teresa no adquiría esta oración por industrias y diligencias propias, sino que cuando por mandato de sus confesores resistía á esta merced, así como á las otras que iremos exponiendo después, y se distraía, y huía de soledad, nada de esto aprovechaba. «Estuve ansí, cuenta ella, casi dos meses, haciendo todo mi poder en resistir los regalos y mercedes de Dios... Gané de este resistir gustos y regalos de Dios, enseñarme su Majestad, porque antes me parecía que para darme regalos en

»la oración era menester mucho arrinconamiento y casi
 »no me osaba bullir; después ví lo poco que hacía al ca-
 »so, porque cuando más procuraba divertirme, más me
 »cubría el Señor de aquella suavidad y gloria, que me
 »parecía toda me rodeaba, y que por ninguna parte po-
 »día huir, y así era.» (*Vida, cap. 24.*) Evidentemente
 lo que experimentaba la Santa con todas las circunstan-
 cias descritas no procedía de su naturaleza, sino era
 efecto de la acción de una causa superior que obraba en
 ella; pues los actos que proceden de la actividad natu-
 ral de nuestras facultades, queriéndolo eficazmente nues-
 tra voluntad, á la cual están las otras subordinadas, con
 más ó menos esfuerzo, pueden impedirse, debilitarse y
 hasta deshacerse.

Además, si «queremos, nos dice la Santa, pasar nos-
 »otros á esta quietud de la voluntad, entonces no hace
 »efecto ninguno, acábase presto, deja sequedad.» (*Vida,*
cap. 15.) Mas el estado de quietud y recogimiento de
 que tratamos, producía en Teresa admirables efectos: así
 los declara ella: «Esta agua de grandes bienes y merce-
 »des que el Señor da aquí, hace crecer las virtudes muy
 »más sin comparación que en la oración pasada; porque
 »se va ya esta alma subiendo de su miseria y dásela ya
 »un poco de noticia de los gustos de la gloria. Esto creo
 »la hace más creer y también llegar más cerca de la ver-
 »dadera virtud, de donde todas las virtudes vienen, que
 »es Dios; porque comienza su Majestad á comunicarse á
 »esta alma y quiere que sienta ella cómo se le comuni-
 »ca. Comiéntase luego en llegando aquí á perder la co-
 »dicia de lo de acá y pocas gracias: porque ve claro que
 »un momento de aquel gusto no se puede haber acá, ni
 »hay riquezas ni señoríos, ni honras, ni deleites que
 »basten á dar un cierra ojo y abre deste contentamiento,
 »porque es verdadero, y contento que se vé que nos con-
 »tenta». (*Vida, cap. 14.*) Otro efecto maravilloso expe-

rimentaba á veces la Santa en este estado, que prueba también que no procedía de su naturaleza. «El entendimiento, dice, está entonces de verse cerca de la luz con »grandísima claridad, que aún yo con ser la que soy »parezco otra. Y es así que me ha acãecido estando en »esta quietud con no entender casi cosa que rece en la- »tín, en especial del Salterio, no solo entender el verso »en romance, sino pasar adelante en regalarme de ver lo »que el romance quiere decir.» (*Vida, cap. 15*).

Por donde se ve cuanto dista esta oración de quietud, que experimentaba Santa Teresa, de la falsa que enseñaban los llamados *quietistas*; cuya doctrina fué por la Iglesia condenada. Porque prescindiendo de otras diferencias, en la oración de quietud de nuestra Santa las potencias espirituales no están ociosas. El entendimiento aprehende á Dios presente con particular luz; y la voluntad unida á Dios está toda ocupada en amarle con mucha suavidad y deleite, y de vez en cuando se mueve pacíficamente á algun acto santo, que no perturba su dulce quietud. En la oración de los quietistas el entendimiento hace al principio un acto de fe acerca de la presencia de Dios, y después ya no hace otra cosa, se queda en ociosidad; no discurre, no porque Dios lo tengã arrebatado y ocupado en algun conocimiento superior, sino porque no quiere discurrir; la voluntad tampoco hace acto alguno, ni está ocupada: de lo cual se sigue que el alma no siente consuelo, sino que se queda en una fastidiosa desolación, sin que le resulte provecho alguno, ni crecimiento de virtudes. De donde se deduce que esa oración de quietud es ilusión: y por consiguiente, por las razones contrarias, la que experimentaba santa Teresa de Jesús no era ilusión; y por lo tanto debe reconocerse verdadera operación sobrenatural.

§ III.

Pañemos al tercer grado de oración: en este la influencia sobrenatural se manifiesta más ostensiblemente; pues Dios se comunica más al alma, se la une más á sí, y le dá un sentimiento más vivo de su divina »presencia. «Vengamos ahora, escribe nuestra mística »doctora, á hablar de la tercer agua con que se riega »esta huerta, que es agua corriente de río, ó de fuente, »que se riega muy á menos trabajo, aunque alguno da »el encaminar el agua. Quiere el Señor aquí ayudar al »hortelano de manera que casi Él es el hortelano y el »que lo hace todo. Es un sueño de las potencias, que ni »del todo se pierden ni entienden cómo obran. El gusto y »suavidad y deleite es más sin comparación que lo pasado, es que da el agua de la gracia á la garganta á esta »alma, que no pueda ya ir adelante ni sabe cómo ni »tornar atrás; querría gozar de grandísima gloria. Es »como uno que está con la candela en la mano, que le »falta poco para morir muerte que desea. Está gozando »en aquella agonía con el mayor deleite que se puede »decir: no me parece que es otra cosa sino un morir del »todo á todas las cosas del mundo, y estar gozando de »Dios.» (*Vida, cap. 16.*) Por muerte entiende aquí la Santa la unión total, que es el otro grado más subido, en que el alma no solo muere á todas las cosas del mundo, sino también á sí misma, transformándose en Dios en el sentido que se explicará, cuando se trate del cuarto grado de oración. Á esta muerte de la unión total no ha llegado el alma en este tercer grado, pero está muy vecina: por esto dice nuestra Santa que se halla en la suave agonía de esta feliz muerte.

Continúa nuestra seráfica maestra describiendo otros caracteres de este grado de comunicación con Dios. «En

»hecho de verdad están casi del todo unidas las potencias, mas no tan engolfadas que no obren... Solo tienen habilidad las potencias para ocuparse todas en Dios... »Muchas veces estaba así como desatinada y embriagada en este amor.» (*Ibid.*) Por esto se llama este estado embriaguez de amor; porque el alma como fuera de sí por la fuerza y suavidad al mismo tiempo del amor divino, da en un glorioso delirio y en una sabia locura, como dice Teresa que pasaba en ella. «Yo no sé otros términos como lo decir, ni como lo declarar, ni entonces sabe el alma qué hacer, porque no sabe si hable, ni si calle, ni si ría, ni si lllore. Es un glorioso desatino, una celestial locura á donde se desprende la verdadera sabiduría, y es deleitosísima manera de gozar el alma... Aquí querría el alma que todos la viesén, y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que ayudasen á ello y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar... Esto me parece debía sentir el admirable espíritu del real profeta David cuando tañía y cantaba con la arpa en alabanzas de Dios... ¡O váleme Dios! cuál está un alma cuando está así, toda ella querría fuese lenguas para alabar al Señor. Dice mil desatinos santos atinando siempre á contentar á quien la tiene así.» (*Ibid.*)

Ahora bien, ¿qué nos dice la ciencia del alma? Nos dice que nuestra voluntad es de sí potencia ciega, como suele decirse, esto es, que para actuarse necesita acto precedente del entendimiento que la ilumine y la dirija: no se inclina á objeto alguno, que no le haya sido propuesto de antemano por el entendimiento; *nihil volitum nisi præcognitum* es un aforismo psicológico. Aquel movimiento, pues, tan grande de la voluntad hacia Dios, aquella embriaguez de amor divino, como lo llama la Santa, supone precisamente un conocimiento intelectual de Dios muy alto y vivo. Nos dice por otra parte la cien-

cia del alma que el modo connatural de obrar nuestro entendimiento es proceder por discurso, porque es naturalmente discursivo: fuera de aquellas pocas verdades universales y necesarias, como los primeros principios de razón, que son de evidencia inmediata, de los hechos que atestigua la conciencia, como la existencia y los actos del sujeto pensante, y de los hechos del mundo corpóreo que impresionan inmediatamente nuestros sentidos, el entendimiento humano necesita pasar, en el ejercicio de su actividad, sucesivamente y por grados de unas á otras verdades. Aun cuando medita sobre Dios y las cosas divinas para excitar en la voluntad afectos piadosos, es preciso que se actúe en multiplicados actos, considerando las divinas perfecciones bajo diferentes respectos. Con la cooperación de la imaginación, cuyo ejercicio acompaña naturalmente al del entendimiento, según nos enseña la experiencia interna, y formando varios discursos, va sucesivamente penetrándose del conocimiento de aquellas verdades, las cuales propuestas á la voluntad, ésta se mueve á afectos y actos proporcionados. Luego aquel contemplar tan vivamente las cosas divinas con una simple vista intelectual, sin industrias propias, ni auxilio de discursos, aquel tan repentino y brillante resplandor de luz que arrebató el entendimiento, aquel fuego amoroso tan ardiente, y deleite suavísimo tan extraordinario, que súbitamente se derrama en la voluntad, y la apartan del afecto á las cosas del mundo, y la engolfan en el seno de Dios, están fuera de las condiciones en que se actúan nuestras facultades, y de las leyes conforme á las cuales ejercen su actividad atendida su naturaleza: luego es forzoso admitir la acción de un agente superior, que sea su causa suficiente y proporcionada.

Los efectos que causa este tercer grado de oración son sorprendentes y superiores á los del grado anterior. Uno

de ellos refiere la Santa en estos términos: «Yo sé persona que con no ser poeta, le acaecía hacer de presto »coplas muy sentidas declarando su pena bien; no hechas de su entendimiento, sino que para gozar más la »gloria que tan sabrosa pena le daba se quejaba della á »Dios.» (*Vida, cap. 16.*) Se cree, dice el P. Scaramelli, que Teresa en tal estado compuso aquella amorosa canción, en que va repitiendo el dulce estribillo, *yo muero porque no muero*. Esta celestial embriaguez comunica además al alma fortaleza grandísima para padecer cualquier tormento y trabajos por Dios, de quien está enamorada. «¿Qué se le pondrá, dice, entonces delante de »tormentos que no le fuese sabroso pasarlo por su Señor? »Ve claro que no hacían casi nada los mártires de su »parte en pasar tormentos; porque conoce bien el alma »viene de otra parte la fortaleza... Querría ya esta alma »verse libre; el comer la mata, el dormir la congoja: ve »que se pasa el tiempo de la vida pasar en regalo, y que »nada ya la puede regalar fuera de Vos; que parece vive »contra natura, pues ya no querría vivir en sí sino en »Vos...; no tiene en nada su descanso, á trueque de hacer un pequeño servicio; no sabe qué desee, mas bien »entiende que no desea otra cosa sino á Vos.» (*Vida, cap. 16.*) Este es el amor que embriagaba á S. Ignacio mártir, cuando anhelaba ser molido y despedazado por las fieras; á S. Lorenzo, cuando provocaba la crueldad de los tiranos, y parecía que uno era el que hablaba y otro el que padecía.

Continúa después nuestra seráfica maestra declarando otros saludables y admirables efectos que esta oración producía en su alma. «Lo que la pobre del alma con trabajo, por ventura de veinte años de cansar el entendimiento, no ha podido acaudalar, hácelo este hortelano »celestial en un punto, y crece la fruta, y madúrala de »manera que se puede sustentar de su huerto, queriéndolo

»el Señor... En fin es que las virtudes quedan ahora más «fuertes que en la oración de quietud pasada; porque se »ve otra el alma, y no sabe cómo comienza á obrar grandes cosas con el olor que dan de sí las flores que quiere »el Señor que se abran, para que ella crea que tiene virtudes, aunque ve muy bien que no las podía ella ni ha »podido ganar en muchos años, y que en aquello poquito el celestial hortelano se las dió.» (*Vida, cap. 17.*)
¿Puede hallarse por ventura en la naturaleza causa suficiente de tan asombrosos efectos? La naturaleza acostumbra obrar paso á paso: y en la adquisición de los hábitos las facultades del alma, cuando proceden por vía natural, necesitan actuarse repetidamente. Mas en Teresa de Jesús vemos producirse súbitamente efectos maravillosos; en un instante se sentía con energía grandísima para emprender cosas árduas del divino servicio, y revestida de sublimísimas virtudes. Cuando, pues, Teresa percibía que no procedían estos efectos de su natural, sino de una causa superior, hemos de confesar sinceramente que no padecía ilusión alguna.

La Santa describe la situación de las potencias del alma en este tercer grado de oración del siguiente modo: «Ahora, pues, acaece muchas veces esta manera de unión »que quiero decir (en especial á mí, que me hace Dios »esta merced desta suerte muy muchas) que coge »Dios la voluntad, y aun el entendimiento á mi parecer, »porque no discurre sino está ocupado gozando de Dios, »como quien está mirando y ve tanto que no sabe hacia »donde mirar... La memoria queda libre (junto con la »imaginación debe ser), y ella como se ve sola es para »alabar á Dios la guerra que dá y como procura desasosegarlo todo...; como el entendimiento no la ayuda poco »ni mucho, á lo que le representa no para en nada, sino »de uno en otro, que no parece sino destas maripositas »de las noches importunas y desasosegadas, así anda

»de un cabo á otro. En extremo me parece le viene al
»propio esta comparación; porque aunque no tiene fuer-
»za para hacer ningún mal, importuna á los que la ven...
»Algunas veces es Dios servido de haber lástima de ver-
»la tan perdida y desasosegada, con deseo de estar con
»las otras, y consiéntela su Majestad se queme en el
»fuego de aquella vela divina, donde las otras están ya
»hechas polvo, perdido su natural casi, estando sobre-
»naturalmente gozando de tan grandes bienes.» (*Vida,*
cap. 17.)

Si consultamos las leyes psicológicas, por las que se rigen las operaciones de nuestra alma, ellas nos dirán que en realidad de verdad en el caso de estar fuertemente recogidas y abstraídas las potencias espirituales entendimiento y voluntad por influjo superior, pero no la imaginación, ésta debe hallarse precisamente en la situación en que la coloca la Santa. La imaginación del hombre es muy ligera y voluble en sus representaciones, y pasa con mucha velocidad de unas á otras muy diferentes por cualquier asociación ó lazo que tengan entre sí: solo el entendimiento y la voluntad pueden fijarla en alguna representación determinada, y regular el paso ordenado de unas á otras. Mas si esta influencia de las dos facultades superiores no se ejercita sobre la imaginación por estar sobrenaturalmente ocupadas y absorbtas, y la imaginación queda suelta, esta facultad en la formación de sus representaciones ha de semejarse, como dice graciosamente nuestra Santa, á las importunas maripositas de noche que van de un cabo á otro.

Esta situación de las potencias del alma, esta como separación del entendimiento de la imaginación, este estar ligado el primero y suelta la segunda, sólo puede ser debido al influjo de una causa superior y milagrosa, por ser muy fuera del modo natural de obrar estas dos facultades en sus mútuas relaciones. Porque el que está

versado en las materias filosóficas sabe muy bien que el modo connatural de obrar estas dos potencias es en relación la una con la otra. Si predomina la imaginación, en cualquier sentido que sea, el entendimiento se le subordina; pues el ejercicio de esta facultad es entonces percibir lo inteligible de las representaciones sensibles, que se forman en la imaginación. Cuando predomina la actividad del entendimiento, cuando éste está pensando y discurriendo sobre un objeto, el mismo esfuerzo que hace refluye en la imaginación, la cual va produciendo representaciones sensibles en armonía con los conceptos que se actúan en el entendimiento, en las cuales éste á su vez percibe como reflejados sus propios conceptos, quedando así vestidos de forma sensible. Sólo, pues, un influjo sobrenatural puede apoderarse del entendimiento, tenerlo intensamente ocupado, y dejar suelta la imaginación y sin relación con los actos de aquella potencia.

§ IV.

Subamos al cuarto y más sublime grado de oración, que es el de unión total del alma con Dios: en este elevado grado las potencias quedan suspendidas y engolfadas enteramente en el Sér divino. Al declarar este estado de oración infusa advierte la Santa lo que otras veces: «No diré cosa que no la haya experimentado mucho.» (*Vida, cap. 18.*) Confiesa la dificultad de declarar lo que pasa en este grado de oración: lo cual no tiene nada de extraño; porque se trata de cosas muy sobresensibles y fuera del orden natural y ordinario; y por consiguiente no hay palabras adecuadas para estas cosas, pues las que usamos en el lenguaje común son proporcionadas al orden natural y ordinario; porque siendo la palabra signo del concepto intelectual, y representando éste la cosa, nom-

bramos las cosas según las entendemos. «Y es así, es-
 »cribe ella, que cuando comencé esta postrer agua á es-
 »cribir, que me parecía imposible saber tratar cosa más
 »que hablar en griego; que así es ello dificultoso; con
 »esto lo dejé, y fui á comulgar. Bendito sea el Señor
 »que así favorece á los ignorantes. !Oh virtud de obe-
 »decir, que todo lo puedes! Aclaró Dios mi entendimien-
 »to, unas veces con palabras, y otras poniéndome de-
 »lante cómo lo había de decir.» (*Vida, cap. 18.*)

Veamos cómo describe Teresa de Jesús este cuarto grado de oración. «En ella (*la oración anterior*) aun sien-
 »te el alma no está muerta del todo que así lo podemos
 »decir, pues lo está al mundo; mas como dije, tiene sen-
 »tido para entender que está en él y sentir su soledad y
 »aprovéchase de lo exterior para dar á entender lo que
 »siente siquiera por señas... Acá no hay sentir, sino go-
 »zar sin entender lo que se goza; entiéndese que se goza
 »un bien á donde junto se encierran todos los bienes,
 »mas no se comprende este bien... Y nótese esto, que á
 »mi parecer, por largo que sea el espacio de estar el
 »alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien
 »breve; cuando estuviese media hora, es muy mucho...
 »Ahora vengamos al interior de lo que el alma aquí
 »siente; dígalo quien lo sabe, que no se puede entender,
 »cuanto más decir. Estaba yo pensando cuando quise es-
 »cribir esto (acabando de comulgar, y de estar en esta
 »misma oración que escribo) qué hacía el alma en aquel
 »tiempo. Díjome el Señor estas palabras; deshácese toda,
 »hija, para ponerse más en mí, y ya no es ella la que
 »vive, sino yo: como no puede comprender lo que en-
 »tiende, es no entender entendiendo... Quien lo hubiese
 »probado entenderá algo desto, porque no se puede de-
 »cir mas claro, por ser tan oscuro lo que allí pasa. Solo
 »podré decir que se representa estar junto con Dios, y
 »queda una certidumbre, que en ninguna manera se

»puede dejar de creer... Á esta mariposilla de la memoria (*sensitiva é imaginación*) aquí se le quemán las alas, »ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien »ocupada en amar, mas no entiende cómo ama: el entendimiento si entiende, no se entiende cómo entiende, »al menos no puede comprender nada de lo que entien-
«de.» (*Vida, cap. 18*).

Este sublime estado de las potencias está muy fuera de las leyes psicológicas de nuestro espíritu. En primer lugar, vemos á la Santa, en quien es preciso reconocer claro conocimiento de las operaciones y estados de su alma, y gran facilidad y destreza en declararlos, que se encuentra en presencia de un modo de obrar sus potencias tan distinto del ordinario, que no encuentra palabras á propósito para declararlos bien; y en último término se ve obligada á apelar á quien tenga experiencia de lo mismo: prueba manifiesta de que experimentaba realmente en sí cosa sobrenatural. Además, las potencias espirituales, entendimiento y voluntad, están fuertemente concentradas y ocupadas. Ahora bien, este concentramiento no procedía de los esfuerzos que de intento hiciese la Santa, pues resultaba sin procurarlo ella: «Ve (*el alma*), dice, que para aquella excesiva merced y grandiosa no hubo diligencia suya, ni fué parte para traerla »ni para tenerla.» (*Vida, cap. 19*): y en otra parte escribe: «esta (*agua*) del cielo viene muchas veces cuando «más descuidado está el hortelano.» (*Cap. 18*). Por otra parte, si las facultades están ocupadas, en algún objeto será; porque toda facultad en acción requiere precisamente objeto sobre que ejercitarla; si es facultad cognoscitiva, objeto conocido; si apetitiva, objeto apetecido; pues es contradictorio conocer sin conocer algo, y apetecer sin apetecer algo. Mas ¿en qué objeto están ocupadas las facultades? No se fijan en ninguno, que impresionan los sentidos, que están casi perdidos, tampoco

en alguno que esté representado en la imaginación, que no obra: luego en alguno superior que obra en ellas de un modo vivo y extraordinario, y las tiene arrebatadas á sí; pues el entendimiento no discurre sobre alguno determinado, y por lo tanto no obra según su modo natural, que es discurriendo.

Si tratara de explicar de alguna manera, cuanto lo permite la alteza de la materia, este grado sublime de contemplación, apoyado en los datos que nos suministra la Santa, en las palabras de la Sagrada Escritura y en la doctrina de los Santos Padres y escritores místicos, diría que este estado de unión total, este deshacerse y derretirse el alma y perderse toda en Dios, es transformarse en Él. No debe entenderse que sea transformación sustancial, por la que el alma pierda su sér natural, y se mude en el sér de Dios, como algunos dijeron erróneamente, según los cuales las almas de los bienaventurados y las de los contemplativos pierden su propio sér natural y se mudan en aquel sér ideal que tuvieron en la mente divina; que es como decir que se mudan en el sér mismo de Dios, porque las ideas en el entendimiento divino se identifican realmente con la esencia divina. Esta doctrina fué condenada por Inocencio III en el Concilio IV de Letrán, y renovada posteriormente por Molinos, fué otra vez reprobada por Inocencio XI: tal transformación, pues, es inadmisibile por herética y absurda, porque es panteísta.

La transformación de que tratamos es solo afectiva; esto es, de tal manera Dios toma y arrebatada al alma con sus potencias, que ella pierde el afecto y sentimiento de todas las cosas y hasta de sí misma, y solo siente á Dios en sí; esto es morir el alma á sí misma, y vivir Dios en ella, muerte mística, muerte felicísima, pues es para vivir vida mejor. Por esto el alma en este estado está cierta que siente á Dios presente. «Acaeciόμε, dice nuestra

»mística doctora, á mí una ignorancia al principio que
 »no sabía estaba Dios en todas las cosas, y como me pa-
 »recía estar tan presente, parecíame imposible dejar de
 »de creer que estaba allí, no podía, por parecerme casi
 »claro había entendido estar allí su misma presencia.
 »Los que no tenían letras me decían estaba solo por gra-
 »cia, y yo no lo podía creer; porque, como digo, pare-
 »cíame estar presente, y ansí andaba con pena. Un gran
 »letrado de la orden del glorioso Patriarca Santo Domin-
 »go me quitó esta duda; que me dijo estar presente, y
 »como se comunicaba con nosotros, que me consoló harto.»
 (*Vida, cap. 18*). Tenemos que la Santa sentía la presen-
 cia de Dios de un modo particular y experimental: el
 cual modo de presencia de Dios era diferente de cómo
 está presente en todas las cosas, y de cómo lo está por
 gracia en los justos; y por lo tanto era del todo sobrenat-
 ural extraordinario. Además, en las citadas palabras te-
 nemos otra prueba de que no padecía ilusión: porque sin
 estar prevenida, antes teniendo aquella ignorancia de la
 presencia de Dios en todas las cosas, así que recibió la
 merced de unión con Dios, se convenció experimental-
 mente y de un modo firme é indudable de la presencia
 de Dios en ella: convencimiento que solo puede expli-
 carse por la realidad de esta especialísima y sobrenatur-
 al comunicación de Dios, de que estamos tratando.

Es, pues, el estado de unión mística total, una comu-
 nicación altísima de Dios con el alma: es un ósculo di-
 vino, un abrazo que el Señor dá amorosamente al alma,
 según aquellas palabras de la esposa de los Cantares ha-
 blando de su divino Esposo: *Osculetur me osculo oris sui:*
béseme él con el beso de su boca: (Cant. I. 1.^o) y las otras:
Læva ejus sub capite meo, et dextera illius amplexabitur
me; la izquierda de él debajo de mi cabeza, y su derecha
me abrazará. (II, 6). Conforme á lo que dice S. Grego-
 rio comentando las primeras palabras de los Cantares;

*Dicit ergo sponsa desiderio æstuans et in amplexum sponsi sui inardescens, osculetur me osculo oris sui; ac si diceret: ille quem super omnia immo solum diligo veniat, qui dulcedine suæ inspirationis me tangat, quia cum ejus osculum sentio, subita mutatione me derelinquo, et in ejus similitudinem illico me liquefacta transformor. Dice, pues, la esposa ardiendo en deseos de abrazar á su esposo, béseme él con el beso de su boca, como si dijese; venga aquel, á quien amo sobre todas las cosas, antes á él solo amo, y me toque con la dulzura de su inspiración, porque cuando siento su beso, súbitamente me dejo á mi misma, y toda derretida al momento me transformo en su semejanza. Dios, pues, toca con contacto espiritual al alma; ésta queda íntimamente unida y adherida á Dios, según aquello de David; *mihí autem adhærere Deo bonum est; mas á mi bueno es el apegarme á Dios (Salm, LXXII, v. 28)*: y el que se pega á Dios se hace un espíritu con Él, como dice S. Pablo; *qui autem adhæret Domino, unus spiritus est. (I. Cor. VI, 17)*.*

Este contacto del alma con Dios no se hace inmediatamente con la sustancia ó esencia del alma; porque este contacto es operación en el alma; ahora bien, enseña la filosofía que ninguna sustancia criada es inmediatamente operativa por sí misma, sino que ejecuta sus actos mediante sus potencias ó facultades: solo Dios, en el cual, por razón de su suma simplicidad, el acto se identifica realmente con la esencia y sustancia, obra inmediatamente por su sustancia. Así pues, el contacto espiritual del alma con Dios se verifica mediante un conocimiento experimental y un amor también experimental, que de sí Dios infunde de un modo maravilloso en el entendimiento y en la voluntad respectivamente. *Aunque, como dice S. Juan de la Cruz, hay sentimientos, los cuales aunque sean en la voluntad, con todo eso por ser intensísimos, altísimos, profundísimos y secretísimos no pare-*

ce que la toquen, sino que se produzcan en la sustancia del alma. (Sub. al Mont.) Solo lo parece, dice el Santo, no que sea así, pues se verifican realmente en la voluntad.

Y así como cuando tocamos con contacto corporal algún cuerpo blando y suave, ó gustamos alguna cosa dulce y sabrosa, experimentamos una sensación agradable y de placer, así el alma al contacto y gusto de Dios, que es todo bondad, todo suavidad, todo dulzura, experimenta indecible gozo y placer espiritual incomprensible á quien no lo haya experimentado. Y como Dios es fuego de caridad, *Deus charitas est* (I. Joan. IV, 8), el alma al contacto de este divino fuego queda toda abrasada y derretida de amor divino. S. Juan de la Cruz, que entendía admirablemente estas cosas por experiencia y por doctrina, dice: *Que aunque en esta vida no se goce perfectamente como en la gloria, sin embargo, como aquel contacto es de Dios, tiene sabor de vida eterna: y así el alma gusta aquí de un modo maravilloso, y de una participación de todas las cosas de Dios, comunicándosele la fortaleza y la sabiduría, el amor, la belleza, la gracia y la bondad: porque siendo Dios todas estas cosas, el alma las gusta en un solo toque de Dios con una cierta eminencia.* (Sub. al Mont.) El entendimiento queda absorto y como deslumbrado por la luz de la Divinidad presente que se le infunde; y tan arrebatado está por el objeto que contempla, que ni aun reflexiona sobre lo que entiende, por esto dice nuestra Santa; «el entendimiento »si entiende, no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende.» (*Vida, capítulo 18*). Esta luz, como no es el *lumen gloriæ*, no eleva el entendimiento á la visión intuitiva y clara de Dios; se presenta éste cubierto todavía de un velo, aunque transparente; el conocimiento del entendimiento queda como indistinto, entiende sólo la incomprensibilidad del

altísimo objeto, que le arrebató, y le ocupa en su contemplación. Entiéndese esto del tiempo de la suspensión total de las potencias; porque quedando todavía la voluntad unida fuertemente con Dios, á intervalos se afloja el lazo con las otras potencias, como dice nuestra Santa; y en este estado Dios infunde á veces conocimientos distintos, como visiones, revelaciones etc.: aunque, como fácilmente se comprende, estos conocimientos distintos puede Dios comunicarlos al alma fuera de este grado de oración, y de cualquier otro.

CAPÍTULO IV.

Continúa la materia del capítulo anterior.

§ I.

Distingue Santa Teresa de Jesús en la unión total mística grados diferentes. Á nadie debe extrañar esta gradación de menos á más en la contemplación y unión del alma con Dios. Porque Dios, que es infinito en su sér y perfecciones, se puede comunicar á las almas de muy distintas maneras y en muy varios grados. También en el cielo siendo común á todos los bienaventurados la visión intuitiva de Dios, sin embargo hay diferencia en los grados de perfección de ella, según la diversidad de sus méritos. Dice la Santa: «Acáece venir este levantamiento de espíritu ó juntamiento con el amor celestial: que á mi entender, es diferente la unión del levantamiento en esta misma unión. Á quien no lo hubiere probado lo postrero, parecerle ha que no; y á mi parecer, que con ser todo uno, obra el Señor de diferente manera, y en el crecimiento de desasir el alma de las criaturas, más mucho en el vuelo del

»espíritu... un fuego pequeño también es fuego como un
 »grande, y ya se ve la diferencia que hay de lo uno á
 »lo otro... sé que quien hubiere llegado á arrobamien-
 »tos lo entenderá bien.» (*Vida, cap. 48*). Cuando, pues,
 la transformación del alma en Dios es muy subida, y se
 pierden los sentidos, entonces tiene lugar el éxtasis,
 arrobamiento ó raptó. La unión estática, porconsiguien-
 te, es mas perfecta que la simple unión. Nace de alguna
 de estas tres causas, á saber, grande fuego de amor en
 la voluntad, ó excesivo deleite en ella, ó algún rayo muy
 fuerte de luz en el entendimiento, con el cual arrebatá
 Dios al alma y la saca de esta región de tinieblas, y la
 pone en la de la luz y verdad, como leemos en la Santa
 Escritura que muchas veces lo hacía Dios con los profe-
 tas. Santo Tomás distingue entre el éxtasis y el raptó,
 en que en el primero la enagenación de los sentidos se
 hace con suavidad, y en el segundo con cierta violencia.
*Dicendum quod raptus addit aliquid supra extasim. Nam
 extasis importat simpliciter excessum á seipso secundum
 quem scilicet aliquis extra suam ordinationem ponitur; sed
 raptus super hoc addit violentiam quamdam.*» (*Sum. theol.*
2.^a 2.^o q. 175, a. 2, ad 1). De lo que se deduce que
 conviniendo el simple éxtasis con el raptó en la sustan-
 cia, difieren sólo en el modo de efectuarse.

De este estado tan sublime, al que muchas veces se
 vió levantada, habla Santa Teresa de Jesús con las si-
 guientes palabras. «Querría saber declarar con el favor
 »de Dios la diferencia que hay de unión á arrobamiento
 »ó elevamiento, ó vuelo que llaman de espíritu, ó arreba-
 »tamiento, que todo es uno. Digo que estos diferentes
 »nombres todo es una cosa, y también se llama éxtasis.
 »Es grande la ventaja que hace á la unión: los efetos
 »muy mayores hace, y otras hartas operaciones.... Coge
 »el Señor el alma (digamos ahora, á manera que las nu-
 »bes cogen los vapores de la tierra), y levántala toda

»della; helo oido así esto, de que cojen las nubes los
 »vapores, ó el sol, y sube la nube al cielo, y llévala con-
 »sigo y comiéndala á mostrar cosas del reino que le tie-
 »ne aparejado.... En estos arrobamientos parece no ani-
 »ma el alma en el cuerpo; y así se siente muy sentido
 »faltar dél el calor natural: vase enfriando, aunque con
 »grandísima suavidad y deleite. Aquí no hay ningun
 »remedio de resistir..., sino que muchas veces sin preve-
 »nir el pensamiento, ni ayuda ninguna, viene un ímpetu
 »tan acelerado y fuerte, que veis y sentis levantarse esta
 »nube, ó esta águila caudalosa....; y en tanto extre-
 »mo que muchas veces querría yo resistir, y pongo todas
 »mis fuerzas, en especial algunas que es en público, y
 »otras hartas en secreto, temiendo ser engañada. Algu-
 »nas podía algo con gran quebrantamiento, como quien
 »pelea contra un jayán fuerte, quedaba después cansa-
 »da: otras era imposible, sino que me llevaba el alma, y
 »aun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener,
 »y algunas todo el cuerpo hasta levantarle..., y en fin
 »aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay
 »poder contra su poder... Algunas (*veces*) me ha acaecido
 »á mí perderle (*el sentido*) del todo...: mas lo ordinario
 »es que se turba, y aunque no puede hacer nada de sí
 »cuanto á lo exterior, no deja de entender y oír como co-
 »sa de lejos. No digo que entiende y oye cuando está
 »en lo subido dél: digo subido, en los tiempos que se
 »pierden las potencias, porque están muy unidas con
 »Dios, que entonces no ve, ni oye, ni siente á mi pare-
 »cer; mas (como dije en la oración de unión pasada) este
 »transformamiento del alma del todo en Dios dura poco.»
 (*Vida, cap. 20*). Lo cual está en armonía con lo que en-
 seña el Doctor Angélico, que ningún acción en su punto
 más elevado puede durar mucho, y que por consiguiente
 la contemplación no puede prolongarse en cuanto llega á
 lo sumo, bien que puede durar en cuanto á los otros

actos. *Dicendum quòd nulla actio potest diu durare in sui summo, summum autem contemplationis est ut attingat ad uniformitatem divinæ contemplationis, ut dicit Dionysius. Unde etsi quantum ad hoc, contemplatio diu durare non possit, tamen quantum ad alios contemplationis actus potest diu durare.* (Sum. theol. 2.^a 2.^o q. 180, a. 8, ad. 2). Esto mismo dice S. Gregorio con las siguientes palabras: *In suavitate contemplationis intimæ non diu mens fitigitur, quia ad semetipsam ipsa immensitate luminis reverberata revocatur.* (V. Mor. cap. 23).

Sentía pena la Santa, por su grande humildad, que otras personas presenciasen sus arrobamientos acompañados de señales exteriores, como el perderse los sentidos y levantarse el cuerpo en el aire; y rogó al Señor se los quitase. «Supliqué mucho al Señor, dice, que no quisiese ya darme más mercedes que tuviesen muestras exteriores, porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta, y que aquella merced no podía su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oirme, que nunca más hasta ahora la he tenido; verdad es que ha poco.» (*Vida, cap. 20*). Aunque en los últimos años de su vida el Señor le quitó de ordinario estos efectos exteriores, bien que algunas veces también los experimentaba, sin embargo no dejó por esto de elevarla á altísima contemplación y unión. Lo cual es todavía más sorprendente y más particular y excelente merced. Porque enajenarse el alma de los sentidos, estando en sublimísima contemplación y unión con Dios, es efecto de la limitación de sus fuerzas; por cuya razón mientras está arrebatada á Dios no puede concurrir á los actos de los sentidos; por manera que la enajenación de los sentidos es efecto conatural del arrobamiento. No obstante Dios puede hacer que el alma en tal estado concorra á los actos de los sentidos; ya porque habituada el alma á tan altas mercedes

queda ensanchada su capacidad, y pierde en cierto modo la admiración que le causaban; ya porque Dios puede aumentar de un modo especial sus fuerzas para que pueda concurrir á los actos de los sentidos, mientras está ocupada en altísima contemplación de las cosas divinas. Lo cual se confirma con el ejemplo de los bienaventurados en el cielo, los cuales después de la resurrección de sus cuerpos, no obstante que sus almas estarán en sublimísima contemplación intuitiva de la esencia divina, tendrán el uso de sus sentidos glorificados, como enseña Santo Tomás (Sum. theol. Supl. 3 par. q. 82, a. 4). Y que aun en cuerpo no glorificado esto sea posible se prueba por el hecho de que nuestro Señor Jesucristo, viviendo vida mortal, á pesar de que su alma estaba en continúa visión intuitiva de la Divinidad, ejercitaba sin embargo las operaciones de los sentidos.

Admirables y sorprendentes sobre toda ponderación son los efectos, que causaban en Teresa sus éxtasis y raptos. Entre otras cosas, que omito, dice lo siguiente. «Esto entiendo yo, y he visto por experiencia, quedar aquí el alma señora de todo, y con libertad en una hora y menos, que ella no se puede conocer. Bien ve que no es suyo, ni sabe cómo se le dió tanto bien, mas entiende claro el grandísimo provecho que cada rato destos trae... Aquí no solo las telerañas ve de su alma y las faltas grandes, sino un polvito que haya, por pequeño que sea. Porque el sol está muy claro, y así por mucho que trabaje un alma en perfeccionarse, si de veras le coge este sol, toda se ve muy turbia. Es como el agua que está en vaso, que si no le da el sol, está muy claro; y si dá en él, vese que está todo lleno de motas... Acuérdate del verso que dice: ¿Quién será justo delante de ti?... Aquí se gana la verdadera humildad, para no le dar nada de decir bienes de sí, ni que lo digan otros..., todo el bien que tiene va guia-

»do á Dios, si algo dice de sí es para su gloria... ¡Ó qué
»es un alma que se ve aquí, haber de tornar á tratar con
»todos; á mirar y ver esta farsa desta vida tan mal con-
»certada, á gastar el tiempo en cumplir con el cuerpo,
»durmiendo y comiendo!... Pide á Dios libertad, como
»otras veces he dicho: mas aquí es con tan gran ímpetu
»muchas veces, que parece se quiere salir el alma del
»cuerpo á buscar esta libertad, ya que no la sacan... En
»llegando mi alma á que Dios la hiciese esta tan gran
»merced, cesaron mis males, y me dió el Señor fortaleza
»para salir dellos, y no me hacía más estar en las oca-
»siones, y con gente que me solía distraer, que si no es-
»tuviera; antes me ayudaba lo que me solía dañar: todo
»me era medios para conocer más á Dios y amarle, y ver
»lo que le debía y pesarme de lo que había sido... Hasta
»ahora, desde que me comenzó el Señor á hacer esta mer-
»ced destes arrobamientos, siempre ha ido creciendo esta
»fortaleza.» (*Vida, cap. 20 y 21*).

Ahora bien, ¿qué ley psilógica puede explicar este estado del alma, que arrebatada de un modo maravilloso fuera de su situación normal y ordinaria, en tal extremo se halla atraída por un objeto, que obra poderosamente sobre sus potencias, que no sólo no atiende á los actos de los sentidos, sino arrastra consigo al cuerpo mismo? ¿Qué fuerza natural puede haber que obre de tal manera en las facultades del alma, que neutralice hasta la fuerza de gravedad del cuerpo, de tal modo, que éste se levante en el aire, sin que pudiesen impedirlo todos los esfuerzos que hacía la Santa en contrario? Además, los efectos deben ser proporcionados á la causa que los produce, de tal modo que por aquellos se puede conocer la naturaleza de ésta. Los efectos que producían los arrobamientos en Teresa de Jesús, eran un desasimiento y despego grandísimo de las cosas de la tierra, unos deseos impetuosos del alma de verse libre y vivir vida más pura,

más elevada, que la que se vé obligada á vivir con el cuerpo en este mundo miserable. Luego influía en ella una causa poderosa y superior, y de un carácter muy distinto del que tienen los objetos naturales que nos rodean, y acostumbran á ejercer influencia en nuestra alma.

Verdad es que pueden darse y se dan enajenaciones naturales de los sentidos. Un inteligente artista está contemplando con placer indecible una maravillosa obra de arte, conoce perfectamente su mérito, y queda absor-to por la contemplación de sus bellezas: no vé otra cosa, ni oye lo que pasa á su alrededor: su alma arrebatada por el atractivo del objeto que actualmente la ocupa, no atiende á las impresiones de los sentidos. Un pensador sabio está en profunda meditación de algún problema, que le preocupa vivamente, y cuya resolución juzga ser del mayor interés: totalmente ocupadas las fuerzas de su alma en aquello, que actualmente absorbe su atención, ni ve, ni oye, ni advierte otra cosa. Una persona de complexión débil y de cabeza flaca, sorprendida de algún afecto vehemente, pero natural, ó de alguna impresión fuerte, queda desvanecida, cae en deliquio y queda enajenada de los sentidos. Mas, ¿se parecen por ventura estas enagenaciones, estos éxtasis naturales á los éxtasis y raptos de Santa Teresa de Jesús? Lo mismo el artista, que el pensador y que la persona de complexión débil no podrán menos que reconocer en su conciencia no ser aquellos fenómenos, sino efectos puramente naturales. Luego Santa Teresa de Jesús no padecía ilusión alguna, cuando reconocía en su conciencia, que los que ella experimentaba en sí no eran procedentes de su naturaleza, sino efectos causados por influjo de una causa superior y sobrenatural.

§ II.

Antes que el Señor concediese á nuestra Santa la excelente merced de los grandes arrobamientos, experimentaba ella á veces unos ímpetus grandísimos de amor de Dios. El Señor desde el fondo de su alma, donde tenía la morada, le enviaba una centella de divino fuego, á manera de rayo, que prendía en toda ella y la abrasaba y consumía. Llagada y herida por tan dulce dardo, nada le satisfacía, ni cabía en sí, y parecía que el alma se quería arrancar del cuerpo. Entonces hacía grandes penitencias, por ver si por aquí hallaba algún remedio á su amoroso mal, y podía de alguna manera satisfacer sus grandes ansias de corresponder á quien tan vivamente la hería.

Dejemos que ella misma nos declare esos ímpetus y heridas de amor, por las cuales tocada del fuego de la Divinidad se sentía morir. «Desde á poco tiempo comen-
»zó su Majestad, como me lo había prometido, á señalar
»más que era Él, creciendo en mí un amor tan grande
»de Dios, que no sabía quien me lo ponía, porque era
»muy sobrenatural, ni yo le procuraba. Veíame morir
»con deseo de ver á Dios, y no sabía á donde había de
»buscar esta vida, sino era con la muerte. Dábanme unos
»ímpetus grandes deste amor..., yo no sabía qué me
»hacer, porque nada me satisfacía, ni cabía en mí, sino
»que verdaderamente me parecía se me arrancaba el
»alma... Quien no hubiere pasado estos ímpetus tan gran-
»des, es imposible poderlo entender, que no es desaso-
»siego del pecho; ni unas devociones que suelen dar mu-
»chas veces, que parece ahogan el espíritu, que no caben
»en sí... Estotros ímpetus son diferentísimos, no pone-
»mos nosotros la leña, sino que parece que hecho ya el
»fuego, de presto nos echan dentro, para que nos queme-

»mos. No procura el alma que duela esta llaga de la
 »ausencia del Señor, sino que hincan una saeta en lo
 »más vivo de las entrañas y corazón á las veces, que no
 »sabe el alma qué ha, ni qué quiere: bien entiende que
 »quiere á Dios, y que la saeta parece traía yerba para
 »aborrecerse á sí por amor deste Señor, y perdería de
 »buena gana la vida por Él. No se puede encarecer ni
 »decir el modo con que llega Dios al alma, y la grandí-
 »sima pena que da, que la hace no saber de sí; mas es
 »esta pena tan sabrosa, que no hay deleite en la vida
 »que más contento dé. Siempre querría el alma (como he
 »dicho) estar muriendo deste mal.» (*Vida, cap. 29*).

Con estos toques agudos y dulces al mismo tiempo Dios hería el alma de Teresa, infundiéndole ansias ardientes y sed vehementísima de unirse perfectamente á Él y poseerle. Por medio de estas apreturas de amor sediento se despojaba ella más y más del amor de sí misma, se dilataban los senos de su alma, y se disponía á recibir la plenitud del amor perfecto y unitivo con la transformación en Dios. Porque, como dice Santo Tomás, los deseos aumentan el amor y hacen al amante apto para recibir al amado. *Ubi est major charitas, ibi est majus desiderium, et desiderium quodammodo facit desiderantem aptum et paratum ad susceptionem desiderati.* (Sum. theol. I p., q. 12, art. 6).

Para significar la operación que hacía Dios en lo íntimo del alma de Teresa, se le representaba á veces la visión de un ángel, que con un dardo le traspasaba las entrañas; pasando así la herida del espíritu al corazón, y quedando éste llagado como aquel; con las siguientes palabras describe ella esta visión. «Quiso el Señor que »viese aquí algunas veces esta visión, veía un ángel cabe »mí hacia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no »suelo ver sino por maravilla, aunque muchas veces se me »representan ángeles, es sin verlos sino como la visión pa-

»sada que dije primero (*visión intelectual, de la cual se hablará después*). En esta visión quiso el Señor le viese
 »ansí, no era grande sino pequeño, hermoso mucho, el
 »rostro tan encendido que parecía ser de los ángeles
 »muy subidos, que parece todos se abrasan: deben ser
 »los que llaman Serafines, que los nombres no me los dicen,
 »mas bien veo que en el cielo hay tanta diferencia
 »de unos ángeles á otros, y de otros á otros que no lo sabía
 »decir (1). Veíale en las manos un dardo de oro largo,
 »y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego.
 »Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y
 »me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecía las
 »llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor
 »grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía
 »dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que
 »me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que
 »se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No
 »es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja de
 »participar el cuerpo algo y aun harto. Es un requiebro
 »tan suave, que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo
 »á su bondad lo dé á gustar á quien pensare que mienta.
 »to.» (*Vida, cap. 29*).

Experimentaba á veces la Santa una pena espiritual intensísima y extraña, muy sutil que penetraba lo íntimo de su alma, con la cual Dios, parece, la quiso purgar más, y disponerla para la perfecta unión mística y transformativa del matrimonio espiritual. Así iban alternando en Teresa de Jesús los gozos y las penas, que á las grandes mercedes sucedían grandes aflicciones, con las cuales Dios la disponía á otras mercedes mayores; y cuanto

(1) Santo Tomás enseña que los ángeles no se distinguen entre sí sólo en número, sino también en especie; de manera que no hay dos específicamente iguales, constituyendo así cada uno especie distinta. (Sum. theol. p. I, q. 60, art. 4).

estas habían de ser más excelentes, más agudas eran las penas. Esta á que me refiero, según la descripción que de ella hace la Santa, parece consistía en una contemplación penosa, en la cual Dios por maravillosa luz se le descubría, pero al mismo tiempo como ausente y lejano, despertando en su alma ansias intensísimas con dolores tan agudos, que la ponían en agonía de muerte. Para entender algo como esto es posible, pondré aquí una doctrina muy luminosa del Ángel de las escuelas. Según el santo doctor la devoción causa *primario* y *per se* alegría y gozo, mas *secundario* y *per accideus* tristeza. De la consideración de la bondad divina resulta alegría; pero considerando que todavía no se posee, causa tristeza, y tanto mayor la causará, cuanto mayores fueren los deseos de poseer á Dios. *Dicendum quòd devotio per se quidem et principaliter spiritualem lætitiã mentis causat; ex consequenti autem et per accideus causat tristitiã. Dictum est enim quòd devotio ex duplici consideratione procedit. Principaliter quidem ex consideratione divinæ bonitatis: quia ista consideratio pertinet quasi ad terminum motus voluntatis tradentis se Deo, et ex ista consideratione per se quidem sequitur delectatio, secundum illud Psalmi 76, vers. 4: memor fui Dei, et delectatus sum. Sed per accidens hæc consideratio tristitiã quamdam causat in his qui nondum plene Deo fruuntur, secundum illud Psalmi 41, vers. 5: sitiivit anima mea ad Deum fortem vivum; et postea sequitur; fuerunt mihi lachrymæ meæ panes die ac nocte dum dicitur mihi quotidie ¿ubi est Deus tuus? (Sum. theol. 2.^a 2.^o, quæ. 82, art. 4).*

Oigamos ahora á nuestra seráfica Santa cómo declara esta agudísima pena. «Yo quisiera harto dar á entender »esta gran pena, y creo no podré, más diré algo si »piere... Para la cual, como he dicho, no somos parte, »sino muchas veces á deshora viené un deseo, que no sé

»cómo se mueve; y deste deseo que penetra toda el alma
 »en un punto, se comienza tanto á fatigar, que sube muy
 »sobre sí, y de todo lo criado, y pónela Dios tan desier-
 »ta de todas las cosas, que por mucho que ella trabaje,
 »ninguna que le acompañe le parece hay en la tierra, ni
 »ella la querría, sino morir en aquella soledad. Que la
 »hablen, y ella se quiera hacer toda la fuerza posible á
 »hablar, aprovecha poco; que su espíritu, aunque ella más
 »haga, no se quita de aquella soledad. Y con parecerme
 »que está entonces lejísimo Dios, á veces comunica sus
 »grandezas por un modo el más extraño que se puede
 »pensar; y así no sé decir, ni creo lo creerá ni enten-
 »derá sino quien hubiere pasado por ello; porque no es
 »la comunicación para consolar, sino para mostrar la ra-
 »zón que tiene de fatigarse de estar ausente de bien, que
 »en sí tiene todos los bienes. Con esta comunicación
 »crece el deseo y el extremo de soledad en que se vé con
 »una pena tan delgada y penetrativa, que aunque el
 »alma se estaba puesta en aquel desierto, que al pié de
 »la letra me parece se puede entonces decir; y por ven-
 »tura lo dijo el real Profeta, estando en la misma sole-
 »dad, sino que como á Santo se la daría el Señor á sentir
 »en más excesiva manera: *Vigilavi et factus sum sicut*
 »*passer solitarius in tecto*. Y así se me representa este
 »verso entonces, que me parece lo veo yo en mí; y con-
 »suélame ver que han sentido otras personas tan gran
 »extremo de soledad, cuanto más tales. Así parece está
 »el alma, no en sí, sino en el tejado ó techo de sí mes-
 »ma, y de todo lo criado; porque aun encima de lo muy
 »superior del alma me parece que está. Otras veces pa-
 »rece anda el alma como necesitadísima, diciendo y pre-
 »guntando á sí mesma: ¿dónde está tu Dios?... la gran pe-
 »na algunas veces quita el sentido, sino que dura poco sin
 »él. Parecen unos tránsitos de la muerte.» (*Vida, ca-*
pitulo 20).

Ahora bien, ¿existe alguna ley psicológica que pueda explicar naturalmente los ímpetus y heridas de amor, y aquella sutilísima pena espiritual, considerados estos actos con todas las circunstancias y detalles que describe nuestra Santa? No hay filósofo que la halle; y la razón es porque no existe. No hay efecto sin causa; ni el efecto como tal puede ser de más alcance que la causa que lo produce. No intervenía la influencia de ninguna causa natural proporcionada en aquellos extraordinarios efectos, que súbitamente y sin procurarlos se producían en el interior de Teresa: luego eran procedentes del influjo de una causa sobrenatural. Y en efecto, se trata de sentimientos, pues lo eran aquellos ímpetus de amor y aquella pena delgada y penetrativa. Los sentimientos se distinguen de las sensaciones en que estas son causadas por impresiones orgánicas, y aquellos son resultado de actos cognoscitivos. Se aplica un objeto dulce á mi paladar, y experimento una sensación agradable; se le aplica un objeto amargo, y experimento una sensación repugnante. Se me dice que mi padre, á quien mucho tiempo ha que no he visto, acaba de llegar, y experimento un sentimiento de alegría; se me dá la noticia de que mi padre ha muerto, y experimento un sentimiento penoso. Hacia un objeto conocido como bueno experimento el sentimiento del amor; hacia un objeto conocido como malo el del odio. Es verdad que hoy día á ciertas noticias de mucho calibre se les suele llamar noticias de sensación; pero este lenguaje es impropio; y sólo se quiere significar que el conocimiento de este ó del otro grave suceso es capaz de producir gran emoción; sea de alegría, ó de tristeza, sea de admiración, ó de otra especie: más estas emociones no son propiamente sensaciones, sino verdaderos sentimientos.

Si, pues, los sentimientos suponen actos cognoscitivos ¿cuáles suponían aquellos intensísimos sentimien-

tos, que dominaban tan fuertemente el alma de Teresa? ¿Qué conocimiento natural podía producirlos? Verdad es que vemos en ocasiones dadas producirse naturalmente profundos sentimientos, ya placenteros, ya penosos: el corazón humano experimenta á veces vivísimos afectos ya de ternura y amor, ya de dolor; la misma Teresa de Jesús nos cuenta, como vimos en el capítulo segundo, el extremado dolor que sintió su corazón, cuando acaeció la muerte de su querido padre: empero conocemos las fuentes naturales de donde suelen proceder. ¿Era, por ventura, de alguna de ellas, de donde procedían los intensísimos que experimentaba Teresa? Adviértase que los percibía como espirituales; lo cual prueba que no intervenía el organismo corpóreo en su formación: y no obsta el que diga la Santa que resultaban algunos efectos en el cuerpo; porque sabido es que, por la íntima y sustancial unión del alma con el cuerpo, los movimientos del alma, aun los espirituales, *ex consequenti* tienen resonancia en el cuerpo: lo que digo es que el organismo corpóreo no era causa de aquellos actos, no intervenía en su formación. Nótese también que tenían por objeto á Dios. Y, ¿puede, por ventura, el mero conocimiento natural de Dios, el que podemos adquirir con el discurso, producir tan vivos y subitáneos afectos? No: el conocimiento abstractivo de Dios, que es el que naturalmente podemos adquirir en esta vida, es demasiado debil para que guarde proporción con aquellos vivísimos sentimientos. Luego es preciso concluir que eran efecto de una verdadera acción sobrenatural, que obraba poderosamente en el alma de Teresa de Jesús.

§ III.

Después de haber el Señor conducido á Teresa de Jesús por los diferentes grados de oración, de que hemos

hablado, y después de haberla purificado y preparado convenientemente, quiso en su inagotable bondad y amor contraer con ella más alta é íntima unión, la que se llama matrimonio espiritual; en cuya virtud, así como en el matrimonio corporal son *duo in carne una*, y la unión es permanente é indisoluble, así en la unión, á que me refiero, Dios que es espíritu y el alma que es espíritu se hacen como un solo espíritu por amor íntimo y estrechísimo; y esta unión no es transitoria, sino permanente, y en cierto modo indisoluble. Esta unión es más transformativa que las anteriores de que nos ha hablado la Santa, y trae consigo cierta inseparabilidad de Dios; pues el alma siente continuamente la divina presencia, y siempre se halla en su compañía. En las otras, pasado el tiempo de la unión, se queda el alma sin aquel sentimiento experimental de Dios, vuelve el Señor á escondersele, y queda el alma sola sin aquella divina compañía, y tal vez doliente y con deseos agudísimos de volver á unirse á su Dios. No ha de extrañarse, que se llame matrimonio, aunque espiritual; pues hay cierta analogía y semejanza, como hemos dicho, con el matrimonio corporal: además S. Pablo no teme comparar la unión de Cristo y de la Iglesia con la unión matrimonial.

Veamos cómo nuestra seráfica Teresa describe esta tan sublime unión, á la cual la levantó el Señor. «Pasa esta »secreta unión en el centro muy interior del alma, que »debe ser á donde está el mesmo Señor... Aparécese el »Señor en este centro del alma sin visión imaginaria sino »intelectual... Es un secreto tan grande, y una merced »tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que »no sé á qué lo comparar, sino á que quiere el Señor »manifestarle por aquel momento la gloria que hay en »el cielo por más subida manera, que por ninguna visión, ni gusto espiritual. No se puede decir más de que,

»á cuanto se puede entender, queda el alma (digo el es-
 »píritu desta alma) hecho una cosa con Dios, que como
 »es también espíritu, ha querido su Majestad mostrar el
 »amor que nos tiene en dar á entender á algunas perso-
 »nas hasta donde llega, para que alabemos su grandeza;
 »porque de tal manera ha querido juntarse con la cria-
 »tura, que así como los que ya no se pueden apartar, no
 »se quiere apartar Él della... Siempre queda el alma con
 »su Dios en aquel centro... Y esto se entiende mejor,
 »cuando anda el tiempo por los efetos, porque se en-
 »tiende claro por unas secretas aspiraciones, ser Dios el
 »que da vida á nuestra alma, muy muchas veces tan vi-
 »vas, que en ninguna manera se puede dudar, porque
 »las siente muy bien el alma, aunque no se saben decir
 »más: que es tanto este sentimiento que producen algu-
 »nas veces unas palabras regaladas, que parece no
 »se puede excusar de decir. ¡Ó vida de mi vida! ¡Y sus-
 »tento que me sustentas! y otras.» (*Morad. 7, cap. 2*).

He dicho que esta unión del matrimonio espiritual es
 en cierto modo indisoluble; esto es de parte de Dios, que
 no quiere ya separarse del alma; pero no por esto hace á
 ésta impecable, pues sólo la visión beatífica en el cielo
 produce este efecto, además de la unión hipostática con
 la divinidad. El alma en el matrimonio espiritual con-
 serva la potencia de ser infiel á su divino Esposo; lo cual
 la hace andar con gran cautela y circunspección para no
 caer en tan negra ingratitud: aunque, dada la alteza de
 esta unión, el mucho amor que profesa Dios al alma, la
 especial providencia que tiene de ella y la abundancia
 de gracia derramada en su seno, es de presumir que de
 hecho le guardará perpétua fidelidad. Esto mismo dice
 nuestra mística Doctora con las siguientes palabras:
 «Parece que quiero decir, que en llegando el alma á ha-
 »cerla Dios esta merced, ¿está segura de su salvación, y
 »de tornar á caer? No digo tal, y en cuantas partes tra-

»tare desta manera, que parece está el alma en seguridad, se entienda mientras la divina Majestad la tuviere »ansí de su mano, y ella no le ofendiere; al menos sé »cierto, que aunque se vé en este estado (*la persona de »quien habla, que es ella misma*), y le ha durado años, »que no se tiene por segura, sino que anda con mucho »más temor que antes, en guardarse de cualquier pequeña ofensa de Dios, y con grandes deseos de servirle..., y con ordinaria pena y confusión de ver lo poco que »puede hacer, y lo mucho á que está obligada, que no es »pequeña cruz, sino harto gran penitencia: porque el »hacer penitencia esta alma, mientras más grande, le es »más deleite.» (*Morad. 7, cap, 2*).

Con lo cual declara la Santa algunos efectos que causaba en su alma esta sublimísima unión: otros experimentaba también muy excelentes y subidos; y se reducen á un total desasimio de todas las cosas y de sí, á una conformidad completa é incondicional con la divina voluntad, á un celo grandísimo por la honra y gloria de Dios, á una suavísima quietud en el goce de la divina presencia, de manera que en cierto modo ya no vivía su alma vida propia, sino vida divina. «Pasa con tanta quietud, dice nuestra Santa, y tan sin ruido todo lo que el »Señor aprovecha aquí al alma, y la enseña, que me parece es como la edificación del templo de Salomón, á »donde no se había de oír ningún ruido: ansí en este »templo de Dios, en esta morada suya solo Él y el alma »se gozan con grandísimo silencio.» (*Morad. 7, cap. 3*).

CAPÍTULO V.

Concluye la materia de los dos capítulos anteriores.

§ I.

Hasta aquí me he ocupado en los diferentes grados de oración infusa ó contemplación, y hechos sobrenaturales extraordinarios, que experimentaba Santa Teresa de Jesús, en los cuales, si bien eran favores de esfera nobilísima, pues consistían en actos de conocimiento grandemente elevado é ilustrado, y en actos de amor muy fervientes, por los cuales el alma de Teresa se iba uniendo más y más á Dios hasta llegar á la elevadísima unión del matrimonio espiritual; sin embargo los objetos de dicha contemplación eran propuestos de una manera indistinta; Dios se le manifestaba de un modo maravilloso, pero no claro. Ahora me ocuparé en otro género de operaciones sobrenaturales, aquellas que versan sobre objetos ya distintos y determinados: tales son las locuciones ó hablas interiores, las visiones, las revelaciones y las inteligencias de altísimas verdades. Anchísimo campo se presenta á nuestra investigación y estudio: lo sobrenatural va á manifestarse aquí con esplendor y atractivo en gran manera interesante.

Comencemos por las hablas. La primera vez que Teresa de Jesús oyó una voz interior, fué en ocasión en que estaba pensando, como Dios no hacía á otras personas, que juzgaba mejores que ella, los regalos y las mercedes, que ya le hacía el Señor: oyó una voz en su interior que le dijo: *Sírveme tu á mí y no te metas en eso.* «Fué la primera palabra, dice ella, que entendí hablar-me Vos, y á mí me espantó mucho.» (*Vida, cap. 49*). En otra parte escribe: «Habiendo estado un día mucho

»en oración y suplicando al Señor me ayudase á contenterle en todo, comencé el himno (*Veni creator*), y estándole diciendo vínome un arrobamiento tan súbito, que casi me sacó de mí, como que yo no pude dudar, porque fué muy conocido. Fué la primera vez que el Señor me hizo esta merced del arrobamiento. Entendí estas palabras: *Ya no quiero tengas conversación con hombres sino con ángeles.* Á mí me hizo mucho espanto, porque el movimiento del ánimo fué grande, y muy en el espíritu se me dijeron estas palabras; así me hizo temor, aunque por otra parte gran consuelo, que en quitándoseme el temor (que á mi parecer causó la novedad) me quedó.» (*Vida, cap. 24*).

Desde esta vez fué muy ordinario hablarle el Señor, ya avisándola de peligros, ya animándola cuando se veía en alguna fatiga y persecución, ya reprendiéndola de faltas é imperfecciones, ya manifestándole su voluntad acerca de alguna empresa, ya en fin en otras muchas ocasiones y circunstancias. Estas hablas «son, dice la Santa, unas palabras muy formadas, mas con los oídos corporales no se oyen, sino entiéndese muy más claro que si se oyesen; y dejarlo de entender, aunque mucho se resista, es por demás. Porque cuando acá no queremos oír, podemos tapar los oídos, ó advertir otra cosa, de manera que aunque se oya no se entienda. En esta plática que hace Dios al alma, no hay remedio ninguno, sino que aunque me pese, me hacen escuchar y estar el entendimiento tan entero para entender lo que Dios quiere que entendamos, que no basta querer ni no querer... Esto tengo muy experimentado, porque me duró casi dos años el resistir, con el gran miedo que traía, y ahora lo pruebo algunas veces, mas poco me aprovecha.» (*Vida, cap. 25*).

Nuestra Santa Maestra acaba de darnos una señal cierta de que estas hablas, si bien se verificaban en su

imaginación, pues eran palabras muy formadas, como dice ella, y no oídas con los oídos exteriores, sin embargo no eran producto natural de la imaginación, ni de otra facultad; porque se producían con total independencia de los esfuerzos que hacía la Santa para desvanecerlas y no oírlas: de lo cual se deduce que respecto de ellas se hallaba en un situación pasiva, y no activa; y por consiguiente cuan fundada era la certidumbre que tenía de que eran efecto de una causa superior y sobrenatural, que obraba en ella. Cuan lejos estaba de toda ilusión en esta materia, se prueba claramente también por las otras señales que indica, para distinguir cuando las locuciones interiores no son producto natural de nuestras facultades, señales que acompañaban aquellas que experimentaba.

Como no se puede hablar de esta materia mejor de lo que ella lo hace, manifestando al mismo tiempo cuan claro y distinto era el conocimiento que tenía de las funciones y actos de su alma, voy á citar con mucho gusto sus mismas palabras. «Paréceme á mí que podría una »persona, estando encomendando una cosa á Dios con »grande afecto y aprensión, parecerle entiende alguna »cosa, si se hará ó no...; aunque á quien haya entendido »de estotra suerte, verá claro lo que es, porque es mucha la diferencia; y si es cosa que el entendimiento fabrica (*en la imaginación, pues la Santa trata de las locuciones imaginarias*) por delgado que vaya, entiende »que ordena él algo, y que habla... Verá el entendimiento que entonces no escucha, pues que obra; y las »palabras que él fabrica son como una cosa sorda, fantaseada, y no con la claridad que estotras. Y aquí está »en nuestra mano divertirnos, como callar cuando hablamos; en estotro no hay término. Y otra señal más »que todas; que no hace operación (*quiere decir que no produce efecto, no hace lo que dice*), porque estotra que

»habla el Señor es palabras y obras: y aunque las pala-
 »bras no sean de devoción sino de reprehensión, á la pri-
 »mera dispone un alma, y la habilita, y enternece, y dá
 »luz, y regala y quieta; y si estaba con sequedad ó al-
 »boroto, y desasosiego del alma, como con la mano se le
 »quita, y aun mejor, que parece quiere el Señor se en-
 »tienda que es poderoso y que sus palabras son obras...
 »Lo uno va como una cosa, que no nos podemos bien de-
 »terminar, si es como uno que está medio dormido. Es-
 »toto es voz tan clara, que no se pierde una sílaba de lo
 »que se dice; y acaece ser á tiempo, que está el entendi-
 »miento y alma tan alborotada y distraída, que no acer-
 »taría á concertar una buena razón, y halla guisadas
 »grandes sentencias que le dicen, que ella aun estando
 »muy recogida no pudiera alcanzar, y á la primera pa-
 »labra, como digo, la mudan toda... Traen algunas ve-
 »ces una majestad consigo estas palabras, que sin acor-
 »darnos quien las dice, si son de reprehensión, hacen tem-
 »blar, y si son de amor, hacen deshacerse en amar: y son
 »cosas como he dicho, que estaban bien lejos de la me-
 »moria, y dícense tan de presto sentencias tan grandes,
 »que era menester mucho tiempo para haberlas de orde-
 »nar, y en ninguna manera me parece se puede enton-
 »ces ignorar no ser cosa fabricada de nosotros... Cuando
 »es de Dios tengo muy probado en muchas cosas, que se
 »me decían dos y tres años antes, y todas se han cum-
 »plido, y hasta ahora ninguna ha salido mentira... Ansí
 »que en esto no hay que me detener, que por maravilla
 »me parece puede haber engaño en persona ejercitada,
 »si ella mesma de advertencia no se quiere engañar.»
 (*Vida, cap. 25*).

Parece que no es posible llevar más allá el discerni-
 miento de las señales de las locuciones, que no son pro-
 ducto natural de nuestras facultades. Puédese con toda
 seguridad desafiar al mas sutil filósofo, aunque sea de la

escuela escocesa, tan dada al análisis y clasificación de las funciones y actos de las potencias de nuestra alma, á que presente un análisis más completo y detallado del fenómeno de las hablas interiores. Ello es verdad que en nuestra imaginación se reproducen las palabras, que son sonidos, y signos sensibles de nuestras ideas, como se reproducen las especies ó representaciones sensibles adquiridas por los otros sentidos. Cualquiera, por poco que reflexione sobre sí mismo, podrá observar que, cuando está pensando, se van reproduciendo las palabras correspondientes á las ideas, que van actuándose en el entendimiento; de modo que se advierte una verdadera locución interior, que es producto de la imaginación puesta al servicio de nuestra inteligencia. Empero nuestra Santa hace un admirable y detenido análisis de las locuciones interiores naturales, y señala tan exactamente sus caracteres, que á la verdad nada se le puede añadir; caracteres que de ninguna manera se hallaban en las extraordinarias, que ella experimentaba: de lo cual lógicamente se debe deducir que estas no eran efecto natural de sus facultades; y por consiguiente que era muy fundada su certidumbre de que eran debidas á una acción sobrenatural.

En confirmación de lo dicho por Santa Teresa pondré aquí en particular algunas de las muchas locuciones, que experimentó; con los efectos maravillosos, de que ella nos ha hablado. Sea la primera aquella, que he mencionado antes, que la oyó al comenzar el rezo del himno *Veni Creator*. Refiere la Santa que tomó por confesor á un padre de la Compañía de Jesús, el cual comenzó á ponerla en más perfección. «Decíame que para del todo contentar á Dios, no había de dejar nada por hacer: »también con harta maña y blandura, porque no estaba »aun mi alma nada fuerte sino muy tierna, en especial »en dejar algunas amistades que tenía, aunque no ofen-

»día á Dios con ellas, era mucha afición y parecíame á
»mí era ingratitud dejarlas: y así le decía que pues no
»ofendía á Dios ¿qué por qué había de ser desagradeci-
»da? Él me dijo que lo encomendase á Dios unos días, y
»que rezase el himno *Veni Creator*, porque me diese luz
»de cual era lo mejor.» (*Vida, cap. 24*). Dice en seguida
que en comenzando un día á rezarlo, entendió aquellas
palabras, que referí arriba: *Ya no quiero que tengas con-
versación con hombres sino con ángeles*. Lo cual, á mi pa-
recer, y según también se desprende de los efectos cau-
sados, no diciendo *con los hombres, con los ángeles, sino
con hombres, con ángeles*, sin el artículo que determina
más, significa que no tuviese conversación de amistad
afectuosa con personas de afectos humanos, sino con per-
sonas espirituales. Los efectos de aquellas palabras fue-
ron asombrosos. «Ello se ha cumplido bien, que nunca
»más yo he podido asentar amistad, ni tener consola-
»ción, ni amor particular, sino á personas que entiendo
»le tienen á Dios, y le procuran servir, ni ha sido en
»mi mano, ni me hace al caso ser deudos ni amigos, sino
»entiendo esto, ó es persona que trata de oración, esme
»cruz penosa tratar con nadie... Sea Dios bendito por
»siempre, que en un punto me dió la libertad, que yo
»con todas cuantas diligencias había hecho muchos años
»había no pude alcanzar conmigo, haciendo hartas veces
»tan gran fuerza, que me costaba harto de mi salud. Co-
»mo fué hecho de quien es poderoso y Señor verdadero
»de todo, ninguna pena me dió.» (*Vida, cap. 24*).

Estaba la Santa una vez importunando, como ella
misma dice, al Señor porque diese vista á una persona
que la había del todo casi perdido. El Señor le dijo:
«Haría lo que le pidiese, son palabras de la Santa, que
»Él me prometía que ninguna cosa le pidiese, que no la
»hiciese, que ya sabía Él que yo no pediría sino confor-
»me á su gloria, y así haría esto que ahora pedía.»

(*Vida, cap. 59*). Que no fué esto ilusión se prueba porque en efecto aquella persona recobró la vista; y fueron numerosos los beneficios que de allí en adelante alcanzaron las oraciones de la Santa para muchas personas, de los cuales refiere algunos casos en el mismo capítulo. Y compendiando dice: «En esto de sacar nuestro Señor
»almas de pecados graves, por suplicárselo yo, y otras
»traídolras á más perfección, es muchas veces; y de sacar
»almas del purgatorio, y otras cosas señaladas, son tan-
»tas las mercedes que en esto el Señor me ha hecho, que
»sería cansarme y cansar á quien lo leyese, si las hubie-
»se de decir, y mucho más en salud de almas que de
»cuerpos. Esto ha sido cosa muy conocida, y que dello
»hay hartos testigos».

Si Teresa de Jesús emprendió con ánimo más que varonil la grande obra de la reforma de la religión carmelitana, restableciendo la observancia de la primitiva regla, fué porque se lo mandó el Señor; y en el principio y curso de esta admirable empresa siguió siempre el impulso del Espíritu divino, que la dirigía. «Habiendo, dice
»ella, un día comulgado, mandóme mucho su Magestad
»lo procurase con todas mis fuerzas, haciéndome gran-
»des promesas de que no se dejaría de hacer el monas-
»terio, y que se serviría mucho en él, y que se llamase
»San Josef, y que á una puerta nos guardaría Él, y nues-
»tra Señora á la otra, y que Cristo andaría con noso-
»tras, y que sería una estrella que diese de sí gran res-
»plandor... Que dijese á mi confesor esto que mandaba,
»y que le rogaba Él que no fuese contra ello, ni me lo
»estorbare. Era... de tal manera esta habla que me ha-
»cía el Señor, que yo no podía dudar que era Él.» (*Vida, cap. 52*). Ahora bien, grandes y prolongados fueron los trabajos, que la Santa padeció, al pasar á realizar lo que entendía le había mandado Dios, humanamente insuperables los obstáculos que se atravesaron en el camino,

recias las persecuciones de que fué blanco, como largamente cuenta ella, sin que pudiese oponer otra cosa sino su heróica paciencia y su confianza en las palabras del Señor. Con todo la tremenda tempestad se fué disipando por el concurso de tales circunstancias, que bien se veía era Dios quien cumplía la promesa hecha á su sierva. Se fundó el primer monasterio de la reforma carmelitana de estrecha observancia, después el segundo, y después otro y otro: la reforma se extendió de las monjas á los frailes, de tal manera que en vida de la Santa, y en el tiempo de veinte años se fundaron, entre mil contrariedades y obstáculos, diez y seis monasterios de monjas y catorce de frailes, en los cuales era para alabar á Dios el fervor y las virtudes religiosas que se practicaban, y el grande provecho que venía á las almas. Y después de su muerte se fué propagando el instituto religioso por toda la cristiandad, produciendo grandes y ópimos frutos de salvación en la Santa Iglesia de Dios, como todavía los está produciendo.

§ II.

Al cabo de dos años que habían empezado las hablas, siendo estas muy contínuas, comenzó Dios á hacerle un nuevo género de mercedes, visiones intelectuales. Las visiones son de tres clases: corpóreas, imaginarias é intelectuales puras. La visión corpórea se verifica por impresiones hechas en el sentido externo, como la visión del ángel S. Rafael en forma corpórea á Tobías. La imaginaria se forma en la imaginación con especies ó representaciones sensibles fantásticas, bien combinando Dios las que existen en la facultad, bien infundiendo nuevas, si las primeras no son aptas para representar el objeto que quiere Dios: muchos ejemplos de estas tenemos en las Santas Escrituras, como la que tuvo S. Pedro de un lien-

zo, que descendía del cielo, lleno de toda clase de animales impuros, que significaba que los gentiles eran llamados también á entrar en la Iglesia de Jesucristo. La visión puramente intelectual es la que Dios produce en el entendimiento con especies inteligibles, ya combinando las que la facultad posee, ya infundiendo nuevas, pero sin concurso de especies ó representaciones sensibles, como muchas de las que tuvo Santa Teresa de Jesús, de las cuales vamos á tratar ahora.

Oigamos á nuestra Santa cómo declara una maravillosa visión intelectual de Cristo nuestro Señor. «Estando un día del glorioso San Pedro en oración, ví cabe mí, »ó sentí por mejor decir, que con los ojos del cuerpo ni »del alma no ví nada (*por ojos del alma entiende la imagi- »nación*), mas parecióme estaba junto á mí Cristo, y veía »ser Él el que me hablaba á mi parecer. Yo como esta- »ba ignorantísima de que podía haber semejante visión, »dióme grande temor al principio y no hacía sino llorar, »aunque en diciéndome una palabra sola de asegurarme, »quedaba como solía, quieta y con regalo, y sin ningún »temor. Parecíame andar siempre al lado Jesucristo; y »como no era visión imaginaria, no veía en que forma: »mas estar siempre á mi lado derecho sentíalo muy cla- »ro, y que era testigo de todo lo que yo hacía, que nin- »guna vez que me recogiese un poco ó no estuviese muy »divertida, podía ignorar que estaba cabe mí... No hacía »sino poner comparaciones para darme á entender; y »cierto para esta manera de visión, á mi parecer no la »hay que mucho cuadre... Se representa por una noti- »cia al alma más clara que el sol. No digo que se ve sol, »ni claridad, sino una luz (*intelectual*), que sin ver luz »(*sensible*), alumbra el entendimiento, para que goce el »alma tan gran bien. Trae consigo grandes bienes. No »es como una presencia de Dios, que se siente muchas »veces en especial los que tienen oración de unión y

»quietud (*de la cual hablamos en otro capítulo*)... Acá
 »vese claro que está aquí Jesucristo Hijo de la Virgen.
 »En esta otra manera de oración representáanse unas in-
 »fluencias de la Divinidad: aquí junto con estas se ve
 »nos acompaña y quiere hacer mercedes también la Hu-
 »manidad sacratísima.» (*Vida, cap. 27*).

La Santa distingue muy bien, como acabamos de ver, la visión puramente intelectual de la imaginaria y de la corpórea. Además aquella visión se le presentó súbitamente sin que la procurase ni hiciese esfuerzos para tenerla, antes bien, estando ignorantísima, como ella dice, de que pudiese haber tal visión: todo lo cual prueba con cuanta distinción y exactitud percibía estos fenómenos extraordinarios, que se verificaban en su interior. En otras partes refiere otras visiones intelectuales ya de objetos espirituales, ya de objetos corpóreos. No debe extrañarse que tuviera visiones puramente intelectuales de objetos corpóreos; porque no hay en esto absurdo, y por consiguiente es posible absolutamente; pues el entendimiento tiene aptitud radical de conocer todo lo que tenga razón de ser: y así los ángeles y las almas de los bienaventurados en el cielo ven con visión intelectual la sacratísima Humanidad de Cristo nuestro Señor.

Escribe nuestra insigne Santa que Jesucristo en aquella visión intelectual le hablaba; y en seguida declara en que consisten estas hablas puramente intelectuales, que distingue muy bien de las otras, de que nos habló antes, que son con forma sensible de palabra, aunque imaginaria: pues el lenguaje, lo mismo que la visión, puede ser corpóreo, imaginario, ó intelectual puro. «Es
 »un lenguaje tan del cielo, que acá se puede mal dar á
 »entender, aunque más queramos decir, si el Señor por
 »experiencia no lo enseña. Pone el Señor lo que quiere
 »que el alma entienda en lo muy interior del alma, y
 »allí lo representa sin imagen ni forma de palabras, sino

»á manera de esta visión que queda dicha (*la intelectual*).. Hace Dios al entendimiento que advierta, aun-
 »que le pese, á entender lo que se dice, que allá pa-
 »rece tiene el alma otros oídos con que oye, y que la
 »hace escuchar, y que no se divierta; como á uno que
 »oyese bien, y no le consintiese atapar los oídos, y le
 »hablasen junto á voces, aunque no quisiese lo oírfa...
 »Lo que me parece es, que quiere el Señor de todas ma-
 »neras tenga esta alma alguna noticia de lo que pasa en
 »el cielo: y paréceme á mí, que así como allá sin hablar
 »(*con forma sensible de palabras*) se entienden (lo que yo
 »nunca supe cierto es así, hasta que el Señor por su
 »bondad quiso que lo viese y me lo mostró en un arro-
 »bamiento) así es acá, que se entienden Dios y el al-
 »ma, con solo querer su Majestad que lo entienda, sin
 »otro artificio para darse á entender el amor que se tie-
 »nen estos dos amigos.» (*Vida, cap. 27*). Y esto que
 nuestra Santa Maestra sabía por experiencia y revela-
 ción, es lo que enseñan los teólogos con Santo Tomás; el
 cual tratando del modo como hablan los ángeles, que
 son puros espíritus, entre sí, dice que un ángel habla á
 otro, en cuanto por su voluntad ordena el concepto que
 tiene en el entendimiento á ser manifestado al otro; pues
 no es otra cosa hablar sino manifestar el concepto del en-
 tendimiento. *In angelis est aliqua locutio... Ad intelligendum igitur qualiter unus angelus alii loquatur, considerandum est, quòd... voluntas movet intellectum ad suam operationem. Intelligibile autem est in intellectu tripliciter. Primò quidem, habitualiter vel secundum memoriam, ut Augustinus dicit (X de Trinitate, cap. VIII): secundò autem, ut in actu consideratum vel conceptum: tertio, ut ad aliud relatum... Ex hoc verò quòd conceptus mentis angelicæ ordinatur ad manifestandum alteri per voluntatem ipsius angeli, conceptus mentis unius angeli innotescit alteri; et sic loquitur unus angelus alteri: nihil est enim aliud loqui ad*

alterum quàm conceptum mentis alteri manifestare. (Sum. theol. p. I, q. 107, art. 1). Nosotros, á más de la voluntad de manifestar á otro los conceptos de nuestro entendimiento, necesitamos hacerlo mediante signos sensibles que los representen, y que constituyen el lenguaje exterior, por razón del obstáculo del cuerpo, que hace que el alma de un hombre no pueda comunicarse inmediatamente con el alma de otro hombre. Mas los puros espíritus, no teniendo cuerpo, no necesitan para comunicarse sus pensamientos de signos sensibles, basta que por su voluntad los ordenen á ser manifestados. Que es lo que dice Santo Tomás con las siguientes palabras: *Locutio exterior, quæ fit per vocem, est nobis necessaria propter obstaculum corporis, unde non convenit angelo; sed sola locutio interior, ad quam pertinet non solum quòd loquatur sibi interiùs concipiendo, sed etiam quòd ordinet per voluntatem ad alterius manifestationem. Et sic lingua angelorum metaphoricè dicitur ipsa virtus angeli, qua conceptum suum manifestat.* (Ibid. ad 2.^{um}).

Las visiones y locuciones puramente intelectuales han de reconocerse de todo punto milagrosas; pues no pueden en manera alguna explicarse por las leyes psicológicas; antes bien están fuera del modo connatural de actuarse nuestro entendimiento en el estado presente de unión sustancial del alma con el cuerpo. Este modo connatural consiste en entender con el concurso de especies ó representaciones sensibles. Nuestro entendimiento, aunque facultad distinta de las sensitivas, y por consiguiente de la imaginación ó fantasía, no se actúa sin embargo sin que precedan y acompañen al acto intelectual representaciones sensibles, á lo menos de la imaginación, que sirven ya de materia para la formación de las ideas mediante la virtud ó luz intelectual, ya de auxiliar de los conceptos intelectuales. Así se explica cómo se fatiga y duele la cabeza, cuando estamos en profunda

meditación, aunque ésta verse sobre cosas espirituales: no se fatiga ni duele el entendimiento, sino el cerebro, órgano de la imaginación, por el trabajo que ésta hace concurriendo con sus formas sensibles á la operación intelectual, y reproduciendo las palabras correspondientes á las ideas que se van actuando en el entendimiento. Á esta misma causa debe atribuirse el que á veces lesionado el cerebro sufran perturbación las funciones intelectuales. La razón de este modo de ejercer nuestro entendimiento su actividad es, porque el modo de obrar es proporcionado el modo de ser, *modus operandi sequitur modum essendi*, dicen los filósofos con Santo Tomás; pues la fuerza activa tiene su razón suficiente en la naturaleza de la cosa: ahora bien, nuestro entendimiento, aunque espiritual, radica en un principio, que es también sensitivo, y unido sustancialmente á la materia; luego su modo connatural de entender es entender lo inteligible en las especies ó representaciones sensibles, y por lo tanto ejercer su actividad intelectual con el concurso de ellas. Esto mismo enseña Santo Tomás con las siguientes palabras: *Operatio proportionatur virtuti et essentiae; intellectivum autem hominis est in sensitivo; et ideo propria operatio ejus est intelligere intelligibilia in phantasmatis.*» (De Mem. et reminis).

De aquí que afirme el Santo Doctor que es imposible, se entiende naturalmente, que el entendimiento según el estado de la vida presente, en que el alma está unida al cuerpo, entienda algo sin concurso de representaciones sensibles. *Impossibile est intellectum secundum præsentis vitæ statum, quo passibili corpori conjungitur, aliquid intelligere in actu nisi convertendo se ad phantasmata.* (Sum. theol. p. I, q. 84, art. 7). Y en seguida prueba esta tesis con dos argumentos fundados en hechos de experiencia. El primero se reduce al siguiente silogismo: el entendimiento, siendo potencia espiritual que para sus

actos no usa de órgano corpóreo, de ningún modo podría ser impedido en sus operaciones por lesión de algún órgano corpóreo, si no necesitase para actuarse de los actos de otras potencias que usan de órganos corpóreos, y de ellos usan las potencias sensitivas en la formación de sus actos y representaciones sensibles; es así que de hecho consta que impedido el acto de la imaginación por lesión orgánica, como en los frenéticos, y semejantemente impedido el acto de la memoria sensitiva, que es también orgánica, como en los aletargados, el entendimiento es impedido en sus operaciones: luego el entendimiento en el estado de la presente vida para entender en acto, no solo en la adquisición de nuevas ideas, sino también en el uso de las ya adquiridas, necesita del concurso de los actos de las potencias sensitivas, y por consiguiente del concurso de especies ó representaciones sensibles. *Et hoc duobus indiciis apparet. Primò quidem, quia cum intellectus sit vis quædam non utens corporali organo, nullo modo impediretur in suo actu per læsionem alicujus corporalis organi, si non requireretur ad ejus actum actus alicujus potentiæ utentis organo corporali. Utuntur autem organo corporali sensus et imaginatio, et aliæ vires pertinentes ad partem sensitivam. Unde manifestum est quòd ad hoc quòd intellectus actu intelligat, non solum accipiendo scientiam de novo, sed etiam utendo scientia jam acquisita, requiritur actus imaginationis et ceterarum virtutum. Videmus enim quòd impedito actu virtutis imaginatiæ per læsionem organi, ut in phreneticis, et similiter impedito actu memoratiæ virtutis, ut in lethargicis, impeditur homo ab intelligendo in actu etiam ea quorum scientiam prææcepit.* (Sum. theol. p. I, q. 84, art. 7). El segundo argumento se funda en lo que nos dice la experiencia interna, á saber, que cuando pensamos y queremos entender alguna cosa, se van formando en la imaginación una serie de representaciones sensibles, en las cuales se

reflejan los conceptos intelectuales que se van actuando en el entendimiento. Por esto cuando queremos dar á entender á alguno una cosa, aunque sea del orden insensible, le proponemos ejemplos, y usamos de comparaciones y analogías sacadas del orden corpóreo: de aquí también el casi continuo uso de metáforas y alegorías que dicen relación á cosas sensibles, mediante las cuales tratamos y explicamos aun las materias más insensibles y espirituales. *Secundò, quia hoc quilibet in seipso experiri potest; quòd quando aliquis conatur aliquid intelligere, format sibi aliqua phantasmata per modum exemplorum, in quibus quasi inspiciat quod intelligere studet. Et inde est etiam quòd quando aliquem volumus facere aliquid intelligere, proponimus ei exempla, ex quibus sibi phantasmata formare possit ad intelligendum.* (Ibi.).

No importa que de las cosas insensibles y espirituales, cuyas ideas poseemos, no pueda haber especies sensibles, que las representen exactamente; porque las hay que representan dichas cosas por vía de analogía y semejanza más ó menos remota: ó como dice el Angélico Maestro, conocemos las cosas incorpóreas por comparación á las corpóreas; y de aquí que cuando pensamos en aquellas resultan las representaciones sensibles de estas. *Incorporea, quorum non sunt phantasmata, cognoscuntur á nobis per comparisonem ad corpora sensibilia, quorum sunt phantasmata... Et ideo cùm de hujusmodi aliquid intelligimus, necesse habemus converti ad phantasmata corporum, licet ipsorum non sint phantasmata.* (Ibid. ad 3.^{um}).

Para entender esto de alguna manera débese advertir que hay una porción de conceptos, que son comunes al orden corpóreo y al incorpóreo, como los de sér, sustancia, unidad, causa, bondad, actividad, relación, etc. etc., cuyas razones objetivas son el fundamento de analogía entre las dos órdenes de cosas, conceptos que abstraídos por la virtud intelectual de nuestro entendimiento de los

objetos percibidos por los sentidos, nos sirven como de puente para pasar á la inteligencia y consideración de los objetos inmateriales; cuyas ideas formamos tomando por base aquellos conceptos, y removiendo las imperfecciones inherentes á las cosas corpóreas, y concibiendo con más eminencia sus perfecciones. Lo cual puede comprobarse por el análisis de los conceptos de las cosas incorpóreas, en los cuales vemos elementos sacados abstractivamente de los objetos sensibles, y remociones: por esta razón los conceptos de las cosas inmateriales, bien que en el fondo son positivos, se presentan con un doble carácter, positivo y negativo; el positivo es el elemento común á los objetos materiales, y el negativo la remoción de las imperfecciones inherentes á estos. Veamos esto en algunos ejemplos. El mismo concepto general de sustancia incorpórea ¿qué es? ¿Cómo concibo la sustancia incorpórea? como una sustancia, razón común á los objetos corpóreos, que siendo tal, *no* tiene aquellas propiedades, aquellos caracteres que observo tienen las sustancias corpóreas. ¿Cómo concibo el sér simple? como un sér que en su constitución *no* tiene partes: de modo que analizado el concepto de sér simple, hallo que está formado por el de sér, y por el de negación de partes, el primero común á los objetos corpóreos, que son también séres, y el segundo es una remoción de lo que observo hay en los cuerpos, que tienen partes. Y si concibo un sér simple que, además de *no* tener partes, *no* sea dependiente de la materia en el existir y en el obrar, (y las razones estas de dependencia, de existencia, y de operación convienen también á las cosas corpóreas), concibo entonces el sér espiritual; de modo que este concepto se forma con una remoción más, que eleva el objeto concebido más sobre la materia, y sobre el orden corpóreo. Y si continuando mi trabajo intelectual concibo este sér espiritual como *no* limitado, *no* mudable, *no* con-

tingente, *no* hecho, *no* acabable, es decir, le voy removiendo todas las imperfecciones, que observo en los objetos que constituyen el universo, y además le atribuyo todas las perfecciones que hay en ellos en grado eminente, y lo concibo como causa primera de todos ellos, habré formado el concepto de Dios. Este es nuestro modo connatural de entender: el hombre es un compuesto en su naturaleza de espíritu y materia, lazo que une en sí las dos órdenes, espiritual y corpóreo, punto de contacto de los dos mundos; en presencia de los objetos que le rodean é hieren sus sentidos, ventanas del alma por las que se comunica con el mundo sensible, los objetos de éste despiertan y excitan su actividad intelectual, la que ejercitándose sobre ellos abstrae los conceptos, que le sirven para construir el edificio natural de sus conocimientos. De aquí que el objeto propio y proporcionado de nuestro entendimiento son las naturalezas y las razones contenidas en las cosas materiales, por las que se eleva al conocimiento de las inmateriales. *Intellectus humani*, dice Santo Tomás, *qui est conjunctus corpori, proprium objectum est quidditas sive natura in materia corporali existens; et per hujusmodi naturas visibilium rerum, etiam in invisibilium rerum aliqualem cognitionem ascendit.* (Sum. theol. p. I, q. 84, art. 7.).

Nuestro insigne filósofo Balmes describe de la siguiente manera este mismo hecho psicológico del concurso de las representaciones sensibles en las operaciones de nuestro entendimiento. *La experiencia nos enseña de continuo que siempre que entendemos, se agitan en nuestra imaginación formas sensibles relativas al objeto que nos ocupa. Ya son las imágenes de la figura y color del objeto si éste los tiene; ya son las imágenes de aquellos con que se les puede comparar; ya son las palabras con que se expresa en la lengua que habitualmente hablamos. Así hasta pensando en Dios, en el acto mismo en que afirma-*

mos que es espíritu purísimo, se nos ofrece en la imaginación bajo una forma sensible. Si hablamos de la eternidad, vemos al Anciano de los días tal como lo hemos visto representado en los templos; si de la inteligencia infinita, nos imaginamos quizás un piélago de luz, si de la infinita misericordia, nos retratamos un semblante compasivo, si de la justicia un rostro airado. Al esforzarnos por concebir algo de la creación se nos representa un manantial de donde brotan la luz y la vida, así como la inmensidad la sensibilizamos también en una extensión sin límites... Apenas entendemos nada sin que entre como un elemento indispensable la idea de relación y ¿cómo se representa la relación? En la imaginación de mil maneras, como punto de contacto de dos objetos, como hilo que los une. (Filos. fund., libr. 4, cap. 4).

De todo lo expuesto se deduce con rigor lógico, que siendo el modo connatural de obrar nuestro entendimiento entender con concurso de representaciones sensibles, las visiones y locuciones puramente intelectuales, que experimentaba Santa Teresa de Jesús, estaban fuera del orden natural: eran hechos verificados en el alma de la Santa sin sujeción á las leyes, que regulan nuestro entendimiento en el ejercicio de su actividad. Luego eran producidos por el influjo de una causa superior y sobrenatural.

§ III.

Después de declarar nuestra mística Doctora la visión intelectual de la Sacratísima Humanidad de Cristo nuestro Señor, pasa á decir que esta visión se mudó en imaginaria. «Pasé algunos días, pocos, con esta visión »(la intelectual de Cristo) muy continúa, y hacíame tanto provecho, que no salía de oración: yaun cuanto hacía »procuraba fuese de suerte, que no descontentase al que

»claramente veía estaba por testigo; y aunque á veces
»temía con lo mucho que me decían, durábame poco el
»temor, porque el Señor me aseguraba. Estando un día
»en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos,
»con tan grandísima hermosura, que no lo podría yo en-
»carecer. Hízome gran temor, porque cualquier novedad
»me le hace grande á los principios de cualquiera merced
»sobrenatural, que el Señor me haga. Desde á pocos días
»ví también aquel divino rostro, que del todo me parece
»me dejó absorta. No podía yo entender por qué el Señor
»se mostraba así poco á poco, pues después me había
»de hacer merced que yo le viese del todo, hasta des-
»pués que he entendido que me iba su Majestad llevan-
»do conforme á mi flaqueza natural. Sea bendito por
»siempre, porque tanta gloria junta, tan bajo y ruin su-
»jeto no la pudiera sufrir, y como quien esto sabía, iba
»el piadoso Señor disponiendo... Sonlo tanto (*hermosos*)
»los cuerpos glorificados, que la gloria que traen consigo
»ver una cosa tan sobrenatural y hermosa, desatina; y
»ansí me hacía tanto temor, que toda me turbaba y al-
»borotaba, aunque después quedaba con certidumbre y
»seguridad, y con tales efetos, que presto se perdía el te-
»mor. Un día de S. Pablo, estando en misa, se me repre-
»sentó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta
»resucitado, con tanta hermosura y majestad, como par-
»ticularmente escribí á V. m. (*el confesor á quien dirigia*
»*la relación de su vida*) cuando mucho me lo mandó...
»Lo mejor que supe ya lo dije, y ansí no hay para qué
»tornarlo á decir aquí: solo digo que cuando otra cosa no
»hubiese para deleitar la vista en el cielo, sino la gran
»hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima
»gloria, en especial ver la Humanidad de Jesucristo Se-
»ñor nuestro, aun acá que se muestra su Majestad con-
»forme á lo que puede sufrir nuestra miseria, ¿qué será
»á donde del todo se goza tal bien? Esta visión, aunque

»es imaginaria, nunca la ví con los ojos corporales, ni
»ninguna sino con los ojos del alma... Y viene á veces
»con tan grande Majestad, que no hay quien pueda dudar
»sino que es el mesmo Señor... Aquí se representa bien
»qué será el día del juicio ver esta Majestad deste Rey
»y verle con rigor para los malos.» (*Vida, cap. 28*).
»Dos años y medio me duró, que muy ordinario me ha-
»cía Dios esta merced.» (*Vida, cap. 29*).

Ahora bien ¿pudo esta visión ser producto de las fuer-
zas naturales de la imaginación de Santa Teresa de Je-
sús? De ninguna manera. Bueno es advertir que, según
ella misma confiesa, su imaginación no tenía mucha ap-
titud natural para esta clase de representaciones. «No
»me dió Dios talento de discurrir con el entendimiento, ni
»de aprovecharme con la imaginación, que la tengo tan
»torpe, que aun para pensar y representar en mí, como
»lo procuraba hacer, la humanidad del Señor, nunca
»acababa.» (*Vida, cap. 4*). Pues bien, ella que tal ex-
periencia tenía de su imaginación, con tan vivos colores
percibía aquella visión imaginaria de Cristo, y con tales
caracteres y circunstancias, que no podía dejar de estar
persuadida de que era del todo sobrenatural. Y fácil será
á nosotros persuadirnos también de ello, si considera-
mos las leyes por las que se rige la imaginación en la
formación de sus representaciones. Esta facultad recibe
las especies ó representaciones sensibles de los objetos
que han impresionado los sentidos, las conserva *in habi-
tu*, y las reproduce *in actu*, ya por efecto de alguna cau-
sa orgánica interna, ya con ocasión de sensaciones ac-
tuales, con las cuales las especies conservadas en la ima-
ginación tengan alguna relación ó asociación, ya por
influjo del entendimiento y de la voluntad. Además, ó
reproduce simplemente las especies sensibles, es decir,
las actúa tales como las recibió de los sentidos, represen-
tando así los objetos de la misma manera que se ofrecie-

ron á los sentidos, ó bien las combina de mil maneras, á veces extravagantes, produciendo de este modo representaciones de objetos que no se percibieron. Así, por ejemplo, de las representaciones sensibles de mar y de leche, que recibí por medio de los sentidos, unidas y combinadas puedo yo formar en mi fantasía la imagen ó representación sensible de un mar de leche, que no he visto con mis ojos. Pero adviértase bien, que jamás se pasará de aquí; es decir, que todas las representaciones de la imaginación han de constar de elementos procedentes de los sentidos; pues el oficio propio de la imaginación, derivado de su naturaleza misma, es recibir y conservar las especies sensibles de los objetos que impresionaron los sentidos. Luego no puede inventar ninguna especie nueva; en todas sus producciones y combinaciones, debe echar mano precisamente de elementos derivadós de los sentidos: y esto se verifica aun en los casos de mayor desarreglo y estravío de la facultad: como que ésta no puede cambiar su naturaleza.

Esto mismo se confirma por la experiencia. Como la luz más fuerte que ha impresionado nuestra vista es la del sol, jamás imaginaremos naturalmente otra mayor y más brillante: podemos decir que hay estrellas más luminosas que nuestro sol, podemos suponer una luz que sea el doble, el triple y así indefinidamente más resplandeciente que la del astro del día. Empero todas estas suposiciones son obra de nuestro entendimiento, que en presencia de la representación sensible de la luz del sol, ó, usando el lenguaje filosófico de Santo Tomás, convertido al fantasma de la luz del sol, forma un concepto intelectual, por via de mera afirmación, de la posibilidad ó existencia de una luz más fuerte y hermosa que la del sol: pero imagen sensible de esta luz mayor no será posible formarla naturalmente en nuestra imaginación, mientras no venga un aparato óptico bastante

poderoso para percibir por su medio esta luz en alguna estrella del firmamento, y pueda resistirla nuestra vista. Y esto prueba, sea dicho de paso, la distinción entre el entendimiento y la imaginación, y la superioridad de aquel sobre ésta. Un pintor de gran ingenio se propone trasladar al lienzo una bella imagen. Su imaginación, facultad tan necesaria para las obras artísticas, es privilegiada; conserva con claridad y viveza las diferentes especies sensibles que ha ido adquiriendo sucesivamente por los sentidos, tiene además facilidad y destreza sumas en combinarlas. Pues bien, bajo la dirección de su entendimiento, en el cual brilla el concepto de la belleza ideal, y que aplica al género presente, va escogiendo de entre todas las especies sensibles de belleza corporal, y de entre todas las sensibles representativas, por vía de semejanza y analogía, de bellezas morales é intelectuales, aquellas que reunidas y combinadas pueden dar la representación de la imagen que se propone pintar. Empero entre todos los elementos que ha reunido y combinado, no hay uno siquiera, que no haya recibido por ministerio de los sentidos. De aquí es que un ciego de nacimiento no imaginará en toda su vida un color cualquiera, por más que oiga hablar continuamente de colores, ni un sordo de nacimiento un sonido.

Ahora bien, la representación sensible de Cristo en la imaginación de Teresa de Jesús, tal como ella la describe, contiene elementos que no podían haberse derivado de sus sentidos: luego aquella visión no era producto de las fuerzas naturales de su imaginación: luego era sobrenaturalmente infusa. Que realmente la visión contenía elementos no derivados de los sentidos, se manifiesta con toda claridad por lo que la Santa continúa diciendo de ella describiendo más detalles y circunstancias. Refiere que á los principios le acaecía á veces, después de pasada la visión, no en el acto de ella, lo que es muy de

notar, si sería que se le había antojado; y añade lo siguiente: «Mas el Señor se dió tanta priesa á hacerme »esta merced y declarar esta verdad, que bien presto se »me quitó la duda de si era antojo, y después veo muy »claro mi bobería; porque si estuviera muchos años ima- »ginando como figurar cosa tan hermosa, no pudiera ni »supiera, porque excede á todo lo que acá se puede ima- »ginar, aun sola la blancura y resplandor. No es res- »plandor que deslumbre, sino una blancura suave, y el »resplandor infuso, que dá deleite grandísimo á la vista; »y no la cansa, ni la claridad que se ve, para ver esta »hermosura tan divina. Es una luz tan diferente de la »de acá, que parece una cosa tan deslustrada la claridad »del sol que vemos, en comparación de aquella claridad »y luz que se representa á la vista, que no se querrían »abrir los ojos después. Es como ver una agua muy clara, »que corre sobre cristal, y reverbera en ella el sol, á una »muy turbia y con gran nublado, y que corre por encima »de la tierra. No porque se le representa sol, ni la luz es »como la del sol, parece en fin luz natural, y esta otra »cosa artificial... En fin es de suerte, que por grande »entendimiento que una persona tuviese, en todos los »días de su vida podría imaginar cómo es; y pónela Dios »delante tan presto, que aun no hubiera lugar para »abrir los ojos, si fuera menester abrirlos; mas no hace »más estar abiertos que cerrados, cuando el Señor quiere, »que aunque no queramos se ve. No hay divertimiento »que baste, ni hay poder resistir, ni basta diligencia ni »cuidado para ello. Esto tengo yo bien experimenta- »do.» (*Vida, cap. 28*).

Á más de ésta tuvo la Santa otras visiones imagina-
rias, entre las cuales fué una muy misteriosa la del lu-
gar, que le estaba preparado en el infierno. «Ello fué,
»dice, en brevísimo espacio; mas aunque yo viviese mu-
»chos años, me parece imposible olvidárseme.» Y entre

otras cosas terribles de tormentos cuenta: «Sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y (según dicen los médicos) los mayores que se pueden acá pasar..., no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar.» (*Vida, cap. 52*). Adviértase aquí lo que en otra parte tengo advertido, esto es, que la Santa no tuvo jamás conciencia de pecado mortal: por consiguiente en aquella visión del infierno se le mostró el lugar no que de hecho hubiese ya merecido, sino que hubiera venido á merecer por el camino que llevaba, si no se hubiese apartado de las ocasiones y tratos en que estaba, cuando las épocas de su tibieza, tratos, que si por entonces no eran para Teresa ocasión próxima de pecado mortal, con el tiempo lo hubieran sido, si Dios por su infinita misericordia no la hubiese sacado de peligros. Tuvo la Santa muchas otras visiones ya imaginarias, ya intelectuales. Vió muchas veces á Jesucristo, á la Santísima Virgen, á S. José, á los apóstoles S. Pedro y San Pablo, y á otros Santos y ángeles. Vió almas salir del purgatorio, otras ir al infierno, otras que estaban en pecado mortal. Vió en el cielo las almas de su padre y de su madre; y tuvo por fin otras muchas visiones.

§ IV.

Vengamos ahora á las grandes y sublimes revelaciones é inteligencias de verdades altísimas, con que Dios enriqueció el alma dichosa de la seráfica Santa Teresa de Jesús. Esta privilegiada alma se veía inundada de luz sobrenatural, con la cual la Eterna Verdad la elevaba por encima de todas las cosas terrenas al conocimiento de sublimísimas verdades. Ya le comunicaba inteligencia

de sus atributos divinos, ya del misterio augusto de la adorable Trinidad, del de la Encarnación y otros, ya de los secretos de la gloria celestial. Parece que el Señor nada tenía cerrado, sino todo abierto á esta su queridísima esposa. En la dificultad de referir aquí todas estas mercedes, pondré solo algunas, para que se forme alguna idea de las luces sobrenaturales que inundaban el alma de Teresa.

«Andando más el tiempo me ha acaecido y acaece esto algunas veces, ibame el Señor mostrando más grandes secretos; porque querer ver el alma más de lo que se le representa, no hay ningún remedio, ni es posible, y ansí no veía más de lo que cada vez quería el Señor mostrarme. Era tanto, que lo menos bastaba para que dar espantada, y muy aprovechada el alma para estimar y tener en poco todas las cosas de la vida. Quisiera yo poder dar á entender algo de lo menos que entendía, y pensando cómo pueda ser, hallo que es imposible.»
(*Vida, cap. 58*).

«Estando una vez en oración, se me representó muy en breve (sin ver cosa formada, mas fué una representación con toda claridad) cómo se ven en Dios todas las cosas, y cómo las tiene todas en sí. Saber escribir esto yo no lo sé, mas quedó muy imprimido en mi alma, y es una de las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, y de las que más me han hecho confundir y avergonzar, acordándome de los pecados que he hecho... Digamos ser la Divinidad como un muy claro diamante, muy mayor que todo el mundo..., y que todo lo que hacemos se vé en este diamante, siendo de manera que él encierra todo en sí, porque no hay nada que salga fuera de esta grandeza. Cosa espantosa me fué en tan breve espacio ver tantas cosas juntas aquí en este claro diamante, y lastimosísima cada vez que se me acuerda, ver qué cosas tan feas se representaban en

»aquella limpieza de claridad, como eran mis pecados...
 »Ví cuán bien se merece el infierno por una sola culpa
 »mortal, porque no se puede entender cuán gravísima
 »cosa es hacerla delante de tan gran Majestad, y que tan
 »fuera de quien Él es son cosas semejantes; y así se
 »ve más su misericordia, pues entendiendo nosotros
 »todo esto nos sufre.» (*Vida, cap. 40*).

«El martes después de la Ascensión, habiendo estado
 »un rato en oración después de comulgar con pena, por-
 »que me divertía de manera que no podía estar en una
 »cosa, quejábame al Señor de nuestro miserable na-
 »tural. Comenzó á inflamarse mi alma pareciéndome
 »que claramente entendía tener presente á toda la Santí-
 »sima Trinidad en visión intelectual, á donde entendió
 »mi alma por cierta manera de representación como figu-
 »ra de la verdad, para que lo pudiese entender mi torpe-
 »za, cómo es Dios Trino y Uno; y así me parecía ha-
 »blarme todas tres personas, y que se representaban
 »dentro de mi alma distintamente, diciéndome que des-
 »de este día vería mejoría en mí en tres cosas, que cada
 »una destas Personas me hacía merced; en la caridad,
 »en padecer con contento, en sentir esta caridad con en-
 »cendimiento en el alma. Entendí aquellas palabras que
 »dice el Señor que estarán con el alma que está en gra-
 »cia las tres divinas Personas... Parece quedaron en mi
 »alma tan imprimidas aquellas tres Personas que ví,
 »siendo un solo Dios, que á durar así, imposible sería
 »dejar de estar recogida con tan divina compañía.»
 (*Apéndice á su vida*).

Estando en la fundación de Sevilla escribió lo siguien-
 te, que refiere el P. Yepes, confesor suyo, en la vida
 que escribió de la Santa, cap. 18. «Estando una vez con
 »esta presencia de las tres Personas que traigo en el al-
 »ma, era con tanta luz, que no podía dudar el estar allí
 »Dios vivo y verdadero; y allí se me daban cosas á en-

»tender, que no las sabré decir; entre ellas, como había
»la Persona del Hijo tomado carne, y no las demás.»

«Una vez estando en oración me mostró por una ma-
»nera de visión intelectual, cómo estaba el alma que está
»en gracia, en cuya compañía vi por visión intelectual la
»Santísima Trinidad, de cuya compañía venía á aquel
»alma un poder que señoreaba toda la tierra. Dierón-
»seme á entender aquellas palabras de los Cantares que
»dicen: *Dilectus meus descendit in hortum suum*. Mostró-
»me también cómo está el alma que está en pecado, sin
»ningun poder, sino como una persona que estuviese
»del todo atada y liada, y atapados los ojos, que aunque
»quiere ver, no puede, ni andar, ni oír, y en gran escu-
»ridad. Hiciéronme tanta lástima las almas que están
»ansí, que cualquier trabajo me parece ligero por librar
una.» (*Adición*).

«Fué tan arrebatado mi espíritu que casi me pareció
»estaba del todo fuera del cuerpo, al menos no se en-
»tiende cómo se vive en él (1). Vi á la Humanidad sa-
»cratísima con más excesiva gloria que jamás la había
»visto. Representóseme por una noticia admirable y
»clara, estar metido en los pechos del Padre, y esto no
»sabré yo decir cómo es, porque sin ver (me pareció)
»me ví presente de aquella Divinidad... Esta mesma vi-
»sión he visto otras tres veces: es á mi parecer la más
»subida visión que el Señor me ha hecho merced que
»vea, y trae consigo grandísimos provechos. Parece que
»purifica el alma en gran manera, y quita la fuerza casi
»del todo á esta nuestra sensualidad... Hace un espanto

(1) S. Pablo, hablando de su sublime raptó, dice: *Sive in corpore nescio, sive extra corpus nescio, Deus scit.* (II Cor. XII, 2). Sin embargo, Santo Tomás dice que el alma de S. Pablo no dejó de informar el cuerpo; hubo solo enagenación de los sentidos. (Sum. theol. 2.^a 2.^{ae}, q. 175, art. 5). Lo mismo debe decirse de Santa Teresa.

»al alma grande de ver cómo osó, ni puede nadie osar
 »ofender una Majestad tan grandísima... Cuando yo me
 »llegaba á comulgar y me acordaba de aquella Majestad
 »grandísima que había visto, y miraba que era el que
 »estaba en el Santísimo Sacramento (y muchas veces
 »quiere el Señor que le vea en la Hostia) los cabellos se
 »me espeluzaban, y toda parecía me aniquilaba.» (*Vida,*
cap. 58).

«Estando una vez en oración era tanto el deleite que
 »en mí sentía, que como indigna de tal bien, comencé á
 »pensar en cómo merecía mejor estar en el lugar que yo
 »había visto estar para mí en el infierno, que como he
 »dicho, nunca olvido de la manera que allí me ví. Co-
 »menzóse con esta consideración á inflamar más mi
 »alma, y vínome un arrobamiento de espíritu de suerte
 »que yo no lo sé decir. Parecióme estar metida y llena
 »de aquella Majestad que he entendido otras veces. En
 »esta Majestad se me dió á entender una verdad que es
 »cumplimiento de todas las verdades... Díjome: *Ay, hija,*
 »*qué pocos me aman con verdad, que si me amasen no les*
 »*encubriría mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad?*
 »*Entender que todo es mentira lo que no es agradable á*
 »*mi, con claridad verás esto que ahora no entiendes en lo*
 »*que aprovecha á tu alma.* Y así lo he visto, sea el Se-
 »ñor alabado, que después acá tanta vanidad y mentira
 »me parece lo que yo no veo va guiado al servicio de
 »Dios, que no lo sabría yo decir cómo lo entiendo, y la
 »lástima que me hacen los que veo con la escuridad que
 »están en esta verdad... Quedóme muy gran gana de
 »no hablar sino cosas muy verdaderas... Paréceme que
 »sin entender cómo, me dió el Señor aquí mucho; no
 »me quedó ninguna sospecha de que era ilusión...: en-
 »tendí grandísimas verdades sobre esta Verdad, más que
 »si muchos letrados me lo hubieran enseñado... Esta
 »Verdad que digo se me dió á entender es en sí misma

»verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás
 »verdades depende de esta Verdad, como todos los de-
 »más amores deste amor, y todas las demás grandezas
 »desta grandeza; aunque esto va dicho escuro para la
 »claridad con que á mí el Señor quiso se me diese á en-
 »tender.» (*Vida, cap. 40*).

Del simple relato de las mercedes que anteceden apa-
 recen estas con un sello tan visible de sobrenaturalismo,
 que no es posible dejar de reconocerlo, y de confesar que
 no padece ilusión la Santa al creer que eran mercedes
 verdaderamente sobrenaturales. En efecto, según se
 ha explicado en otra parte (cap. 3, § III), nuestro enten-
 dimiento es naturalmente discursivo; al dirigirse á la
 adquisición de alguna verdad, ó á la mayor inteligencia
 de las que tiene de alguna manera conocidas, necesita
 emplear el discurso, que esencialmente consiste en el
 tránsito de unas verdades á otras; y por lo tanto gradual
 y sucesivamente se mueve en la investigación de la ver-
 dad, partiendo de lo primeramente conocido á lo desco-
 nocido ó menos conocido, usando de los medios ó crite-
 rios que están ordenados para esto, proporcionados á los
 diferentes órdenes de cosas, que son objeto de la activi-
 dad intelectual. Ahora bien, nuestra Santa, que por una
 parte no se había dedicado á estudios filosóficos y teo-
 lógicos, y por otra confiesa con ingenuidad, «en cosas
 »del cielo ni en cosas subidas era mi entendimiento tan
 »grosero, que jamás por jamás las puede imaginar, has-
 »ta que por otro modo el Señor me las representó, (*Vida,*
cap. 9), sin procurarlo, se veía de repente iluminada por
 una luz que veía bien no procedía de su natural; y en
 brevísimo tiempo sin discurso alguno entendía con ma-
 ravillosa claridad verdades altísimas y misterios profun-
 dos del Sér divino. «Todo lo hace Dios, dice ella, que
 »muestra su Majestad estas verdades de manera que que-
 »den tan imprimidas que se vé claro no lo pudiéramos

»por nosotros de aquella manera en tan breve tiempo
»adquirir.» (*Vida, cap. 58*). En otra parte (*cap. 27*)
dice: «Todo lo halla guisado (*el entendimiento*) y comido,
»no hay más que hacer de gozar; como uno que sin de-
»prender ni haber trabajado nada para saber leer, ni tam-
»poco hubiese estudiado nada, hallase toda la ciencia sa-
»bida ya en sí, si saber cómo, ni donde, pues aun nunca
»había trabajado, aun para deprender el A, B, C. Esta
»comparación postrera me parece declara algo deste don
»celestial: porque se vé el alma en un punto sabia, y tan
»declarado el misterio de la Santísima Trinidad y de otras
»cosas muy subidas, que no hay teólogo con quien no
»se atreviese á disputar la verdad destas grandezas. Qué-
»dase tan espantada, que basta una merced destas para
»trocar toda un alma y hacerla no amar cosa sino á
»quien vé, que sin trabajo ninguno suyo la hace capaz
»de tan grandes bienes, y le comunica secretos, y trata
»con ella con tanta amistad y amor, que no se sufre es-
»cribir.» Una vez la Santa dijo al P. Yepes, de quien
antes se ha hablado, y lo refiere en la vida que de la mis-
ma escribió, que en un rayo velocísimo de luz que pasó
por su entendimiento, había entendido más verdades de
cosas altísimas de Dios, que si mil años le enseñaran
grandes teólogos. Es indudable, pues, que una luz so-
brenaturalmente infusa, sin ser el *lumen gloriæ*, añadi-
da á la luz ordinaria de la fe, le ponía de manifiesto con
especial claridad los profundos arcanos del Sér divino, y
los secretos de la patria celestial.

CAPÍTULO VI.

Los hechos extraordinarios, que se manifestaron en Santa Teresa de Jesús, no fueron efectos de la causa que produce los fenómenos del espiritismo.

§ I.

Antes de pasar adelante en nuestro camino, hagamos una pequeña detencion. Algo fatigado estará quizá nuestro espíritu después de recorrer con la consideracion las altas regiones de luz y de amor, en que vivia nuestra seráfica Teresa; para lo cual ha tenido que hacer regulares esfuerzos para representarse cosas, que están muy por encima de aquellas, en que ordinariamente se ocupa, y sobre las cuales discurre y acostumbra ejercitar su actividad. Echemos entre tanto una mirada retrospectiva. En cuanto lo ha permitido la pobreza de mi ingenio, he procurado, con el orden que me ha parecido más conveniente y proporcionado á mi intento, presentar ante la vista de mis lectores el gran cuadro de las operaciones y hechos sobrenaturales extraordinarios, que sucesivamente se fueron manifestando en la insigne virgen Santa Teresa de Jesús, desde los primeros grados de oracion infusa hasta la sublimísima union del matrimonio espiritual, y desde las hablas interiores hasta la inteligencia luminosa de los más escondidos secretos del Sér divino. Ella misma con admirable sencillez y distincion, que revelan el conocimiento exacto y profundo de las funciones y actos de su alma, y su gran fuerza de reflexion psicológica, nos ha ido describiendo y declarando minuciosamente los diferentes estados, por los que fué pasando su alma privilegiada. Examinando y sujetando á riguroso análisis los datos, que ella nos ha proporcionado, á la luz de los sanos principios de la filosofía y de la teología, y paran-

gonándolos con las leyes, por las que se rigen nuestras facultades en la formación de sus actos, nos ha sido preciso confesar que aquellas operaciones y aquellos hechos no procedían de las fuerzas naturales de su alma; y por lo tanto que deben reconocerse efectos de la acción de una causa superior, que en ella obraba.

Empero ¿está hecho todo? ¿Podemos dar por terminado aquí nuestro trabajo? ¿Quedarán con lo dicho desarmados completamente los adversarios de la existencia de lo sobrenatural? Quizás recordando los hechos extraordinarios, con los que en nuestros días el espiritismo sorprende á los hombres, dirán que los efectos, que en sí experimentaba Santa Teresa, no eran ni más ni menos que manifestaciones espiritistas. Y para decir esto quizás se apoyarán en la semejanza que les parecerá encontrar entre unos fenómenos y los otros. Con lo que acabo de indicar puédesse ya conocer lo que me falta decir y exponer para llegar á la conclusión final, esto es, á la afirmación demostrada de que en Santa Teresa de Jesús obraba el verdadero sobrenatural divino, y por consiguiente de que existe verdaderamente lo sobrenatural. Me toca, pues, probar que no hay identidad ni semejanza real entre los fenómenos espiritistas y los efectos extraordinarios, que se manifestaron en Santa Teresa, y que hemos considerado en los capítulos anteriores, sino que se oponen *toto celo*; y por lo tanto que sus respectivas causas son diametralmente opuestas.

Veamos ante todo en qué consiste la aparente semejanza entre unos y otros fenómenos. En las prácticas espiritistas el sonámbulo ó el medium pierde el uso de los sentidos exteriores, y en este estado adquiere conocimientos nuevos, conoce cosas distantes y ocultas, habla lenguas desconocidas para él, adquiere conocimiento como intuitivo de las enfermedades, de sus causas y remedios. Además, se verifican locuciones, se dan respuestas

á lo que se pregunta por medio de golpes, por escrito ó por otros signos; se levantan, suspenden en el aire y trasladan de un lugar á otro cuerpos humanos y otros aunque sean de mucho peso; hay apariciones de figuras humanas, y tocamientos más ó menos agradables por seres visibles ó invisibles; aparecen luces, se oyen ruidos y sonidos, y se producen otros hechos semejantes. Hasta hay mediums á quienes aparece habitualmente un sér extraño, con el cual tienen comunicacion y consultan sus cosas.

Entremos de lleno en el examen de la cuestion. En primer lugar, adviértase bien que en la produccion de los fenómenos extraordinarios de Santa Teresa no intervenian los procedimientos que acostumbran usarse para producir los fenómenos espiritistas: se verificaban sin procurarlos ni intentarlos ella. Además, el que se fije un poco en la relacion que de sus hechos sobrenaturales hace la Santa, y en la que hacen de los fenómenos espiritistas los que los han presenciado y los diferentes escritores, tanto de la secta, como los que no lo son, que se han ocupado en ellos, no podrá menos que advertir la enorme diferencia que existe entre ellos, atendiendo sólo á su materialidad, digámoslo así, y que revelan ya muy distinto origen. ¿Qué tienen que ver los extravagantes, groseros y desordenados fenómenos espiritistas con aquella alta y suave oracion infusa, en que dulcemente gozaba el alma pura y cándida de Teresa? ¿con aquellos sublimes éxtasis y arrobamientos, en los cuales tanto se engrandecía y fortificaba su espíritu? ¿con aquellas ordenadas y celestiales visiones, con aquellos ímpetus de amor divino, con aquellas inteligencias de altísimas y divinas verdades?

Pero veamos cuál es la causa de los fenómenos espiritistas, cuál es el agente que interviene en ellos. Mucho se ha agitado esta cuestion: varias las opiniones de los

hombres de ciencia, mayormente en sus principios, cuando se dieron á conocer con el nombre de magnetismo animal. Quien negaba la existencia de los hechos, ó los atribuía al fraude ó á ilusiones de la imaginacion; quien á un flúido puesto en accion; quien á fuerzas del alma humana latentes en el estado ordinario, y desarrolladas por los procedimientos magnéticos; y quien desde luego á la influencia é intervencion de agentes espirituales distintos del alma humana unida al cuerpo. Moderadamente, después de multiplicadas experiencias atestiguadas por muchedumbre de personas de todas condiciones, no es posible negar la existencia de los hechos espiritistas, ni atribuirlos todos, á lo menos los más sorprendentes, al fraude ó á ilusiones de la imaginacion. Con todo, á los que todavía sigan esas opiniones de nada puede servirles el espiritismo para combatir lo sobrenatural de Santa Teresa; pues de todo lo dicho en los capítulos anteriores se deduce que aquellos hechos eran bien reales, y de ningun modo ilusiones de la Santa, ni producto natural de las facultades de su alma. Sólo admitiendo la realidad de los fenómenos espiritistas se puede con ocasion de ellos mover alguna aparente dificultad. Sobre este supuesto, pues, continuaremos nuestros raciocinios.

Admitida la realidad de los fenómenos extraordinarios espiritistas ¿cuál es su verdadera causa? Examinemos las opiniones indicadas. No pueden ser atribuidos á la virtud de algún flúido; porque este flúido por sutil que se suponga, por activo que se admita, es material; y una causa material no es proporcionada para producir efectos inteligentes, como son muchos de los que se verifican en las prácticas espiritistas, que por lo mismo revelan la accion de un sér inteligente. Ni tampoco pueden atribuirse á fuerzas latentes del alma humana; porque es una suposicion gratuita destituida de todo funda-

mento racional. Además, desarrolle cómo y cuánto quiera sus fuerzas el alma, como el modo de obrar es conforme al modo de ser, según enseña la filosofía, ha de obrar siempre sujeta á las condiciones en que se encuentra en esta vida, procedentes de su unión sustancial, natural y personal con el cuerpo, y por lo tanto con el concurso de las fuerzas sensitivas y orgánicas, y sujetándose en la adquisición de los conocimientos á leyes y reglas determinadas, mientras un agente superior no la haga obrar de otra manera: no pudiendo tampoco el alma obrar por sí inmediatamente sobre los cuerpos exteriores, sino mediante los miembros del propio cuerpo que informa, y en proporción á las fuerzas orgánicas de éste. Ahora bien, hay muchos fenómenos en el espiritismo que son de todo punto incompatibles con las condiciones indicadas, como conocer cosas ocultas y distantes, hablar lenguas desconocidas al sujeto, levantar y suspender en el aire grandes pesos, y otros.

De aquí que hoy día se reconoce ya generalmente que dichos fenómenos son debidos á la acción de sustancias espirituales distintas del alma humana unida al cuerpo, á espíritus: por esto lo que antes se llamaba magnetismo animal, se llama hoy espiritismo. Sólo resta averiguar qué espíritus toman parte en dichos fenómenos y operaciones.

¿Son las almas de los difuntos, según es opinion muy recibida entre los sectarios del espiritismo? De ninguna manera: ellas están en manos de Dios en sus lugares correspondientes gozando ó penando, según el estado en que salieron de sus respectivos cuerpos: y no puede depender de un cualquiera, que se llama medium, presentarlas en espectáculo á la insensata curiosidad de los vivientes. Además, según enseña Santo Tomás (*Sum. theol. Suple. p. III, q. 69, art. 5*), las almas separadas de sus cuerpos no pueden naturalmente comunicarse con

los vivos; porque ignoran lo que pasa entre ellos (*Sum. theol. p. I, q. 89, art. 8*). Y la razón es, porque dado el grado de fuerza intelectual del alma humana, inferior á la del ángel, y ordenada además el alma á informar materia, debe conocer las cosas del mundo corpóreo por medio de la impresión que estas ejercen en los sentidos, que son sus medios naturales de comunicarse con el mundo visible; mas los sentidos son potencias orgánicas, que el alma no tiene en acto estando separada del cuerpo; pues aunque conserve la fuerza sensitiva en sí misma, porque radica en ella, no puede ejercitarla por falta de órganos, que reciban impresiones corpóreas. Las almas separadas, si conocen algo singular de este mundo, fuera del conocimiento que se llevaron adquirido en esta vida, ha de ser por revelación de Dios, como las almas de los bienaventurados en la esencia divina, que contemplan intuitivamente, ven lo que les conviene saber de las cosas de este mundo. De modo que la comunicación de cualquier alma separada con los vivos es un verdadero milagro: y nadie dirá que Dios haya dado á los mediums espiritistas el don de milagros para diversión y entretenimiento de las personas curiosas. Dicen algunos espiritistas que el alma, aunque separada del cuerpo, queda sin embargo envuelta en no sé qué cuerpo muy sutil, lo que basta para poderse comunicar con los vivos: mas esta afirmación, prescindiendo aun de que es del todo gratuita sin fundarse en razón alguna, repugna á la naturaleza del hombre, la cual consta esencialmente de espíritu y materia unidos en unidad de sustancia y persona, informando por lo tanto inmediatamente y por sí misma el alma, que es espíritu, la materia del cuerpo. Por la muerte se destruye este compuesto humano; queda de un lado la materia convertida en cadáver, y de otro el alma espíritu solo.

No son, pues, las almas de los difuntos los agentes

productores de los fenómenos espiritistas. ¿Qué espíritus serán? ¿Será Dios por sí mismo ó por ministerio de los ángeles buenos, ó bien serán los ángeles malos, es decir, los demonios? Los efectos nos lo dirán; pues los efectos manifiestan la condicion de la causa. Ahora bien, los efectos de las operaciones espiritistas son malos; luego proceden de los espíritus malos ó sea demonios. No se puede afirmar, sin incurrir en blasfemia, que Dios por sí mismo ó por ministerio de los ángeles buenos, los cuales siempre obran en cumplimiento de las órdenes de Dios, sea el autor de los fenómenos espiritistas. Es absurdo decir que Dios se presenta en espectáculo al arbitrio y antojo de una mujerzuela ó de un medium cualquiera, que nada tienen de santos, para diversión y entretenimiento de personas curiosas. Las respuestas que esos espíritus dan son muchas veces horribles herejías en oposición á lo que Dios ha revelado y enseña por su Santa Iglesia. En una sesión espiritista tenida en Francia en 1854, el espíritu evocado respondió: *El cielo es una cosa imaginaria: la muerte es nada: los malos no serán separados de los buenos.*

Los efectos que causan las prácticas espiritistas son desastrosos para las almas y para los cuerpos, para la paz doméstica y social. Consta de las estadísticas que cuanto más se propaga el espiritismo, más se llenan los manicomios de víctimas suyas: la horrible frecuencia de los suicidios reconoce por una de sus causas esas funestas prácticas. Entre los años de 1850 á 1860, en que el espiritismo se manifestó con furor en los Estados-Unidos, los diarios de aquella república americana referían incesantemente casos de locura y de suicidio ocasionados por el comercio con los espíritus. Los médicos atestiguan que las comunicaciones espiritistas son un manantial de crueles enfermedades, algunas misteriosas, desconocidas á la ciencia, y frecuentemente incurables. ¡Cuántas

familias deben su desunión y sus desgracias al espiritismo! En Italia los espíritus preguntados respondieron á una familia que dos niños de la casa eran bastardos; y he ahí á una esposa quizás inocente deshonrada, y á dos ó tres familias enemistadas quizás para siempre. ¡Cuántas pasiones innobles ha excitado! ¡cuántos vicios ha sancionado! Una joven salida de una sesión espiritista juró que jamás tomaría marido, y preguntada por sus amigas el por qué respondió con unos motivos que hacen erizar los cabellos. ¡Cuántas doctrinas antisociales han recomendado esos espíritus! En una sesión respondieron que debía procederse á la repartición de las propiedades.

No puede haber duda: es el demonio el agente que interviene en los fenómenos espiritistas. Lo cual nada tiene de extraño; pues sabemos por la Sagrada Escritura y por la historia que Dios, por sus profundos juicios, ha permitido á veces al demonio obrar efectos en la naturaleza é intervenir en las cosas humanas. Así pues, no es otra cosa el espiritismo moderno que la antigua magia con todo su innoble cortejo de supersticiones, inmoralidades y crímenes, resucitada en nuestros tiempos con nuevo aparato y nuevos nombres, para vergüenza y humillación de nuestra soberbia sociedad, la cual, mientras rechaza de sí el noble y suave yugo de la ley de Cristo nuestro Dios y Redentor, que la eleva y engrandece, en justísimo castigo, por permisión del Señor ultrajado, vá cayendo cada día más bajo el vergonzoso y tiránico yugo del espíritu de las tinieblas, que la degrada y disuelve.

Ya los espiritistas más avanzados, ó más sinceros, lo confiesan descaradamente, teniendo á grande honor contraer amistosas relaciones con el enemigo de Dios y del género humano: de modo que el espiritismo va apareciendo ya como verdadero satanismo. No obsta que los espíritus aparezcan diciéndose almas de los difuntos tales ó cuales, porque ya sabemos que el demo-

nio es padre de la mentira, y la usa admirablemente para engañar á los incautos: ni importa que alguna vez digan alguna verdad ó den un buen consejo, porque tambien sabemos que á veces el espíritu de las tinieblas se trasforma en ángel de luz, para hacer pasar muchas mentiras con el pasaporte de alguna verdad. Nuestra cuestión, pues, queda planteada así: ¿en Santa Teresa de Jesús obraba el verdadero sobrenatural divino, ó el preternatural diabólico? La cuestion no es difícil de resolver en favor del verdadero sobrenatural divino.

§ II.

Advierto ante todo que si Dios por sus inescrutables juicios permite al espíritu maligno intervenir en las cosas humanas, su divina Providencia hace que el que no quiere ser engañado tenga á la mano medios de discernir las operaciones diabólicas de las operaciones divinas; pues repugna á su bondad infinita dejar al hombre que sea invenciblemente engañado en cosa de tanta importancia, y arrastrado por el demonio á la perdición eterna. Así, si en nuestros tiempos permite los progresos del espiritismo, en cambio, y como en contrapeso, hace más ostensible muestra del verdadero sobrenatural; como lo prueban entre otros ejemplos la Saleta y Lourdes. Supuesto esto, veamos las señales del verdadero sobrenatural en Santa Teresa, y como realmente no fué víctima de los engaños del demonio.

Estaba ella ante todo muy firmemente adherida á la santa fe católica, en defensa de la cual, niña todavía, deseaba derramar su sangre, y por una de cuyas ceremonias en la celebracion de los divinos misterios afirmaría gustosa la vida. En todas las influencias sobrenaturales que experimentó, jamás fué inducida á alguna cosa que fuese contra la doctrina de la Santa Iglesia, ni

contra sus leyes. Como se llegase á entender que acerca de la reforma de la religión carmelitana que proyectaba, habia tenido ella alguna revelación, algunas personas «iban á mí, dice la Santa, con mucho miedo á decirme »que andaban los tiempos recios, y que podria ser me »levantasen algo y fuesen á los inquisidores. A mí me »cayó esto en gracia, y me hizo reir, porque en este »caso jamás yo temí, que sabia bien de mí que en cosa »de la fe contra la menor ceremonia de la Iglesia, que »alguien viese yo iba por ella ó por cualquier verdad de »la Sagrada Escritura, me pornia yo á morir mil muertes, y dije que no temiesen. (*Vida, cap. 55*). Y después añade que trató el asunto con un padre dominico «tan »gran letrado, que podia bien asegurar con lo que él me »dijese, y díjele entonces todas las visiones y modo de »oracion y las grandes mercedes que me hacia el Señor »con la mayor claridad que pude, y supliquéle lo mirase »muy bien, y me dijese si habia algo contra la Sagrada »Escritura, y lo que de todo sentia. Él me aseguró »mucho, y á mi parecer le hizo provecho; porque aunque »él era muy bueno, de allí adelante se dió mucho más »á la oracion». Ahora bien, esta firmeza en la fe, este deseo de no apartarse un ápice de las enseñanzas de la Iglesia nuestra Madre, este afan en preguntar y asegurarse de los doctos, es una señal muy clara del buen espíritu, y de que el Señor no permitirá sea uno engañado del demonio, como lo reconoce la misma Santa. Oigamos sus palabras, que son notabilísimas y encierran muy excelente doctrina. «Tengo por muy cierto que el »demonio no engañará ni lo permitirá Dios á alma, que »de ninguna cosa se fie de sí, y está fortalecida en la »fe que entienda ella de sí, que por un punto della moriré mil muertes; y con este amor á la fe, que infunde »luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura »ir conforme á lo que tiene la Iglesia, preguntando á

»unos y á otros, como quien tiene ya hecho asiento
 »fuerte en estas verdades, que no la moverian cuantas
 »revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los
 »cielos, un punto de lo que tiene la Iglesia... Digo que
 »si no viere en sí esta fortaleza grande y que ayude á
 »ella la devocion ó vision, que no la tenga por segura».
 (*Vida, cap. 25*). Conforme á lo que el apóstol S. Pablo
 decia á los fieles de Galacia: *aun cuando nosotros, ó un*
Ángel del cielo os evangelice fuera de lo que nosotros os
hemos evangelizado, sea anatema: licet nos, aut Angelus de
cælo evangelizet vobis præterquam quod evangelizavimus
vobis, anathema sit. (Gal. I, 8). Ciertamente que un
 ángel del cielo no puede enseñar una falsa doctrina: mas
 el Apóstol pone esta hipótesis, aunque imposible, para
 dar á entender que se debe desechar toda novedad con-
 traria á la fe, por grande que sea la autoridad de los que
 la quieran introducir.

Verdad es que á cada nuevo género de mercedes que
 le hacia el Señor, como le sucedió cuando le dió oracion
 de quietud y de unión, después cuando empezaron las
 hablas, y cuando tuvieron lugar las visiones de Jesu-
 cristo, acaecia que á confesores poco experimentados y
 á las personas con quienes primero consultaba sobre
 estas mercedes, les parecia eran engaños del demonio;
 lo cual no es decible la pena que con ello recibia la Santa
 y las angustias que oprimian su corazon; porque por una
 parte en el acto de la merced se persuadia era Dios, por
 otra después su profunda humildad que le representaba
 sus faltas, y la hacia juzgar indigna de tan grandes rega-
 los del Señor, y el dicho de las personas á quienes de-
 claraba sus cosas, le hacian temer si efectivamente era víc-
 tima de alguna ilusión diabólica. Pero todo esto permi-
 tía el Señor en su adorable Providencia, ya para propor-
 cionarle motivos de humillarse, ya para dar ocasion á
 que se examinase y aquilatase con más cuidado la cosa,

y por fin resaltase con más brillo la verdad de las mercedes divinas: como efectivamente sucedía. De aquí que después de andar por algún tiempo más ó menos largo en estos temores y angustias, Dios le daba más seguridad de que era Él la virtud que obraba; y hacía su Providencia amorosa que lo consultase con personas de mucha autoridad por su virtud, experiencia y letras, que le aseguraban era el Espíritu divino quien le hacía tan regalados favores. Así fué como su espíritu, su modo de oración y los hechos extraordinarios que en sí experimentaba fueron aprobados por S. Francisco de Borja, S. Pedro de Alcántara, el P. Maestro Ávila, el P. Bañez, por doctos religiosos de la Compañía de Jesús y otros varones distinguidos en virtud y en ciencia.

Hemos visto la claridad y precisión con que percibía los actos y estados de su alma: pues bien, al recibir aquellas extraordinarias mercedes, se le infundía gran certidumbre de que era Dios quien obraba; á pesar de esto se sujetaba á todo lo que le ordenaban sus confesores con heroica humildad, hasta que Dios hacía brillar la verdad, y cesar las contradicciones y tribulaciones que por este motivo padecía la Santa. Veamos las que pasó cuando tuvo visiones: dice en primer lugar: «Jamás me »podía pesar de haber visto estas visiones celestiales, y »por todos los bienes y deleites del mundo sola una vez »no lo trocara: siempre lo tenía por gran merced del »Señor, y me parece un grandísimo tesoro; y el mesmo »Señor me aseguraba muchas veces». Y después añade: «Como las visiones fueron creciendo, uno dellos (*confesores*) que antes me ayudaba comenzó á decir que claro »era demonio. Mandábame que ya que no había remedio »de resistir, que siempre me santiguase, cuando alguna »visión viesse, y diese higas, y que tuviese por cierto era »demonio y con eso no vernia... Á mí me era esto grande »pena; porque como yo no podía creer sino que era

»Dios, era cosa terrible para mí, y tampoco podía, como
 »he dicho, desear se me quitase, mas en fin hacia
 »cuanto me mandaba. Suplicaba mucho á Dios me librase
 »de ser engañada, esto siempre lo hacia, y con hartas
 »lágrimas... Dábame este dar higas grandísima pena,
 »cuando veia esta vision del Señor; porque cuando yo
 »le veia presente, si me hicieran pedazos, no pudiera yo
 »creer que era demonio, y así era un género de peni-
 »tencia grande para mí... Acordábame de las injurias
 »que le habian hecho los judíos; y suplicábale me per-
 »donase, pues yo lo hacia por obedecer al que tenía en
 »su lugar, y que no me culpase, pues eran los ministros
 »que Él tenia puestos en su Iglesia. Decíame que no se
 »me diese nada, que bien hacía en obedecer, mas que
 »Él haría que se entendiese la verdad» (*Vida, cap. 29*):
 como efectivamente sucedió. Nótese bien esto, que la
 Santa, á pesar de la certidumbre que tenía de la verdad
 de las mercedes divinas que recibía, siempre se incli-
 naba á la obediencia: y en su conducta práctica nunca
 se dirigía por las revelaciones, sino cuando eran apro-
 badas por sus confesores y personas doctas: conducta de
 suma prudencia, y que la alejaba de todo peligro de
 ilusión.

En los principios de aquellas hablas que oía frecuen-
 temente en su interior, su confesor y las personas con
 quienes primero consultó le dijeron que eran cosas del
 demonio, y que procurase distraerse, huir de soledad,
 y resistir á estas hablas. Rogaba incesantemente á Dios
 la llevase por otro camino, que aquel lo veía lleno de
 peligros; y encargaba á cuantos eran siervos de Dios
 rogasen por ella. «Y esto me duro, escribe, no sé si dos
 »años, que era continuo pedirlo al Señor». (*Vida, capítulo*
25). Y después continua: «Á mí ningun consuelo me bas-
 »taba, cuando pensaba era posible que tantas veces me
 »habia de hablar el demonio. Porque de que no tomaba

»horas de soledad para oracion, en conversacion me hacía
 »el Señor recoger, y sin poderlo yo excusar me decia
 »lo que era servido; y aunque me pesaba, lo habia de
 »oir. Pues estándome sola sin tener una persona con
 »quien descansar, ni podía rezar, ni leer, sino como
 »persona espantada de tanta tribulacion y temor de si
 »me habia de engañar el demonio, toda alborotada y
 »fatigada, sin saber qué hacer de mí (en esta afliccion
 »me ví algunas y muchas veces; aunque no me parece
 »ninguna en tanto extremo) estuve así cuatro ó cinco
 »horas, que consuelo ni del cielo, ni de la tierra no
 »habia para mí, sino que me dejó el Señor padecer, te-
 »niendo mil peligros... Pues estando en esta tan gran fa-
 »tiga (aún entonces no habia comenzado á tener ninguna
 »visión) solas estas palabras bastaban para quitármela
 »y quietarme del todo: *No hayas miedo, hija, que yo soy,*
 »*y no te desamparé, no temas.* Paréceme á mí, según es-
 »taba, que era menester muchas horas para persuadirme
 »á que me sosegase, y que no bastara nadie: héme aquí
 »con solas estas palabras sosegada, con fortaleza, con
 »ánimo, con seguridad, con una quietud y luz, que en
 »un punto ví mi alma hecha otra, y me parece que con
 »todo el mundo disputara que era Dios». (*Vida, cap. 25*).
 Ahora bien, esta certidumbre tan grande de que era
 Dios, con los deseos que tenía la Santa de no ser enga-
 ñada, las muchas oraciones que dirigía al cielo, y la hu-
 mildad heroica con que obedecía, prueban que realmente
 era Dios quien obraba. Tanta certidumbre sólo podía
 darla la realidad objetiva de la cosa; y el engaño, en
 caso de haberlo, se habría de atribuir á Dios, que ha-
 bría permitido fuese la Santa invenciblemente engañada:
 lo cual de ningun modo puede admitirse, por ser contra
 la conducta sabia y bondadosa de la divina Providencia.

Tanto más se persuadía la Santa de la verdad de las
 mercedes divinas, cuanto por los efectos conocía clara-

mente que no podían proceder del demonio; pues son muy distintos los efectos que causa este espíritu malo de los que produce el Espíritu de Dios. Hablando ella de las señales para conocer cuando la oración de quietud es verdadera oración infusa por Dios, dice: «Si es del demonio, alma ejercitada paréceme lo entenderá, porque deja inquietud y poca humildad, y poco aparejo para los efectos que hace el de Dios; no deja luz en el entendimiento, ni firmeza en la voluntad. (*Vida, cap. 15*). Como ella en su oración de quietud y en los otros grados, y en las demás mercedes experimentaba los efectos contrarios, de aquí también su persuasión de que procedían de Dios.

Permitió el Señor que el demonio remedase dos ó tres veces las hablas; mas fué con tan mala suerte, que por los efectos luego echó de ver la Santa que era demonio. «Cuando es demonio, escribe, no solo no deja buenos efectos, mas déjalos malos. Esto me ha acaecido no más de dos ó tres veces, y he sido luego avisada del Señor, como era demonio». (*Vida, cap. 25*). Y después añade: «El caso es que cuando es demonio, parece que se esconden todos los bienes, y huyen del alma, según queda desabrida y alborotada, y sin ningún efecto bueno: porque aunque parece pone deseos, no son fuertes; la humildad que deja es falsa, alborotada y sin suavidad. Paréceme que quien tiene experiencia del buen espíritu lo entenderá». También el demonio pretendió tres ó cuatro veces contrahacer la visión imaginaria de Cristo: pero conoció la Santa que entonces no era Dios, sino cosa del espíritu de las tinieblas. «Es mucho de estimar, dice, esta visión (*la imaginaria de Cristo*), y sin peligro á mi parecer; porque en los efectos se conoce no tiene fuerza aquí el demonio. Paréceme que tres ó cuatro veces me ha querido representar desta suerte al mismo Señor en representación falsa: toma la forma

»de carne, mas no puede contrahacerla con la gloria que
»cuando es de Dios. Hace representaciones para desha-
»cer la verdadera vision que ha visto el alma, mas así
»la resiste de sí, y se alborota, y se desabre é inquieta,
»que pierde la devoción y gusto que antes tenia y queda
»sin ninguna oración». (*Vida, cap. 28*). Quien conocía
tan distintamente las señales de las operaciones diabó-
licas ¿podía padecer ilusión las veces que tenía certidum-
bre de que obraba en ella el Espíritu Divino?

Otro de los efectos que le causaban las mercedes so-
brenaturales era un valor grande para luchar contra los
demonios: así lo declara ella: «Tomaba una cruz en la
»mano, y parecia verdaderamente darme Dios ánimo (que
»yo me ví otra en breve tiempo), que no temeria to-
»marme con ellos á brazos, que me parecia fácilmente
»con aquella cruz los venciera á todos; y así dije: ahora
»venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver
»qué me podeis hacer... Aunque algunas veces los veia,
»no les he habido más miedo, antes me parecia ellos me
»le habian á mí. Quedóme un señorío contra ellos bien
»dado del Señor de todos, que no se me dá más dellos
»que de moscas». (*Vida, cap. 25*). ¿Podía este efecto
proceder del demonio mismo? Ciertamente que no. Sería
el caso de responder lo que Jesucristo respondió á los
fariseos que atribuían á virtud del demonio los milagros
que obraba: *Todo reino dividido contra si mismo será asola-
do, caerá casa sobre casa. Pues si Satanás está también divi-
dido contra si mismo, ¿cómo estará en pié su reino? porque
decís, que yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub.
Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur, et domus
supra domum cadet. Si autem et Satanás in seipsum divi-
sus est, quomodo stabit regnum ejus? quia dicitis in Beel-
zebub me ejicere demonia.* (Luc. XI, 17, 18). De aquí
la guerra que á veces le movía el demonio y los tormen-
tos que le daba no solo interiores sino tambien exteriores.

Empero en medio de estas persecuciones diabólicas nunca le faltó la protección de Dios, que la guardaba de un modo especial, como se manifestó por una visión que ella cuenta de la manera siguiente: «Otra vez veía mucha multitud dellos (*demonios*) en rededor de mí, y »parecíame estar una gran claridad que me cercaba toda, »y ésta no les consentía llegar á mí entendí que me »guardaba Dios para que no llegasen á mí de manera »que me hiciesen ofenderle: en lo que he visto en mí »algunas veces, entendí que era verdadera vision». (*Vida, cap. 51*).

Por último, Dios intenta hacer al hombre virtuoso, acercarle á sí y dirigirle á su último fin, que es la visión beatífica en el cielo. El demonio, al contrario, en todas sus operaciones no se propone otro objeto sino apartar al hombre de Dios, hacerle vicioso y precipitarle en la eterna perdición. Agitado de odio contra Dios, y de envidia contra el hombre lucha tenazmente contra la divina Majestad, tomando á la humanidad por campo de combate, esforzándose por destruir los designios de misericordia, que el Señor en su inagotable bondad se ha propuesto realizar, para manifestación de su gloria, respecto del hombre. Así es que mientras Dios con sus influencias y acción amorosa trata de elevar la humanidad á sí, el demonio trabaja y obra por apartar á la humanidad de Dios, para que no dé al Señor la gloria que le debe dar, y frustrar de este modo, si pudiera, los planes de salvación concebidos por la bondad divina. Ahora bien, las mercedes extraordinarias que recibió Santa Teresa de Jesús causaban en ella grandes efectos de humildad, de energía para emprender cosas dificultosas del servicio de Dios, encendían en su alma grandísimo amor divino, la despegaban de la afición á las cosas de la tierra, la unían más y más á Dios, le infundían vivísimo celo por la salvación de las almas, la hacían vivir, en una palabra,

vida toda celestial y divina, comunicando sus virtudes á cuantos tenían la dicha de tratar con ella. De este argumento usaba también la Santa, cuando decía: «Porque »como antes era tan ruin, decia yo que no podia creer que »si el demonio hacia esto para engañarme y llevarme al »infierno, tomase medio tan contrario, como era quitarme »los vicios, y poner virtudes y fortaleza; porque veia »claro quedar con estas cosas». (*Vida, cap. 28*).

De lo expuesto en este capítulo se vé claro que los caractéres y efectos de los hechos extraordinarios que en sí experimentaba Santa Teresa de Jesús eran opuestos diametralmente á los caractéres y efectos de los fenómenos producidos por el espiritismo; por consiguiente se han de afirmar también opuestos diametralmente entre sí sus respectivas causas: luego si la causa de los fenómenos espiritistas es el demonio, la causa de los hechos extraordinarios de Santa Teresa era Dios. Luego en Santa Teresa de Jesús obraba el verdadero sobrenatural divino. LUEGO ESTE SOBRENATURAL EXISTE.

CONCLUSIÓN.

Hemos llegado ya al término de nuestro camino. Hemos admirado el poder, la sabiduría y la bondad de Dios, que quiso hacer en Santa Teresa de Jesús nueva manifestación de la grandeza de estas sus perfecciones. Verdaderamente Dios es maravilloso en Santa Teresa; y su gloria aparece con sorprendente magnificencia en la variada muchedumbre de operaciones sobrenaturales, que en nuestra Santa se dignó obrar. Y su sabia providencia juntó á ellas tales caractéres, reunió tal concurso de circunstancias, que en ningún tiempo se pudiera dudar de que eran obra suya y efectos de su poderosa mano. Un detenido examen de dichas operaciones, hecho á la luz de

la Filosofía y de la Teología, nos ha convencido de que no eran producto de las fuerzas naturales de sus facultades, ni tampoco efectos de influencias diabólicas; llegando así á concluir que eran verdaderamente operaciones divinas sobrenaturales.

Es, pues, en gran manera oportuno en nuestros tiempos, tan trabajados de una parte por la incredulidad y de otra por la superstición espiritista, dar á conocer á Santa Teresa de Jesús, y lo que en ella obró el Señor. En frente de la incredulidad moderna Santa Teresa es una prueba incontestable de la existencia del verdadero sobrenatural, que el cristianismo afirma: ella constituye un motivo de credibilidad de nuestra santa fe. ¿Puede presentar un ejemplo semejante el protestantismo ú otra religión distinta de la católica? Nuestra esclarecida virgen, honor de nuestra España, donde nació y recibió el divino carácter de cristiana en el santo Bautismo, practicando en grado heróico las virtudes evangélicas tales como las enseña y recomienda la Iglesia Católica, adicta enteramente á sus doctrinas y prácticas, sumisa á la autoridad del Romano Pontífice, reformadora de un insigne instituto religioso, apesumbrada por los males que causaban al Catolicismo los ciegos protestantes y ardiendo en deseos de repararlos, es un argumento contundente de la divinidad de nuestra santa Religión Católica Apostólica Romana; porque demuestra que Dios está con esta Religión vivificándola, sosteniéndola y garantizando sus doctrinas con hechos sobrenaturales.

En frente de la superstición espiritista, que tanto trabaja por seducir nuestra sociedad, es también sumamente conveniente estudiar en Santa Teresa los caracteres y señales del verdadero sobrenatural, para no confundirlo con el conjunto de fenómenos sorprendentes que se manifiestan por medio de las prácticas espiritistas,

que no revelan en todo caso sino la acción maléfica, y altamente perjudicial á los verdaderos intereses de la humanidad, del espíritu de las tinieblas, que se esfuerza por apoderarse de la suprema dirección del género humano á fin de encaminarlo á su última ruina. Y tanto es más oportuno dar á conocer los caracteres del verdadero sobrenatural, cuanto la seducción es en nuestros dias más peligrosa, y entraña incalculables y trascendentales daños.

El que con ojo observador va siguiendo la marcha y dirección de las corrientes que se agitan en el seno de la moderna sociedad, se hiela de espanto al ver la situación que van tomando las cosas, y el terreno en que va á entablarse la lucha contra el cristianismo, si Dios por un milagro de su diestra no varía el actual curso de los acontecimientos. Y este terreno lo está preparando el espiritismo. Es verdad que lo preternatural diabólico ha luchado en todos los siglos contra lo sobrenatural divino; pero también lo es que esa lucha estuvo muy limitada en las naciones cristianas durante los siglos en que la fe dominaba en ellas, y que en nuestros dias ha tomado proporciones espantosas. Débese esto á los progresos de la incredulidad: los vacíos que deja la fe verdadera los llena la superstición: las almas que abandonan á Dios caen bajo la tiranía de Satanás: este es un hecho que atestigua la historia de todos los tiempos y la experiencia de todos los dias. No hay gente más supersticiosa que los incrédulos: hay quien se juzga bastantamente ilustrado é independiente para no creer en la palabra infalible de la Santa Iglesia, y cree sin género de duda cualquier paparrucha y barbaridad que le diga un medium en nombre de esos espíritus que agitan las mesas, y dan respuestas por medio de golpes ó de otros signos. Se ha visto en una ciudad populosa de España á unos apuestos caballeros pararse en medio de la calle delante

de un caballo y saludarlo con mucho respeto, sólo porque un medium les dijo que había pasado á aquel bruto el alma de un conocido general revolucionario español asesinado en 1870: y hechos de este género se repiten todos los días. Es que el hombre tiene hambre de sobrenatural; y cuando rechaza el verdadero, el divino, se abraza con lo que presenta algo misterioso y fuera del orden común, con el preternatural diabólico.

Vencido el anticristianismo en todos los terrenos en que hasta ahora había sostenido la lucha, Satanás mismo en persona, por decirlo así, va á ponerse al frente de las legiones anticristianas para lanzarlas al combate. El maldito ángel rebelde se presenta ya descarada y públicamente en lucha personal contra Jesucristo Dios Criador y Redentor de los hombres, para disputarle su soberanía pacífica y altamente provechosa al género humano; hace esfuerzos colosales para reconquistar el terreno perdido, y ser tenido por Dios y adorado públicamente por los hombres, en lugar del Verbo Encarnado. ¡Quién lo creyera! lo estamos viendo, y parece imposible. El satanismo es ya un partido, que pretende sobreponerse y ocupar el lugar del cristianismo. Y el satanismo tiene á su disposición los medios, de que se sirven los otros partidos para hacer primero su propaganda, y llegar después al poder. Satanás (causa horror sólo el escribirlo) tiene apologistas; tiene poetas que le cantan himnos, y en verso le auguran que reinará sobre la tierra en lugar de Cristo destronado; tiene además prensa periódica que defiende sus intereses. Podrían citarse no pocos autores, que gozan de gran crédito en el mundo moderno, que se han ocupado en rehabilitar á Satanás en el concepto de los pueblos; entre otros Renán, el ingenio blasfemador de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, Michelet, Quinet y Proudhon. *El Boletín del libre pensamiento* dando cuenta de una conferencia tenida en Bru-

selas el 30 de Junio de 1876 por un tal Robert, uno de los jefes del liberalismo belga, dice que el orador, quitando á Satanás el vestido de ignominia, que le habían puesto los siglos pasados, había restituido al arcángel su belleza y su grandeza: dice que Satanás es el defensor y consejero de los hombres, su único apoyo y refugio; le llama símbolo y génio de la libertad, eterna protesta contra la tiranía en todas sus formas, religiosa, política y social, inspirador de todas las reivindicaciones humanas desde la rebelión de Adan hasta la terrible insurrección de la Comune: y concluye diciendo que es tiempo de que el libre pensamiento, rechazando el principio divino de la autoridad en sus múltiples formas, y oponiendo el derecho humano al derecho divino grite ¡Dios ha muerto! ¡Viva el demonio!—¡Qué lenguaje tan infernal y desvergonzado! Y ¿no hemos visto con horror en Italia llevar desplegada al aire en varias manifestaciones públicas entre otras la bandera de Satanás con la efigie pintada de este enemigo de Dios y de los hombres? Y ¿no es la masonería, que tanta influencia ejerce por desgracia en los acontecimientos de nuestros tiempos, la iglesia de Satanás organizada en frente de la Iglesia de Jesucristo nuestro Señor y Redentor?

No hay duda; bajo la sombra protectora del nunca bastantemente abominado liberalismo moderno existe una verdadera conspiración en el seno de nuestra sociedad para exterminar de la haz de la tierra el reino de Dios Criador y Redentor del género humano, y sustituirle el reino impío y sacrilego del demonio. Y esta conspiración va dando sus funestos resultados. El espiritismo se va constituyendo ya en religión y culto, que tiene sus templos, sus sacerdotes, sus ritos y sus fieles en Europa y América. En naciones que se llaman civilizadas, como los Estados Unidos, Inglaterra é Italia, existen sectas en cuyas reuniones se verifican prácticas tan re-

probables que en nada desdicen de las antiguas abominaciones paganas. En Francia el director de un periódico espiritista, discípulo del tristemente famoso Dupotet que hizo revivir las prácticas de la magia antigua, concibió la idea de restaurar el antiguo culto pagano de los drúidas, publicando para este efecto un manifiesto, que extendió con profusión, á fin de reclutar prosélitos y fundar en Saint Maur no lejos de París una especie de monasterio, donde reunir los que quisieran iniciarse en los misterios del druidismo, que, según él decía, era una misma cosa que el espiritismo moderno. El que esto escribe encontrándose en un tranvía de cierta ciudad de España fué testigo de una conversación, en que se hablaba del demonio como de un sujeto de importancia. ¿Qué prueban estos y otros síntomas? ¿Qué prueban ciertos horrendos crímenes, que parece imposible puedan ser cometidos por seres humanos? ¿Qué prueban ciertas asociaciones, como las hay en Italia, cuyos miembros juran hacer todo el mal, que les sea posible? ¿Qué prueba todo esto, sino una progresiva invasión satánica en el mundo moderno? ¡Castigo de Dios! ¡El siglo llamado de las luces rebelde á Dios Verdad y Luz increada, convertido en vil esclavo sujeto á la influencia vergonzosa y degradante del espíritu de las tinieblas padre de la mentira! ¿Dónde terminará todo ese movimiento satánico? Próximamente, no lo sabemos; en último término, en un brillantísimo triunfo de Jesucristo nuestro Bien sobre Satanás nuestro cruelísimo enemigo.

Entre tanto esos proyectos y esa actividad de los hijos de las tinieblas sirvan de estímulo á los hijos de la luz, que son los verdaderos cristianos, para unirse más y más á Cristo Redentor con el entendimiento y el corazón, para agruparse compactos y unidos al rededor de la bandera de salvación bajo la dirección suprema de su Vicario en la tierra, y luchar así con tesón y sin cobar-

día en pro de los intereses de la gloria de Dios y de su soberanía divina, que son también nuestros verdaderos intereses eternos y temporales. Y al grito horriblemente blasfemo de nuestros adversarios *Viva Satanás* respondamos cuantos deseamos amar y servir á Dios en esta vida para gozarle en la eterna con aquel sublime grito, que lanzó S. Miguel puesto al frente de las legiones angélicas fieles, y que fué la señal de la derrota de los ángeles rebeldes: ¿QUIÉN COMO DIOS?

A. M. D. G.



ÍNDICE.

	Páginas.
Censura.	5
Introducción.	7
Capítulo I.—Consideraciones preliminares. . .	13
Capítulo II.—Relación de los actos y movimientos del alma de Santa Teresa de Jesús antes que lo sobrenatural se manifestase en ella con extraordinario esplendor. . . .	32
Capítulo III.—Los hechos extraordinarios que se manifestaron en Santa Teresa de Jesús, no fueron producto de las fuerzas naturales de sus facultades. . . . ,	45
Capítulo IV.—Continúa la materia del capítulo anterior.	70
Capítulo V.—Concluye la materia de los dos capítulos anteriores.	87
Capítulo VI.—Los hechos extraordinarios que se manifestaron en Santa Teresa de Jesús, no fueron efectos de la causa que produce los fenómenos del espiritismo.	117
Conclusión.	134

INDEX

Introduction	1
Chapter I	10
Chapter II	25
Chapter III	40
Chapter IV	55
Chapter V	70
Chapter VI	85
Chapter VII	100
Chapter VIII	115
Chapter IX	130
Chapter X	145
Chapter XI	160
Chapter XII	175
Chapter XIII	190
Chapter XIV	205
Chapter XV	220
Chapter XVI	235
Chapter XVII	250
Chapter XVIII	265
Chapter XIX	280
Chapter XX	295
Chapter XXI	310
Chapter XXII	325
Chapter XXIII	340
Chapter XXIV	355
Chapter XXV	370
Chapter XXVI	385
Chapter XXVII	400
Chapter XXVIII	415
Chapter XXIX	430
Chapter XXX	445
Chapter XXXI	460
Chapter XXXII	475
Chapter XXXIII	490
Chapter XXXIV	505
Chapter XXXV	520
Chapter XXXVI	535
Chapter XXXVII	550
Chapter XXXVIII	565
Chapter XXXIX	580
Chapter XL	595
Chapter XLI	610
Chapter XLII	625
Chapter XLIII	640
Chapter XLIV	655
Chapter XLV	670
Chapter XLVI	685
Chapter XLVII	700
Chapter XLVIII	715
Chapter XLIX	730
Chapter L	745
Chapter LI	760
Chapter LII	775
Chapter LIII	790
Chapter LIV	805
Chapter LV	820
Chapter LVI	835
Chapter LVII	850
Chapter LVIII	865
Chapter LIX	880
Chapter LX	895
Chapter LXI	910
Chapter LXII	925
Chapter LXIII	940
Chapter LXIV	955
Chapter LXV	970
Chapter LXVI	985
Chapter LXVII	1000



